

TERROR EXTRA

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

EL PROTAGONISTA DEL MIEDO

Frank Caudett

Intentó, en inútil reacción, echar la cabeza atrás. Pero la esquelética mano parecía estar dotada de férrea violencia y la obligó a bajar más todavía.

MÁS.

Y el otro brazo del ente también centelleó exhibiendo un afilado, largo, monumental cuchillo cuyos destellos azulados, letales, chispearon frente a sus ojos horrorizados.

Y el grito, ahora sí, lo quebró todo.



Frank Caudett

El protagonista del miedo

Bolsilibros: Selección Terror extra - 9

ePub r1.0

Titivillus 17.11.17

Título original: *El protagonista del miedo*
Frank Caudett, 1983
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

PRÓLOGO

ERA como un rito.

Era el momento suyo de cada día.

De cada anochecer, mejor.

El instante en que ella acudía al encuentro con su felicidad.

Con la pasión voluptuosa que la esperaba entre las sombras que volteaban el campanario.

Ningún cómplice mejor que aquellas tinieblas, suaves y difusas, para albergar tal felicidad, tanta pasión.

Las tinieblas que desde el ocaso se iban adueñando paulatinamente de aquella singular construcción.

Un edificio viejo, arcaico, que guardaba entre sus vetustos muros cien añejos y distintos sabores. Las mil diferentes vicisitudes que había vivido a lo largo de su dilatada y sigilosa existencia.

Porque las piedras no hablaban. Limitábanse a almacenar su historia.

Y aquel edificio la tenía. Tenía historia. La guardaban sus piedras silenciosas.

Desde que fueran amontonadas una sobre otra hasta componer una misión franciscana, como cuatrocientos años, pasando por la época en que el expolio yanqui hiciera del reducto hacienda de un despótico y poderoso individuo venido del Norte, hasta ser utilizado años después como biblioteca municipal y llegar a la actualidad, hoy, convertido en iglesia baptista.

Mucha historia, sí.

Pero Verónica, allá en lo alto y oscuro del añejo e histórico campanario, no se detenía a pensar en aquellas trivialidades propias de intelectuales y estudiosos.

No.

Ella, como cada noche, en aquel momento suyo de cada día, tenía otras cosas mucho más dulces y excitantes a la vez, en que

pensar.

Ferdinand…

El amor, la pasión, el deseo… EL ÉXTASIS.

Se estremeció.

Por todo.

Por imaginarse ya sacudida espasmódicamente al arrullo del placer entre los fornidos brazos de Ferdinand. Por notar ya el sabor de la fresca boca masculina incrustada en la suya. Por sentir los dedos del hombre, cosquilleantes y suaves, cabalgando sobre su candente anatomía, estimulando su piel encendida, mientras su garganta agradecía con roncos gemidos las excitantes caricias de Ferdinand.

Se estremeció, sí.

También como consecuencia de la brisa fresca, salobre, que igual que una tenue bofetada del océano recibía en su faz lozana, en su escote desnudo, en sus hombros tersos, procedente de la bahía.

Se trataba de un estremecimiento agradable.

De un preludio sensual.

Verónica, erguida en aquella especie de almena del medioevo, sentíase lo mismo que una princesa cautiva de la estricta incomprensión paterna, de la despiadada tiranía tutelar, esperando la llegada vivificadora, intensa, del adorado y libertino trovador.

Pensaba que sin existir aquel preludio formado por las negruras de la noche, la fresca brisa del océano y la bahía, y las mil historias de amor y pasión que en aquel instante se almacenaban en su mente atrevida como producto de una fantástica y desbocada imaginación, nada habría sido igual.

Hubiera, incluso, carecido de sentido.

Habría sido diferente.

¿Había algo mejor que contar con los suficientes elementos que le permitieran imaginar lo que sucedería dentro de unos instantes?

Pronto oiría el silbido suave de Ferdinand al subir por la escalera que conducía al campanario, procedente de la puerta lateral que se abría en el corredor de la planta baja y que ella se encargaba de dejar franca, procurando no alertar a su padre con el ruido de cerrojo y candados al ser abiertos.

Y las manos se apoderarían de sus hombros con tembloroso frenesí mientras los labios, hambrientos, besaban su espalda. Una

espalda que según él era tersa, de terciopelo, excitante como la piel del melocotón.

Y ella, al punto, experimentaría la imperiosa necesidad de desnudarse, arrojándose a una entrega brutal. Pero no, no lo haría. Se contendría a duras penas permitiendo que fuese él quien llevara la iniciativa.

Ferdinand…

El deseo, el amor, la pasión… la complicidad de las tinieblas que envolvían el campanario.

Era el momento suyo de cada día, sí.

La huida al ambiente cotidiano, contaminado de absurdas teorías de pureza y virginidad, que la asfixiaba. El escape a la monotonía machacona de un padre entregado en cuerpo y alma a las tareas de pastor de su iglesia, para el cual, todo contacto entre el varón y la hembra que no fuesen precedidos de unos ineludibles condicionantes, de unos estrictos requisitos… eran morbosos, concupiscentes, condenatorios, viles, ruines y conducían a las llamas eternas del infierno.

¿Cómo una pasión igual a la que ella experimentaba por Ferdinand, una pasión que abrasaba sus sentidos, instintos y hasta sus entrañas…, cómo podía condenar a los fuegos purificadores del infierno? ¿Podía Dios castigar la entrega generosa, magnánima, desinteresada, de un cuerpo a otro? ¿No estaban los cuerpos destinados a gozar en función de las pasiones y amores que engendraban? De lo contrario, ¿para qué habían sido creados? ¿Para su postrera putrefacción, para alimento póstumo de gusanos y alimañas…?

«¡Bah…! —exclamó para sí, entreabriendo suavemente sus labios de rojiza pulpa—. ¡No comprendo cómo la gente culta puede admitir semejantes estupideces!».

La brisa…

El deseo, el amor, la pasión… Eso sí era real y verdaderamente importante. Lo demás, palabrería absurda. Un medio como otro de limitar y coartar la libertad de los seres humanos.

¡El infierno!

¿Cómo podía nadie admitir que por amar un alma hubiera de caer postreramente en la ígnea consunción del infierno?

Su padre estaba loco, sí. Y quería volver locos a quienes le

escuchaban, a los que se tomaban en serio sus palabras.

Pero ella amaba apasionadamente a Ferdinand y lo que dijera su padre sobre el amor y sus condicionamientos, le resbalaba.

El deseo, el amor, la pasión…, Ferdinand.

No existía más verdad que ésa.

¡Y qué feliz se sentía imaginándolo todo!

Pensando en ello mientras aguardaba la llegada de su enamorado galán.

Feliz, sí.

Verónica, entre la complicada escenografía de su imaginación y el soplo de la bahía que en los últimos segundos había arreciado en intensidad, volvió a estremecerse.

Su cuerpo semidesnudo, allá en lo alto del campanario, envuelto en muselina blanca, zozobró casi de manera espasmódica dando vida a una especie de paradisíaca aparición.

—Hace frío esta noche —musitó. Reconviniéndose—: tenía que haberme abrigado más… Es igual. Todo se puede soportar con tal de ofrecerle a Ferdinand lo que él desea. Lo que él viene a buscar…

Volvió a estremecerse. Pero esta vez al conjuro de sus propias palabras. De las últimas:

«Lo que él viene a buscar… ¿Sólo viene a buscar mi cuerpo, mi carne, la pasión y el placer que en ella encuentra? ¿No me ama, entonces, Ferdinand…?».

Las teorías agoreras y fatalistas de su padre, sin ella quererlo, se habían filtrado insensiblemente en su subconsciente.

¡Ferdinand la amaba! ¡Se lo había repetido una y mil veces…!

Se lo había repetido entre besos y apasionadas caricias, sí.

Se estremeció de nuevo.

¿Por la brisa…? ¿Por las palabras de imaginado amor y lúbrico contenido que la excitaban hasta el espasmo…?

No…

Por las gotas, las gotitas de agua que se filtraban entre las ancianas paredes del campanario, agrietadas paredes, y que cada anochecer, en un momento u otro, acababan cayendo encima de sus hombros.

Gotas de agua…

Que se le antojaban como un bálsamo húmedo que vivificaba todavía más su piel. Que la electrificaba. La hipersensibilizaba. La

predisponía a recibir aquellas otras caricias de las que el agua húmeda, vieja quizá, puede que hasta verduzca en su tinte, eran preludio. Las caricias de Ferdinand.

«¡Oh, Ferdinand, cómo te adoro! ¡Es locura y no amor lo que siento por ti! Pasión ciega… ¡Necesito que me ames siempre! ¡Quiero ser tuya por toda la eternidad!».

Un nuevo estremecimiento azotó la excitante anatomía de Verónica contrayendo en vivísimo espasmo el conjunto de su explosiva belleza, semidesnuda, exultante.

El agua…

Varias gotitas habían caído de golpe, atropelladamente, encima de su hombro derecho provocando la espontánea contracción.

Varias gotitas que desde el hombro… resbalaban como un baboso caracol hasta alcanzar la mano.

¿El agua?

Era un agua… extraña al tacto.

Sí…

Al menos, ninguna noche había experimentado aquella extraña desazón, aquella agobiante inquietud, aquel cosquilleo alucinante que ahora, AHORA MISMO, sentía al contacto de las gotas.

¿Agua…?

Para serlo tenía demasiado cuerpo, excesiva densidad… y ambas cosas le impedían deslizarse encima de su piel con la habitual rapidez. Deslizarse… como debía hacerlo el agua.

Un nuevo y contumaz estremecimiento flageló la figura exuberante de Verónica.

Su respiración, de súbito, se hizo difícil.

Fatigosa.

El aire llegaba a sus pulmones con dificultad y escasez obligando al corazón a multiplicarse en su ir y venir para seguir bombeando la sangre hacia todos los rincones de su cuerpo.

Abrió los labios, nerviosa, en busca de mayor cantidad de oxígeno.

Mientras las gotas de agua… ¿AGUA?, se centuplicaban, caían ya como una lluvia, como una extraña lluvia pringosa, cubriendo su hombro, su brazo, su mano, los dedos…

Se ahogaba.

Verónica, sin saber exactamente el por qué se ahogaba. Por

intuir, quizá, que algo extraño, monstruoso, demencial, estaba sucediendo en torno a ella.

Sabía ya, estaba completamente segura de ello… que el líquido escarchado que caía sobre su piel no era agua.

NO…

Y sin embargo, no se atrevía a comprobarlo.

Se negaba a la realidad. Se horrorizaba al pensar lo que podía descubrir si llevaba sus ojos hasta la mano… la mano cubierta, como el brazo y el hombro, por aquel fluido pringoso.

No reunía el valor suficiente, necesario, para salir de aquella duda horripilante, espantosa, que como un misterio espectral, como una tenaza invisible y asfixiante, se cerraba alrededor de su garganta, presionando, dificultando más, más y más su respiración… ASFIXIÁNDOLA.

Se ahogaba, sí.

SE AHOGABA.

Abrió mucho la boca.

Muchísimo…

Necesitando más que aspirar, ingerir el aire a borbotones.

Los pechos, desbocados, subían y bajaban a velocidad vertiginosa, desesperada, y no como causa de una pasión excitante. Pero sí por la falta de aire, de un aire enrarecido que cada vez llegaba en menos cantidad a sus pulmones.

Mientras aquel líquido rugoso, obsesivo, alucinante, diabólico… aquella pringue pegadiza, seguía cayendo encima de su cuerpo con mayor y desbordante intensidad. Como un diluvio de horror que mancillaba su piel, que se pegaba por su carne trazando un reguero de locura.

Encima de la propia calzada que el fluido había ido construyendo sobre la carne de Verónica, las gotas al caer sonaban apagadas, tétricas, obsesionantes, produciendo un chapoteo macabro.

Ploc…, ploc…, ploc…

¿Y si todo era una jugada más de su estúpida y desbocada imaginación?

¿Y si nada estaba sucediendo?

¿Y si era simplemente el agua de cada anochecer, acariciando su piel, refrescándola… procedente de las sempiternas grietas?

¡Eso! ¡Era el agua de siempre! ¡Claro…!

Pero se estremeció una vez más.

Y otra. Y una tercera. ¡Hasta seis o siete veces!

Porque ella sabía a ciencia cierta que no era el agua de siempre.

Sintió un vivo horror. Un horror consistente, sólido, que la rozaba de una manera física. ¿Horror…?

Los estremecimientos, de pronto, se quedaron atrás.

Temblaba…

Verónica, ahora, temblaba.

Porque aquel… LIQUIDO, caía ya prácticamente a chorro.

PLOC…, PLOC…, PLOC…

De un brusco tirón puso en movimiento el brazo izquierdo y arrancó la mano hacia el hombro opuesto depositando sobre él los dedos… unos dedos cuyas yemas se quedaron prendidas, pegadas, prisioneras, fusionadas con la piel del hombro como si entre unas y otras existiera una poderosa sustancia adhesiva.

Con dificultad consiguió deslizar la mano desde el hombro hasta el brazo, siempre pegada a él…

PLOC…, PLOC…, PLOC…

El fluido salpicaba también aquella mano, aquellos dedos que con enorme esfuerzo trataban de proseguir su recorrido.

Volvió, de súbito, a tirar del brazo.

Arrancándolo literalmente del lugar donde se hallaba.

Se lo trajo para sí, con espanto. Con los labios apretados. Con las facciones crispadas y una horrenda mueca de pánico comprimiendo su bello rostro.

La mano se proyectó, como si no quisiera, pero lo deseara al mismo tiempo fervientemente, hacia delante…

Poniéndose enfrente de sus estrábicas pupilas, alucinadas, a la vez que sus dedos se distendían en abanico.

CERRÓ LOS OJOS NEGÁNDOSE A VERLO…

No queriendo comprobarlo.

Mientras el líquido gelatinoso, obsesivo, que caía de arriba, desde algún lugar que no eran las grietas ancianas del muro vetusto, seguía pringando su piel que ahora, bajo el diluvio estremecedor, ya no era tersa, ni suave, ni excitante… pero sí excesivamente cálida.

PLOC…, PLOC…, PLOC…

El instinto se lo pedía.

Una morbosidad febril le obligaba a hacerlo.

Por eso, dominando mil y un estremecimientos, un millón de dispares y a cual más horribles sensaciones… descorrió los párpados.

Abriendo, despacio primero y rauda después, los… OJOS.

Vio entonces los dedos…

LOS CINCO DEDOS DE SU MANO ABIERTOS EN ABANICO.

Goteando…

Ahora, sí.

Ahora estallaron sus cuerdas vocales profiriendo un canto brutal, alucinante, un himno desgarrador al pánico.

—¡AAAAAAAAH!

El infrahumano aullido se estrelló contra las paredes del campanario, contra su bóveda, rompiéndose en cien mil ecos que rebotaron contra los propios tímpanos de Verónica precipitándola hacia un abismo infernal, arrojándola a un vacío de locura, por el que se rompió otra vez, otra y otra, su voz, en nuevos y estremecedores aullidos.

Era una partitura agónica, incoherente. Una sinfonía macabra, deshilvanada, que se agudizaba en compases de salmodia espectral.

Era, su voz, un coro quebradizo de horror. Una visión hablada, gritada, de múltiples secuencias infernales.

Mientras sus ojos permanecían muy abiertos, terriblemente abiertos, girando como norias alucinadas por el canto de las órbitas amenazando con caerse al vacío… contemplando en un marco de horror delirante, de alineación, aquel abanico que formaban los dedos de su mano… enguantados en una película viscosa de líquido rojo, de sangre escarlata, viva, chispeante, rumorosa incluso, que iba resbalando lenta, morbosamente, hacia el suelo.

—¡Sangre… ES SANGRE! ¡SANGREEE!

Tras el grito, Verónica, dio un paso atrás.

Otro.

Maquinalmente.

Hasta que algo que colgaba por encima de ella, a su espalda, con balanceo macabro, impactó en su nuca.

Golpeándola.

ALGO…

Dio un grito fulminante sin dejar de mantener la mano abierta,

como hipnotizada por la presencia de aquel guante sangriento que casi impedía ver sus dedos.

Al girar, aquel algo… ¡le golpeó en la cara!

—¡NOOOOO!

Se llevó, de forma instintiva, las desorbitadas pupilas hacia arriba, hacia lo alto, logrando así escapar al hechizo macabro que sobre ellas ejercían los sangrantes dedos.

Y aquel otro hechizo superó con creces la sinfonía de horror a cuyo arrullo se debatía.

Ferdinand… estaba allí.

Balanceándose en siniestros medios giros.

Golpeando con la puntera de sus zapatos el rostro de Verónica.

ESTABA ALLÍ…

Colgado del badajo de la monumental campana.

Con un enorme tajo en la parte delantera de su cuerpo.

Algo parecido a una incisión practicada con un bisturí.

Por la mano sádica de un bestial homicida.

Siendo la causa de aquel diluvio sangriento que cubría, que duchaba el cuerpo exuberante, explosivo, ardiente de Verónica. La sangre caía ya, como un reguero maldito, por encima del canal umbrío que distanciaba los pechos altivos, sugerentes, agitados, graníticos…

PLOC…, PLOC…, PLOC…

¡El chapoteo seguía incesante!

Y las punteras de los zapatos impactaban otra vez, y otra, contra la nariz de la espléndida hembra.

Dio un brinco atrás cerrando la mano.

—¡NOOOOO!

Y quiso echar a correr adelante, ciega, horrorizada, con su mente muy lejos de la razón, incrustándose ella misma entre las extremidades inferiores, colgantes, del ahorcado…, del cuerpo que había sido abierto de la garganta hasta el vientre y suspendido del badajo.

Enzarzándose con él.

Sus manos se elevaron en impulsos mecánicos y abarcando las piernas primero, quisieron después apartarlas violentamente, con ciegos manotazos de terror, con fiebre de locura, propinándoles golpes tan torpes como baldíos.

No consiguió que aquellas extremidades sin vida se alejaran de su trayecto permitiéndole seguir su loca carrera, su huida…

Y sí consiguió… que el sangrante cadáver se viniera abajo, encima de ella, abrazándola, enroscándose alrededor de su cuerpo… inundándola de pringue rojiza y viscosa, de estremecimientos, de horror, de alucinaciones fastasmagóricas, de delirio, de auténtica y formal locura.

Los aullidos se atropellaron en su garganta. Fueron sólo incoherentes graznidos que pugnaron por salir todos a un tiempo de sus labios rojos…, más rojos que nunca porque la sangre del ahorcado los había teñido macabramente como el más brillante y encendido de los *rouges*.

Verónica, abocada a una dimensión patética, a un espacio diabólico que sólo parecía existir a su alrededor, se arañó bestialmente el rostro para fundir y confundir su sangre con la del muerto, en acto desesperado, al comprobar que los brazos de Ferdinand tenían vida, que se estiraban para encerrar su cuerpo entre ellos… que trataban de acariciarla mortalmente.

—¡AAAAAAG!

Abrió mucho los ojos, demasiado, para que las pupilas pudieran seguir contenidas dentro de las órbitas.

Y comprobó entonces, que el ensangrentado cuerpo de Ferdinand, estaba, realmente, inmóvil.

Que no intentaba rodearla con sus brazos por la sencilla razón de que los muertos no podían abrazar a nadie.

Porque todo era una maniobra alucinante, desesperada, de su impresionable imaginación.

Tratando por unos segundos de hacerse a la pavorosa realidad, Verónica logró zafarse al peso del cuerpo sin vida empujándolo con horror y repulsión, alzándose ella con nerviosa dificultad… dudando entre si debía rodearlo e ir adelante o sí, por el contrario, retroceder.

Optó por la última posibilidad, dominando las náuseas, el pánico, cerrando los ojos…

Y empezó a retroceder.

Torpe…

Un paso atrás. Otro. Un tercero.

Al cuarto, que ya lo iniciaba, su cuerpo quedaría en el vacío…

EN EL VACÍO.

Entonces, justo en aquel instante, una voz bronca, seca, autoritaria, gritó desabridamente:

—¡Corten…, CORTEN DE UNA MALDITA VEZ!

—¿Qué ocurre, señor Forrester? —quiso saber un timbre femenino.

Curtis Forrester, director y realizador de la Worldfilms TV Productions se revolvió como si una serpiente acabara de inocularle su fluido viperino en la nuca y vibrase todavía a efectos de la mordedura.

Miró, con pupilas fulminatorias, a su script y ayudante de realización.

—¿Y tú me lo preguntas… —articuló con expresión que de la rabia trascendía a la perplejidad—, tú, Sentha Donovan? ¡Oh… —Elevó ambos brazos al cielo— no! ¡Pero…! ¿Es que en esta casa os habéis vuelto todos locos? ¡Incluido yo, por supuesto! ¡Yo…, EL PEOR, EL MAS MAJARETA DE TODOS! —Volvía a exacerbarse, haciendo una auténtica creación artística de su contrariedad y malhumor. Y dijo, como si tratara de razonar consigo mismo—: No he debido acceder a esta idea, no. ¡Desde luego que no! ¿Idea… —Pareció preguntarse—, he dicho IDEA? ¡Bah…! ¡Presión es la palabra…, PRESIÓN! ¡Esto ha sido una presión vergonzosa por parte del señor Hayden!

Justo en aquel punto del monólogo o soliloquio de Curtis Forrester, se filtró el registro jovial, deportivo, de un muchacho atlético, desenfadado, burlonamente agresivo, singular incluso por su vestimenta anárquica y sus maneras poco convencionales, diciendo, preguntando y preguntándose:

—Yo que estaba seguro que tú eras de los que imponían su criterio, de los que no se dejaban manejar, de los que avasallaban… ¿O estaba equivocado? ¿O no eres de ésos, Curtis?

Forrester se quedó callado. Y muy serio. Mirando con asombro al que se había atrevido a «profanarle». Respondiendo al cabo de unos instantes:

—Eres un estúpido, Brian Crawson. Un enorme estúpido, un gigantesco estúpido que piensa que lo sabe todo. Lo que actualmente se llama un enterado. ¡Nunca llegarás a ninguna parte! Los intelectuales como tú se quedan siempre para servir a los que se

dejan manejar como yo… ¡Qué sabrás tú de todos estos tejemanejes!

—Por eso estoy aquí… —sonrió el tal Crawson—, para aprender. Para que me enseñes. Aunque yo, desde luego, nunca aprenderé a irritarme contra aquello a lo que haya asentido con anterioridad. Si es que asiento a algo en contra de mi voluntad, claro —y forzando su voz como tratando de imitar la del otro, se burló, sin comedimiento—: «Amén, señor Hayden». «Lo que usted diga, señor Hayden…».

Curtis Forrester se congestionó. Dando un paso adelante. Y Brian, más coñón todavía que antes, hizo un fingido gesto de miedo al tiempo que retrocedía, tartamudeando:

—Ya…, ya me voy… ¡ya me voy, maestro!

Y eso hizo. Largarse del decorado entre natural y artificial donde se estaba rodando aquella secuencia. Donde había dejado de rodarse, para ser más exactos.

—¡Puñetera envidia! —exclamó Curtis, más tranquilo al ver largarse al otro. Aunque reconoció para sus adentros que Brian era un chaval con fuerza, con ganas, destinado al triunfo. Pero no en aquella productora mientras él estuviera, desde luego. Miró a la chica, como intentando recordar en qué punto fuera interrumpida su exaltación. Y recordándolo, gritó, así por las buenas—: ¡Este guión es una mierda! Y el arreglo que sobre él han hecho nuestros… eruditos, ¡una porquería! Y en resumidas cuentas, El protagonista del miedo es un…, un… ¡es un bodrio!

—Señor Forrester, por favor… —apuntó con timidez, rojas sus mejillas como la grana, Sentha Donovan—. Recuerde…

—¡Recuerde, recuerde…! Qué puñetas tengo que recordar, ¿eh? Qué es lo que tengo que recordar si puede saberse, ¿eh?

—Bueno… —La guapísima script, evidentemente, estaba muy nerviosa. Logró apuntar—: Quería decirle que el señor Spokane está aquí. Presenciando el rodaje de esta primera secuencia…

—¡Pues lo siento por él, vaya que lo siento! ¡Pobre hombre! ¡Pues sí que lo ha acertado…! Presenciar el rodaje de un saldo como éste… —Forrester paró su deshilvanada oratoria para mirar, con rictus absurdo a la chica. Inquiriendo, de súbito—: ¿Oiga…? ¿Puede saberse quién es el señor Spokane?

Sentha, dudó. Mordiéndose el labio inferior.

Y Forrester, hombretón recio, agresivo casi, pero buen tipo en el fondo, tiró, furioso en apariencia, sus ojos inquisitivos encima de la carita guapa de Sentha. Inquiriendo, insistiendo mejor, con matiz casi de exabrupto:

—Y quién leches es el tal Spokane, ¿eh? ¿Quién es, si puede saberse? ¿Es que te has quedado muda, pequeña?

La script, se fue adelante al fin:

—Terence Spokane es…, es el…, el autor del guión original de El protagonista del miedo. Usted ha hablado con él esta mañana. Y usted mismo le ha invitado a…

—¡Coño…! —Forrester dio un golpe de cuello hacia adelante, como un pato, mostrando una expresión tonta, de asombro, casi de ignorancia. Y tras la espontánea y soez exclamación, añadió—: ¡Vaya! ¡La he metido hasta el cuello! ¿Así que lo he invitado…? ¡Ah, sí, es cierto! ¡Pues vaya! Entonces he metido la pata, ¿no? En fin…

Un tipo de mediana edad, algo más de cuarenta, que había estado muy cerca de él desde que se iniciara el rodaje, dio un paso hacia el director susurrándole al oído:

—Si no fueras tan bocazas, si no te regocijaras en tu propia espectacularidad, Curtis, te ahorrarías muchos enemigos gratuitos. La gente acaba por odiarte a pesar de que eres un buen tío. Y eso es precisamente lo que jode, Curtis… que siendo un menda sano te guste «rajar» tanto, despotricar tanto. Has puesto a ese pobre hombre en evidencia, en ridículo, delante de todo el mundo…

—¡Lo sé, lo sé, Duncan…! —Forrester movió sus manos como aspas de molino—. ¡Y te juro que lo siento! No es que quiera ser espectacular, es que soy excesivamente temperamental. La vehemencia me pierde…

—Pero eso no sirve de consuelo cuando has puesto a un tío a parir, ¿no te parece? —razonó Duncan Jarber, uno de los guionistas y ayudantes de realización del equipo formado por el propio Forrester. Jarber era el único que podía permitirse aquellas reconvenciones, aquellas reflexiones, acerca del comportamiento del director. A otro, desde luego, Curtis no se lo hubiera permitido. Siguió el guionista—: Estoy avergonzado al imaginar lo que pensará ese hombre y cómo debe de estar pasándolo…

—¡Está bien, está bien…! ¿Quién es el señor Spokane?

¿Quién…? Que se acerque, se lo ruego. Venga hacia aquí, señor Spokane… Quiero pedirle perdón públicamente. Acérquese, señor Spokane.

—Hasta para pedir perdón eres insultante y espectacular —rezongó muy quedo, sin que nadie más que Curtis lo oyera, Duncan Jarber.

Entonces, un hombre de los varios que se encontraban detrás del escenario entre natural (por lo que de exterior tenía) y prefabricado (por lo que de interior le correspondía), se acercó hasta la recia y sanguínea figura del director, diciéndole con voz átona, opaca:

—No se preocupe por mí, señor Forrester. Creo que entiendo su postura… Le han obligado a rodar en contra de su voluntad y eso le predispone de salida a ser duro con el guión. Yo… entiendo desde luego que no es demasiado bueno. Lo siento. Pero por mí, no se preocupe.

Terence Spokane era un tipo fúnebre por naturaleza.

Quizá por eso se había dedicado a la literatura terrorífica.

Bueno… dedicarse, lo que se dice dedicarse, no era la expresión justa, no. Intentaba dedicarse, sí. Porque la suerte no podía decirse que le hubiera acompañado batiendo, alrededor de sus literarios engendros terroríficos, las palmas del éxito y el triunfo.

Más bien al contrario.

Y ello había acrecentado la fúnebre expresividad de Spokane.

La mayor parte de sus relatos, los folios empleados para ellos más concretamente, habían acabado teniendo una íntima utilidad higiénica en el WC.

Los informes de las asesoría literarias de las editoriales, en su mayor parte, habían sido pésimos. Negativos. Y si alguno existía en el que se mencionase la posibilidad de que aquello podía mejorarse y ser aceptable, se puntualizaba a renglón seguido que el autor debía ser más consciente de las exigencias que rodeaban el género, que debía escribir pensando en los lectores y no en él, que el relato carecía de dinamismo, fuerza y agilidad, si bien el argumento, bien tratado, podía ser aprovechable.

Aprovechable…

Spokane renunció a seguir mandando sus originales a aquellos estúpidos editores —«Sabihondos de mierda» (versión Terence Spokane, furiosa versión, por supuesto)— que suponía estar de

vuelta de todo, en posesión de la verdad y que se erigían en jueces supremos de la voluntad de un público al que jamás se habían molestado en consultar.

Se le ocurrió, entonces, pensar en las productoras televisivas y cinematográficas. Creyó que aquél era su verdadero camino y que había cometido un grave error, una casi irreparable pérdida de tiempo, escribiendo para aquellos cretinos, estúpidos burócratas de editorial. ¡La TV y el cine si ofrecían campo a las plumas fértiles, ubérrimas, inteligentes e incomprendidas como la suya!

Él, Terence Spokane, tenía que triunfar como guionista para reparar su fracaso como escritor.

Sus esenciales características funestas, su capacidad para concentrar el terror y el miedo, explotarían en trepidantes relatos para el cine o la televisión.

El éxito vendría a él… ¡vaya si vendría! Y entonces podría vengarse de quienes le habían despreciado, humillado… de quienes no habían creído en él.

Como Farrah, por ejemplo.

Aunque de ella, claro, no deseaba vengarse.

Farrah, sí…

Con el éxito y el dinero que le proporcionasen sus guiones podría comprar el amor de Farrah. Farrah era de esa clase de mujeres que había que compararlas. Era una mujer insensible, pragmática, segura de sí y segura de lo que le pedía a la vida. Ella vivía de sueños de grandeza y él pronto estaría en condiciones de convertirlos en realidad.

¿Qué le importaba que Farrah no le amase si al fin podía conseguirla?

Farrah… La inalcanzable Farrah… ¡Cómo la deseaba!

Era la única mujer en el mundo que había sido capaz de despertar un profundo y arraigado sentimiento de amor y pasión en el gélido corazón del fúnebre Terence Spokane, al que más de uno tenía por misógino.

Farrah sería, a partir de ahora, su excitante musa inspiradora.

Se fue recto a la máquina de escribir con superiores y renovados bríos. Olvidando pasados sinsabores, precedentes decepciones, las amarguras proporcionadas por los informes editoriales que acompañaban sus devueltos escritos.

Cine y televisión, sí. Allí estaba el camino…

Y casi saltó de alegría, felicitándose, atisbando a sus labios por primera vez algo parecido a una sonrisa, cuando frente a sus ojos quedó la letra impresa de aquel anuncio publicado, a un cuarto de página, en el California Sun. Un anuncio dirigido a tipos como él, con inquietudes literarias… a guionistas noveles que desearan especializarse en el tema del terror. Allí explicaba cómo debían construir los guiones y cómo tenían que remitirlos a la Worldfilms TV Productions, donde un grupo de expertos asesores los leerían atentamente emitiendo extensos informes sobre los mismos.

Y el anuncio hablaba también de cifras. De… DINERO. De lo que se pagaría por los guiones que fuesen aceptados.

Y de las muchas posibilidades que existían de que fueran aceptados.

Aquella oportunidad que coincidía con su súbita decisión anterior de escribir guiones, cabía calificarla de premonitoria.

Cifras. En el anuncio se mencionaban cifras.

Dinero…

Farrah…

Se zafó a la vorágine condicionante de sus pensamientos, redujo su capacidad imaginativa sobre el propio futuro, dedicándose en cuerpo y alma, ambas fúnebres como su propia apariencia, a la confección del argumento concebido.

Un rictus que se esforzó de nuevo en ser sonrisa no pasando de oscura mueca, perfiló sus labios finos e incoloros.

«Ya tengo el título… —se dijo para sí, moviendo la cabeza afirmativamente—. El protagonista del miedo. Suena bien… ¡Y es un gran argumento! ¡Estoy seguro!».

Cuarenta días después, tras ardua tarea sin concesiones, aquel legajo de papeles cosidos a la productora. Y veinte más tarde, Spokane recibía la respuesta. Era un simple telegrama cuyo texto no permitía excesivas alegrías, pero dejaba un resquicio abierto a la esperanza.

Un simple telegrama que decía así:

Al objeto de mantener un cambio de impresiones sobre su guión titulado El protagonista del miedo, le rogamos se persone a la mayor brevedad en nuestros estudios. Trevor Hayden, por la Worldfilms TV Productions. *Stop*. Saludos cordiales. *Stop*.

Al día siguiente, con su mejor terno y único, de color negro por supuesto, que contribuía a estirar y proyectar todavía más su aspecto fúnebre, su apariencia de misántropo y anacoreta, Spokane se plantó en Santa Mónica, en las dependencias administrativas de la productora que estaban anexas a los estudios de filmación.

Una chica mona y explosiva le recibió. Examinando el telegrama y sin la antesala clásica que él había esperado y que no tenía más finalidad que impresionar a noveles y novatos, fue conducido a presencia de Trevor Hayden.

El otro, tras indicarle que tomara asiento al otro lado de la mesa que él presidía, se presentó así:

—Soy el productor de esta casa, ¿sabe? El capitalista, el que tiene el dinero. Prácticamente, el que manda… ¿sabe? Soy un tipo listo y sé lo que quiero y lo que hago, ¿comprende? Por eso nuestros telefilms salen, se venden quiero decir, los contratan las más importantes cadenas de TV de todo el mundo, se convierten en rentables para nosotros… ¿Comprende lo que quiero decir, señor Spokane?

—Sí… —Terence estudiaba con prevención al tipo bajo, rechoncho, calvo, de reluciente cuero cabelludo al que sólo le quedaba el cuero, claro. Estudiaba preocupadamente al fulano pedante, engreído, grandilocuente y fanfarrón, que se movía como una morcilla encima de su asiento. Repitiendo, precautorio y conciso—: Sí…

—Hemos leído su guión, ¿sabe?

—¿Y…? —Casi vibró como la cuerda de un violín al pronunciar el precario interrogante.

Hayden entrecruzó los porcinos dedos de sus manos.

—Bueno… —retrasaba el informe como complaciéndose en la tortura psíquica que con la demora y su retorcimiento ejercía en el cerebro del otro. Murmuró, instantes después—: El protagonista del miedo, la verdad… ¿para qué voy a engañarle?, no es nada del otro mundo. No. La idea… ¡psé!, la consideramos aceptable. Sólo eso. Pero el argumento no está bien tratado. ¡Qué va! Le falta a usted estilo y profesionalidad.

—Eso puede subsanarse…

—Sí, por supuesto. De eso quería hablarle. Por eso le he citado.

—¿Desea que recomponga el guión? —El funerario Spokane,

dentro del traje negro, se estiró hacia arriba desde el fondo de la silla.

—No… No exactamente.

Pegó un respingo.

—¿Entonces…?

—Otros lo harán por usted. Un equipo de verdaderos profesionales. Los Jarber, Crawson, Wilcox… Si sigue usted la trayectoria de nuestra producción televisiva esos nombres le sonarán familiares. ¿Verdad que le suenan, Spokane? Ellos se encargarán del arreglo, comprende, ¿verdad? Son profesionales: Saben dónde tienen la mano derecha… Usted, señor Spokane, condicionado por su nerviosismo, tardaría mucho en efectuar el correcto arreglo que pretendemos. Lo comprende, ¿verdad? Los guiones para TV son complicados y se necesita de una profesionalidad que usted está muy lejos de tener.

—Es lógico, ¿no le parece? —Se atrevió a cortarle Spokane. Agregando—: Imagino que ese grupo de expertos guionistas a que se refiere no nacieron siendo… profesionales. ¿O sí?

Trevor Hayden le ofreció una mirada recriminatoria con sus ojillos de gnomo maléfico, con aquellos ojillos saltarines y oscuros. Sentenciando.

—Una observación muy poco acertada la suya, amigo. En fin… Como no tengo tiempo que perder puesto que mis obligaciones son muchas y eso, espero que usted lo entienda, le resumiré nuestra oferta… Aprovecharemos de su relato lo que como idea tiene de bueno o aceptable y nuestros guionistas, atendiendo a las exigencias del género y a las condicionantes que son ineludibles para su explotación comercial, construirán las secuencias…

—¿Quiere decir que harán un guión totalmente nuevo?

—Más o menos. ¡Ah!, y respetaremos el título. Eso sí. Por cedernos los derechos sobre el mismo y la utilización de su idea, por renunciar a ellos mejor dicho a favor de la Worldfilms TV Productions, usted percibirá… diez mil dólares limpios. Más, mucho más de lo que usted podía soñar, ¿verdad, Spokane?

Al de fúnebre aspecto se le removieron dentro del vientre todas las tripas.

—Esto es como un…, un… —empezó.

—¡No lo diga, Spokane! ¡Ni en broma!, ¿eh? Aquí no robamos a

nadie, ¿está claro? Si mi oferta no le interesa…

—Iba a decir simple y solamente que es… un insulto.

—Sigue ofendiéndome, amigo —y empujó hacia Spokane el mamotreto que había encima de la mesa. Anunciando, despreciativo —: Puede llevarse su guión. Buenos días…

El estirado individuo de larga silueta y huesos pronunciados, de cara chupada y pómulos salientes, tragó saliva de forma tan evidente que la nuez pareció escapar de la piel regresando al cabo de unos segundos.

Con la saliva se tragó su dignidad.

Diez mil dólares…

Farrah…

¿Era…, era un insulto? ¿Y cómo podía llamarle a despreciar en función de un absurdo orgullo profesional, de una integridad a sí mismo y a su obra que nadie valoraría jamás… despreciar una cantidad de dinero como nunca había visto junta con la que podría abanicar el hermoso rostro de la excitante y avarienta Farrah?

Volvió a tragar saliva. Y la dignidad que le quedaba, en el supuesto de que le quedase alguna.

—De acuerdo, señor Hayden. Renuncio a esos derechos.

El productor de la empresa, el capitalista, el tipo como él se autodefinía, lanzó un suspiro de satisfacción. Diciéndose más que diciendo:

—Estaba seguro de que sería razonable, Spokane —abrió una carpeta de plástico transparente y sacó un contrato extendido por triplicado que deslizó hacia el otro, anunciando—: Firme y quédese una copia.

Firmó, devolviendo el repulsivo y macilento Hayden dos ejemplares.

—El rodaje empezará dentro de quince días. Si quiere usted contactar con nuestro director y realizador, Curtis Forrester, es posible que le autorice a asistir…, en cierto modo, es usted el padre de la criatura.

—¿Sólo… en cierto modo, señor Hayden?

—¿Lee usted lo que firma, Spokane? Acaba de renunciar legalmente a esa paternidad. —Lo tengo claro, señor Hayden. Lo que no impide que sienta enormes deseos de escupirle a usted en la cara.

El «tocino» se encabritó. Pegando un brinco, congestionando el rostro asalchichado y más porcinos que nunca sus morros, gruñó:

—¡Largo! ¡Fuera de mi despacho inmediatamente! ¡Desaparezca de aquí antes de que me arrepienta!

Terence Spokane, en pie también, miró con brillo asesino en sus casi siempre opacas pupilas, ahora iluminadas por el odio, la rabia y la impotencia, al productor.

—¿Y el dinero?

—¡Mi secretaria le dará el talón! ¡Fuera he dicho!

La chica mona entendió por la expresión que traía el tipo que las cosas no habían rodado muy pacíficas.

—Eso es para usted, señor Spokane.

—¡Esto es un robo! —arrugó el papel metiéndolo en un bolsillo de la chaqueta. Repitiendo—: ¡Un robo…! Pero alguien se arrepentirá…

Y se largó en volandas de su rabia sorda de las oficinas de la productora.

Farrah, le compensó de sobras, largamente, de aquel terrible contratiempo que había cercenado las ilusiones de triunfo y éxito en Spokane.

La pasta obró milagros en el comportamiento de la ambiciosa hembra.

Le abrió la puerta de su apartamento, las puertas de su calculador corazón, le abrió las piernas… le abrió todo lo que tenía que abrirle para que Terence se sumergiera, se abandonara en el mundo del sexo, la pasión y el éxtasis, olvidándose de que por la vida corrían canallas como Trevor Hayden.

Farrah… ¡le daba tanto placer! ¡Tanta pasión! ¡Tanto olvido!

¿Qué importaba el expolio si con él obtenía dinero para poseerla?

No obstante, quince días después, habló por teléfono con el director realizador de la Worldfilms TV Productions.

—¿Spokane…, Spokane dice?

—Si Terence Spokane. Soy el autor… bueno, el que escribió la versión primera de El protagonista del miedo. Cuando firmé el contra… la renuncia quiero decir, el señor Hayden me dijo que me pusiera en contacto con usted por si me autorizaba a asistir al rodaje.

—¡Ah…, ya! —exclamó el que estaba en la otra punta del cable. Y tras unos segundos de duda, añadió—: Bueno, sí… Por mí, puede asistir si lo desea. Ahora le paso con mi secretaria de dirección, la señorita Donovan, que le pondrá al corriente de la hora. Empezamos hoy, ¿lo sabe?

—Lo suponía, sí.

—Bien, señor… ¿ha dicho Spokane? Le dejo en compañía de Sentha.

—Gracias, señor Forrester.

Sentha Donovan le amplió la información. Y aquella misma tarde, Spokane, acompañado de Farrah Jackson que aceptó la invitación de acudir junto a su erudito guionista al rodaje de la primera secuencia, o primeras secuencias, de El protagonista del miedo, puso proa a la dirección indicada.

Horas después se arrepentía de haberla llevado.

Cuando empezó a ser consciente del tremendo ridículo al que le estaban exponiendo. Pero había otro sentimiento que laceraba mucho más, enormemente más, la dignidad o lo que fuese de Spokane.

Su guión —porque para él sería siempre SU guión— apenas si había sido retocado. Unos leves matices de estilo y nada más. Al menos, eso se deducía de lo que en el torreón en el campanario, estaba escenificando la actriz Kim Broders en su papel de Verónica. Incluso el monólogo atendía estrictamente a la idea original de Spokane.

«Maldito ladrón… —pensó casi sintiendo dolor en las sienes—. ¡Maldito productor, maldito tipo listo, maldito hijo de perra…! ¡Diez mil dólares…! ¡Le habían dado una limosna por lo que iba a generar millones de beneficio!».

Terence, nervioso, irreconociblemente nervioso, se mordía el labio inferior y retorcía los dedos de una mano dentro de la cuenca de la otra, haciéndolos crujir estremecedores. Se sentía insultado.

Vituperado.

Puteado… ¡totalmente puteado!

Escupido en mitad de la cara.

Humillado… Humillado como nunca se había sentido.

Porque no se trataba del dinero sólo, no.

Humillado…

Porque con aquel expolio se terminaba todo. Jamás pasaría de ser un «negro» al que otros, los importantes, los profesionales, firmarían sus guiones. Y se llevarían la gloria, la gloria efímera sí, pero que a todos gustaba paladear. ¡Y a él más que nadie, porque aún no había tenido ocasión de conocerla! La gloria, sí. El dinero también, ¡por supuesto! A él le darían la consabida limosna, le darían por…

Más que humillado incluso, se sentía frustrado.

Totalmente frustrado. Y eso, era infinitamente peor.

Era una frustración enorme, asfixiante, que le hacía odia a todos y cada uno de aquellos pomposos profesionales, aquellos inteligentes injuriantes que se creían vivir en otra dimensión intelectual y que desde ella miraban con lástima, con ofensiva y hasta procaz compasión a los pobres desgraciada como él, como Terence Spokane, al que por diez mil dólares le habían robado un guión.

Una llamarada asesina inyectó de sangre los ojos del fúnebre y fracasado escritor, mientras una palabra, atropellada, obsesiva, machacona, se apelotonaba una y otra vez en sus sienes, martilleándolas.

FRUSTRACIÓN…

Y mecido a su arrullo, Spokane imaginó muchas, muchas cosas. Y todas tan funestas y lúgubres como era de hábito su carácter que ahora se había metamorfoseado en aras de su propia e íntima…

FRUSTRACIÓN.

Farrah, que «pasaba» bastante de Spokane y sí se estaba quedando con la de tíos bien plantados, tíos apetecibles que se movían por aquel plató, no tuvo ni la menor idea de lo que estaba pasando dentro del cerebro de su «pagano»… ¡ni le importaba, dicho fuera de paso! Cuando el baboso de Spokane se le acabase la pasta, ella cerraría la puerta de su apartamento, la ventana de su calculador corazón, cerraría las piernas por supuesto y…

Y a Farrah, lo mismo que a Terence que seguía en sus sombríos pensamientos de frustración que tanta rabia y odio generaban, le sorprendió el grito, aullido mejor, de Curtis Forrester, bramando:

«¡Corten…, CORTEN DE UNA MALDITA VEZ!».

Spokane pegó un perceptible respingo que contribuyó a dimensionar el sobresalto de Farrah.

—¿Qué…, qué es lo que pasa ahora, Terence? —quiso saber la hembra.

—¿No lo has oído? —interrogó también él, hablándole por primera vez a Farrah, a la mujer que tanto lo excitaba y a la que tanto deseaba, con tono duro, vibrante, casi de menosprecio. Añadiendo con un rápido giro que le llevó a dulcificar el registro—: Nada, muñeca, nada. Que van a parar un momento el rodaje.

—¡Ah…!

Y seguidamente se inició el diálogo, explosivo diálogo, de Forrester con la script, interviniendo uno de sus colaboradores, irónico y mordaz, que tras exacerbar más los ánimos del director, se esfumó.

Forrester se había encarado de nuevo con la muchacha.

Y hablaba, hablaba, y no paraba de hablar.

Sus palabras acuchillaban el cerebro de Spokane que se encontraba como en trance. Erecto. Rígido. Tenso igual que un cable de acero soportando una enorme carga.

Y no paraba de hablar.

HABLABA…

«¡Este guión es una mierda! Y el arreglo que sobre él han hecho…». Terence Spokane se contrajo, se contorsionó, alcanzando el cénit, el clímax máximo de su angustiosa frustración.

FRUSTRACIÓN…, sí. FRUSTRACIÓN… con mayúsculas.

Deseaba salir, abalanzarse sobre aquel tipo, golpearle, golpearle, golpearle sin parar hasta destrozarle el cerebro y ver qué tenía dentro. Sus ojos chispeantes despedían esquirlas asesinas que impactaban contra el cuerpo sanguíneo, móvil, nervioso, de aquel charlatán con pantalón de pana y camisa cuadriculada de franela, produciéndole mil muertes distintas.

Spokane estaba ahora lívido, más lívido que nunca. De la congestión roja como la grana, su faz estirada, contumazmente fúnebre, pasaba a una palidez acusada, cadavérica.

Como desde muy lejos, puede que del Más Allá, llegaron hasta sus oídos que le zumbaban atronadoramente, las palabras de la bonita script, titubeando:

«Terence Spokane es…, es el…, el autor del guión original de El protagonista del miedo. Usted ha hablado con él esta mañana. Y usted mismo le ha invitado a…».

Palabras y más palabras después.

Hablaba Forrester. Y hablaba otro tipo a su lado, pero el tono no era audible para Spokane, y aunque lo hubiera sido, su confusión, su agarrotante nerviosismo, su creciente frustración, le habrían impedido entender lo que decía.

Sólo había odio en su mente, en sus oídos…

Sólo había frustración, una enorme y mayúscula…

FRUSTRACIÓN.

«¡Está bien, está bien…! —exclamaba en aquel momento Forrester, sin que el funesto guionista le oyera ni entendiese—. ¿Quién es el señor Spokane? ¿Quién…? Que se acerque, se lo ruego. Venga hacia aquí, señor Spokane… Quiero medirle perdón públicamente. Acérquese, señor Spokane».

Farrah le dio un vivificador codazo.

—¡Eh, Terence! ¿Es que no te enteras? Te está llamando a ti…

Otro respingo en labios del fúnebre.

—¡Eh…! —exclamando, regresando su cerebro a la realidad—. ¿A mí…? ¡Ah, sí, entiendo! A mí…

Y avanzó como un autómata hasta situarse frente al director realizador de la Worldfilms TV Productions. Mirando sin verle, concentrado en el esfuerzo tremendo que debía realizar para obtener un dominio total de sus sentimientos, de su natural deseo homicida, de su desbordada frustración que gritaba al cielo, que clamaba justicia y venganza… dominando todo aquel maremágnum, aquella torre confusa de Babel que atronaba sus engramas, consiguió fingir, logró articular, átono y opaco:

—No se preocupe por mí, señor Forrester. Creo que entiendo su postura… Le han obligado a rodar en contra de su voluntad y eso le predispone de salida a ser duro con el guión. Yo… entiendo desde luego que no es demasiado bueno. Lo siento. Pero por mí, no se preocupe.

El rostro sanguíneo y espectacular —que lo era y no sólo por el rostro, como muy bien le había dicho Duncan Jarber— de Curtis Forrester, trató de ir al encuentro de una expresión que lo suavizase todo, que lo arreglara… A él, personalmente, le importaba un pepino el tipo severo y vestido de negro que había sido capaz de escribir tantas estupideces juntas. Pero debía cuidar su propia imagen. Al fin y al cabo, aquel menda era un novato. Un pobre

diablo que quería escribir guiones. Tenía que mostrarse amable y condescendiente.

Pero por lo expresivo precisamente, todos aquellos pensamientos se tradujeron en su cara redonda y roja, con bastante claridad. Con excesiva claridad, desde luego, para un tipo como Spokane. Que no era tonto, dejando al lado la calidad de sus guiones. Que sabía leer entre líneas. Y «entre rostros».

Y leyó, desde luego.

Justo cuando Forrester, benevolente, bajaba de su galaxia tendiéndole la mano. Y le decía:

—Espero que sepa disculparme, Spokane.

—Sí… —Se quedó mirando, con rabia difícilmente controlada, la mano abierta, la mano falsa que el otro le ofrecía en su propio beneficio, con doblez. Y ahora el fúnebre, fue aplastantemente sincero—: Lo intentaré… Intentaré disculparle. Pero no me humille más obligándome a estrechar su mano.

Curtis se encogió de hombros.

—¡Allá usted, amigo! —Surgió su innata explosividad. Y antes de girar en redondo, dejó caer—: Será mejor que no vuelva por aquí… Spokane ha dicho que se llama, ¿no? Así se ahorrará estas escenas… y las de su guión.

Terence, se crispó todo él.

Faltó una fracción, una milésima, para que saltase sobre Forrester empezando a presionarle el gaznate. Durante mucho tiempo se preguntaría qué era exactamente lo que le había detenido.

Vio, de pronto, frente a él, al tipo joven, cordial y deportivo, que anteriormente se encarase con Forrester. Oyéndole decir:

—Tranquilo, Spokane. Pese a sus maneras despectivas le aseguro que no es mal tipo. La lengua le pierde… ¡qué le vamos a hacer! Me llamo Brian Crawson. Y si quiere pensar que en estos estudios tiene un amigo, soy yo. ¿Quiere estrechar mi mano?

Le miró, vacío. Y le dijo, ambiguo:

—No estoy en situación anímica de entender y aceptar su buena voluntad… ¿Crawson se llama? Me han hecho más daño, mucho más hoy, que en todo el resto de mi existencia. No tengo ganas de estrechar la mano de nadie. Menos de aquí.

El muchacho, sonrió. Diciendo con tono sincero:

—Creo que le comprendo, Spokane.

Terence, sin apretar la mano que seguía extendida, giró, brindándole su encorvada y alta espalda. Y con su frustración odiosa a cuestas de aquélla, caminó, cansado, vencido, hacia donde esperaba Farrah.

—¡Vámonos…!

—Sí, será lo mejor. ¡Porque te has cubierto de gloria!

—Calla…, calla, víbora. Otro comentario y juro que soy capaz de estrangularte.

Farrah, se estremeció.

Por muchas razones.

Y sobre todo, por la sinceridad que supo captar en las palabras de Terence Spokane. Un Spokane distinto, diametralmente opuesto al que ella había conocido hasta entonces. Un Spokane, ahora se daba cuenta, muy capaz de asesinar.

Sí…

DE ASESINAR.

* * *

Las manecillas del reloj sobrepasaban en veinte minutos las once de la noche cuando el taxi se detuvo, con suavidad, frente al 739 del Lafayette Boulevard.

Curtis Forrester saltó a tierra pasando a la ventanilla delantera para alargar un billete al chófer. Y le dijo:

—Puede quedarse con la vuelta, amigo.

—Bien. ¡Gracias!

Forrester vio alejarse al vehículo de servicio público, inmóvil, muy fijo en sus luces piloto, que pronto se perdieron por la primera bocacalle. Luego, avanzó un par de pasos, deteniéndose al pie de las escaleras que ascendían hasta su residencia.

Pensativo.

Puede que hasta preocupado.

Porque no estaba demasiado conforme con el desarrollo de los hechos tal como se habían producido aquella tarde noche.

El protagonista del miedo… Cuyo rodaje, a fuer sincero, le causaba malestar. Pero sabía de los problemas económicos, que por fortuna todavía no habían trascendido a los medios financieros del país, de los muchos problemas crematísticos que acechaban a la Worldfilms TV Productions. Y por eso había accedido. Pero en el

fondo no estaba conforme, no estaba tranquilo.

También le preocupaba aquel amago de fricción que tuviera con el guionista Spokane. Él entendía su postura. Él, Curtis Forrester, estaba en la inteligencia de que lo hecho por Hayden a Spokane era una marranada con mayúsculas. Pero no estaba en su mano deshacer el entuerto.

Sin darse cuenta, con sus pensamientos y preocupaciones a cuestas, Curtis Forrester se encontró paseando, despacio, con medidas zancadas, por Lafayette Boulevard. Alejándose, inconscientemente, del 739 que señalizaba su domicilio. Bueno, quizá le conviniera caminar. Para aclarar ideas y conceptos. Para ponerse en paz consigo mismo… con su conciencia. Porque en parte, en una mínima parte, él, también se consideraba responsable de la jugada que el productor le hiciera a Terence Spokane.

No conseguía quitarse a aquel tipo de la cabeza. Con su cara inexpresiva o tremendamente expresiva, ¡váyase a saber! Con su hundimiento, con su evidente frustración. Spokane, y con razón, se había sentido humillado.

Si hubiera alguna forma de convencer a Hayden… No. El porcino productor, obsesionado de siempre con las finanzas, no cedería un ápice: diez mil dólares por un guión original era una auténtica ganga.

¡Ah… si él fuera el Curtis Forrester de otros tiempos!

Pero ya no lo era, no. ¿A qué engañarse? Ahora era un tipo mezquino más que defendía, con uñas y dientes, un puesto de trabajo y unos saneados ingresos.

Tratando de mantener, eso sí, de cara al exterior, a la galería, y sobre todo en el ambiente profesional, su dignidad de antaño, su personalidad, su genialidad inclusive, aquel estilo agresivo y hasta insultante que todos, en el fondo, admiraban.

Pero todo había cambiado y él lo sabía.

En otra época, Curtis Forrester, no habría cedido a ningún tipo de presión aunque viniera del mismísimo Hayden.

Si el guión, según su criterio, no valía… ¡no se rodaba!

Y si valía, se rodaba, respetando todos los derechos de su autor.

Nada de chapuzas, de robos más o menos disimulados, más o menos encubiertos… Seguía paseando.

Acallando parcialmente, o intentándolo por lo menos, su

conciencia.

Paseando.

Muy metido en sí mismo.

Por eso, a buen seguro, no se percató del negro automóvil que sigilosa, silenciosamente, iba siguiendo sus pasos por la calzada pegado a la acera por la que él caminaba.

Un coche negro. De morro largo, brillante, acharolado…

Como el cañón de la automática que, de súbito, de repente, asomó por el hueco de la ventanilla posterior. Un cañón de color charol, sí, que llevaba anudado un tubo silenciador.

El arma se fue alzando hasta situarse en línea diagonal ascendente con la cabeza de Curtis Forrester.

Un rostro por encima del arma, oscuro, envuelto en las tinieblas de la noche, se crispó, nervioso, puede que satisfecho al mismo tiempo, decidido a saciar su sed asesina, a la vez que el índice se crispaba, se curvaba, en torno al gatillo…

El gatillo que iba a terminar con toda la problemática que se debatía dentro del cerebro del director realizador de la Worldfilms TV Productions…

El gatillo que iba a sentenciar la vida de Curtis Forrester.

Terminando con sus problemas de conciencia, por supuesto.

Justo en aquel momento, de una ventana situada en la planta baja del edificio a cuya altura se encontraba el viandante, surgió un grito, un rugido de rabia:

—¡Aaaah! ¡No me pegues más…! ¡No me pegues, por favor!

Era una voz femenina.

Forrester llevó, instintivamente, la vista, hacia la ventana iluminada.

Y el asesino, expectante también, interrumpido en su tarea decisoria, se quedó en suspenso con el índice tensado alrededor del gatillo…, pero sin oprimirlo.

—¡Maldita borracha! —Rasgaba con cascado registro, un tipo que tampoco parecía estar ajeno al uso del alcohol—. ¡Te mataré! Pero antes… ¡a la mierda la botella!

Y la botella hizo añicos los cristales de la ventana al pasar entre ellos. Zumbando frente a las narices de Forrester quien, sorprendido por aquella inesperada discusión, había detenido su medido avance. Respingando y echando atrás la cara, murmuró:

—Por poco me atiza…

Y siguió con la mirada el trayecto de la botella hasta su fin.

Hasta que se estrelló encima de la capota del coche negro.

Y por eso los ojos de Forrester se dieron de lleno con el rostro oscuro que asomaba por la entreabierta ventanilla, con os ojos diabólicos cuya aura rojiza brillaba en las tinieblas… y con el cañón de la pistola provista de tubo silenciador.

Lo entendió, sí.

Por eso, al punto, se tiró de bruces al suelo, empezando a girar sobre sí vertiginosamente.

El criminal también comprendió.

Que debía darle al gatillo, YA, o la oportunidad se escapaba.

¡PLOC!, ¡PLOC!, ¡PLOC!, ¡PLOC!

Los taponazos pusieron una nota opaca en el silencio, que al punto se vio interferido por la voz aguardentosa del fulano que le recriminaba a su amiga, esposa o lo que fuera, el abuso del contenido de la botella.

—¡Puerca beoda! ¡Ya te daré yo…! ¡Te voy a partir todos los huesos, golfa!

Y mezclándose con las últimas palabras una quinta y apagada detonación:

¡PLOC!

Mientras Curtis Forrester, con la cara literalmente aplastada contra la acera, girando y girando, casi mordiendo el suelo pétreo, escapaba por milímetros a la mortífera andanada.

De un *pub* cercano al lugar donde se desarrollaban los hechos asomó a la calle un tipo joven. Y una chica lo hizo tras él abrazándose a su cintura.

El muchacho fue testigo del quinto fogonazo que brotaba de la pistola empuñada por quien le daba al gatillo desde el interior del coche negro. Y le gritó a su compañera al percatarse también de la presencia, aplastado en tierra, de Curtis Forrester.

—¡Eh, Mary…! ¡Están disparando contra ese tipo!

—Llama a la… ¡Socorro! ¡POLICÍA! ¡Quieren matar a un hombre! —se desgañitó la bella rubita, un tanto excitada por los vapores del par de porros que había consumido en el *pub*.

—¡Como que te van a oír…! —Largó su compañero, al tiempo que echaba a correr hacia Forrester, diciendo—: ¡Tranquilo, amigo!

Le ayudaremos…

El vehículo, para entonces, salió zumbando.

A toda pastilla. Rugiendo vorazmente su motor al serle pisado con fuerza el pedal del gas.

A la chica no podía oírle la policía, desde luego. Pero ante sus gritos el asesino había optado por la huida renunciando a proseguir con los disparos… con otros disparos que acertasen en el blanco deseado.

El joven estaba ayudando a incorporarse a Forrester.

—Gracias, amigo… Gracias.

—¡Le ha ido de un pelo!, ¿eh?

—Pues, sí. Me temo que sí.

—¿Quiere que le acompañemos al precinto policial?

Curtis Forrester negó con la cabeza.

—No hace falta, muchacho. Iré solo. Ya has hecho lo que debías. Ahora… ve con tu amiga. Ella te necesita más que yo.

—¡Hombre…! Yo lo decía porque siempre será interesan te que alguien atestigüe su historia, ¿no?

Forrester hizo un ademán ambiguo.

—¡Bah…! No lo creas, muchacho. Hoy en día, en función al elevadísimo índice de delincuencia, la policía «pasa» un poco de estos atentados frustrados. Y no porque quieran inhibirse, no. Simplemente porque están desbordados. ¿Entiendes?

El joven le miró con cierta sorpresa. Como asombrado por la pequeña disertación sobre la materia.

—Si usted lo dice…

—Tranquilo, chico. Y gracias otra vez. Ve con ella… Yo me encargaré de la denuncia. —Como usted quiera, amigo. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Forrester giró sobre sus pasos avanzando, rápido ahora, hacia su residencia.

Muy preocupado.

Y no por los mismos motivos que en el momento en que iniciara aquella corta caminata. El protagonista del miedo, Terence Spokane y sus problemas, la Worldfilms TV Productions… ¡Todo se había esfumado de su mente como por arte de magia!

O por el arte de cinco disparos efectuados con silenciador.

Querían matarle…

Alguien había intentado asesinarle…

¿POR QUE?

No pensó, al menos por el momento, en ir al precinto policial.

Tenía, primero, que examinar aquella situación.

¿Qué situación?

Acababan de intentar asesinarle, ¡aquélla era la situación!

Y punto.

Iban a matarle y habían fallado en la primera ocasión.

Subió de un brinco las escaleras que desde la acera conducían a la puerta de su residencia.

Antes de a tientas alcanzar el conmutador, girarlo, y llenar de claridad el vestíbulo notó que su pie derecho había pisado algo…

¿Algo? ¿Algo que podía… ESTALLAR?

Pegó un salto al tiempo que su corazón cabalgaba con atropelladas palpitaciones, estallando en una asfixiante taquicardia, sintiendo al instante un fuerte dolor en el pecho. La luz…

¡No encontraba el interruptor!

—¡Maldita sea…!

Por fin, intentando vencer su nerviosismo, dio con la llave y la hizo girar.

LUZ…

—¡Vaya…! ¿Conque podía estallar, eh?

Y se quedó mirando el sobre blanco, tamaño banca, que destacaba encima de la alfombra que cubría el suelo del vestíbulo. Un simple sobre blanco…

—Ese maldito asesino me ha metido el miedo en el cuerpo… —murmuró, al tiempo que se inclinaba para recoger el sobre.

Con manos temblorosas, lo rasgó, extrayendo la cuartilla de papel tela que contenía, desdoblándola, elevándola hacia sus pupilas contraídas por el nerviosismo, y leyendo al fin:

Van a matarte, Forrester. Y supongo que si llegas a leer esta misiva será porque, afortunadamente para ti, habrás escapado al primer intento. En el próximo…, el asesino no fallará, te lo aseguro. Sólo yo, amigo, puedo ayudarte. Sé quién y por qué…, pero eso vale dinero. La vida, sobre todo si es la de uno mismo, vale dinero… ¿No te parece, Curtis Forrester? Si has tenido la suerte de que esta nota llegase a tus manos y quieres evitar que se produzca una segunda y definitiva tentativa, te espero, esta misma noche a la una en

punto…, en punto, en el decorado del cementerio de los estudios de la Worldfilms TV Productions. Se trata de tu vida, Forrester.

Un amigo.

Tragó saliva.

Y con el papel entre los dedos de la diestra corrió al mueble bar preparándose un *whisky* doble. Sin soda. Sin hielo. Y al instante se encasquetó otro.

La reacción del alcohol, al menos momentáneamente, pareció calmar su ansiedad.

Volvió a leer el texto.

Acto al que siguió un tercer *whisky* doble.

Y luego, una ojeada al reloj.

Guardó la cuartilla de tela en el bolsillo del pantalón, casi arrugándola a causa del nerviosismo y, tras ingerir un cuarto *whisky*, sencillo éste, salió precipitadamente de su domicilio.

Obsesionado con una idea fija que desplazaba cualquier otra que circulase por su cerebro: acudir, primero, a la extraña cita.

Y averiguar, después… quién y por qué quería asesinarle.

* * *

Allí estaba…

El decorado del cementerio.

Forrester había llegado hasta él eludiendo el control del vigilante nocturno gracias a que conocía el lugar mejor que su propia casa. Al guarda hubiera tenido que darle explicaciones del porqué de su presencia en los estudios a horas tan intempestivas sin que hubiera rodaje programado previamente y él, al menos por el momento, quería a toda costa que aquella extraña circunstancia permaneciera en secreto.

Era algo que sólo le atañía al propio Forrester.

Y al asesino, por supuesto.

Y también al mediador, al que firmaba «UN AMIGO», y que le enviara la nota citándole. Todo muy extraño e inquietante, sí.

¿Quiénes podían ser el uno y el otro?

Con respecto al último, al mediador, al «amigo», seguramente pronto saldría de dudas.

El decorado del cementerio…

Un cementerio brumoso, como londinense, con niebla falsa producida por el hielo seco que, durante los momentos de rodaje, se

enroscaba como una serpiente sinuosa y asfixiante entre las losas y cruces de escayola que en el celuloide pasaban a ser de piedra y mármol y que se enmarcaban en paisajes sombríos, espeluznantes, aterradores.

Todo, pura ficción.

Como aquellas tumbas que se abrían, de pronto, obedeciendo a trucos y resortes, a los mil y un recursos del cine y sus cámaras… Que se abrían, sí, entre efectos especiales sonoros que ponían notas siniestras, crujidos espantosos, para vomitar a su compás fantasmagóricas apariciones, muertos vengadores, espectrales, con rostros de alabastro viviente, que retornaban a la existencia terrena procedentes del Más Allá, de las impenetrables tinieblas del averno.

Ficción…

Absurdo terror…

Un terror que se esforzaba por concretar, materializar, desde los guionistas y directores, con la intervención de los cámaras y especialistas, hasta los profesionales del arte que daban realismo, verosimilitud, a aquellas escenas absurdas, estúpidas, que finalmente hacían sobrecoger a muchos espectadores, que les hacían contorsionarse en sus butacas cómodas de platea, que les ahogaban…

¡Qué absurdo era todo en la vida!

¿Vida…?

A él, a Curtis Forrester, se la querían arrebatar.

Con todos aquellos pensamientos a cuestas y una enorme, agobiante incertidumbre, se recorrió el decorado, sumido en la penumbra, en las negruras.

Nadie…

Allí no había nadie.

Miró el reloj.

Sólo faltaban siete minutos para la hora de la cita.

El director realizador de la Worldfilms TV Productions, muy a pesar suyo, se estremeció. Sintió un extraño latigazo en la nuca, algo así como un repeluzno, y se revolvió.

Batió palmas obedeciendo a un instinto inconcreto, al de acompañar su soledad posiblemente, al tiempo que exclamaba, interrogante, como para justificar aquellas infantiles palmadas:

—¡Eh…! ¿Hay alguien aquí? ¿Hay alguien…? ¡Soy yo, Curtis

Forrester!

Nada.

Silencio.

Sólo la bruma falsa o lo que de ella quedaba por el ambiente. Y las falsas lápidas con sus cruces que se fingían herrumbrosas… y que no por fingirse resultaban menos siniestras. Aquello, aquel decorado, sí, era… siniestro.

A Curtis Forrester nunca se lo había parecido, pero ahora…

Era diferente.

SINIESTRO.

Quizá porque las circunstancias eran diferentes también. Porque ahora no se iba a rodar ninguna escena de fingido terror, de muertos que resucitaban, de tumbas que se abrían… Ahora se iban a producir una cita entre un hombre cuya vida estaba en peligro de muerte y un «amigo», un misterioso personaje, que decía saber de aquel asunto y decía poder ayudar al otro a cambio de dinero.

Forrester, cuyo nerviosismo iba *in crescendo*, cuyo corazón volvía a palpitar atropelladamente a causa de la nerviosa taquicardia, dio otra vuelta por el decorado.

Despacio.

Escudriñando las negruras que lo envolvían.

—¡Eh…! —Sólo salió de sus labios un hilo de voz—. ¿Hay… hay alguien aquí?

Tropezó, inesperadamente, contra un ciprés.

Creyendo que su corazón se había detenido, que no latía, que la muerte se adueñaba de su cuerpo llevándoselo hacia una oscuridad infernal.

Pasados aquellos segundos de pánico, de estupor, Forrester sintió que sus válvulas cardíacas expelían la sangre con violencia, que la bombeaban a todos los rincones de su anatomía con peligrosa velocidad, con latidos que restallaban en su tórax lo mismo que escalofriantes aldabonazos.

Rodeó el ciprés con paso torpe, vacilante.

El ciprés… El núcleo de Cipreses, de cartón cuero, que según las exigencias del rodaje se situaban en unos u otros lugares. Eran Cipreses sin vida, sin savia… Pero a Curtis, que instintivamente, con morbosidad diríase, elevó su mirada hacia las cúpulas exánimes y acartonadas, se le antojaron muchísimo más tétricos que los reales.

Que aquellos otros, verdosos, estirados, vivos, que asomaban por encima de las tapias y verjas de las necrópolis y que a veces, batidas sus copas por el viento fantástico, por el viento inquietante majestuoso, escrutadores, tétricos, para comprobar si de verdad los muertos dormían su sueño definitivo.

Cipreses de cartón…

Curtis Forrester trató de sustraerse al hechizo macabro que se iba adueñando de su psyquis… Quiso cerrar los ojos para no captar aquellas escenas irracionales, dilatadas, que él era el menos adecuado para concebir, para imaginar, para aceptarlas como creíbles… Aquello, era un simple decorado.

Un mundo de ficción, de falsedades, de trucos…

Algo crujió, ahora, secamente, a su espalda.

Curtis, sintiendo asfixia, notando dilatación de sus venas al cruzar por la garganta, dio un giro.

Como si se rompiera su cuello. Un giro brusco. Un quiebro seco.

Con los labios entreabiertos…

Buscando algo. Algo…

¿QUE…?

Otro crujido.

Como el rechinar de dientes o algo así.

A su espalda.

Giró de nuevo.

Sin aire en los pulmones, con el corazón machacando contra el pecho, los ojos muy abiertos. Buscando algo… ¿o desorbitados por el intenso e invisible pánico que, produciendo escalofríos en sus extremidades inferiores, avanzaba, avanzaba como un torrente, hasta erizarle los cabellos de la nuca, hasta electrificárselos?

Quiso hablar. Al menos movió los labios tratando de articular sonidos, pero las palabras se le quedaron congeladas en el paladar, aplastadas contra el cielo de aquél.

¡Y estalló otro crujido!

Como siempre… a su espalda.

Se revolvió por tercera vez…

Y como una fugaz, espontánea aparición, vio el bulto.

Lo mismo que un fuego fatuo. Un fuego que batía unas alas negrísimas, cartilaginosas… ¡Que se le veía venía encima produciendo gorgoteos, diabólicos graznidos!

Con su cara de rata apiñada, con sus fauces abiertas dispuesto a ensañarse con sus ojos…

A arrancárselos.

Las manos de Curtis Forrester en un movimiento reflejo se alzaron para proteger el rostro.

Fracciones de segundo después se produjo el impacto.

—¡Aaaaa!

Otro impacto.

Y un bramido medio ahogado por las propias manos que el director realizador mantenía aplastadas contra la cara.

Los gorgoteos, se alejaron. Lo mismo que el batir de aquellas alas cartilaginosas.

Fue apartando los dedos de su faz. Dedos que temblaban ostensiblemente lo mismo que todo su cuerpo.

Un murciélago…

¡Un murciélago de los que se empleaban en los rodajes! Con pilas y con un control remoto.

Pero que tenían que ser manejados… por alguien.

Tuvo Forrester unas fracciones lúcidas y comprendió. Comprendió que aquel alguien pretendía proyectarlo hacia una estúpida atmósfera de pánico.

Le estaba creando el mismo terror que él, durante años y años, había creado para el público consumidor. Para aquellas gentes masoquistas que sufrían con satisfacción, que lo padecían como real, el terror escenificado en unos metros de celuloide.

Él no podía sucumbir a tan disparatado e ingenuo ardid.

—¡Basta ya, seas quien seas! ¡Estoy aquí…! ¿Qué quieres de mí?

Pareció que sí.

Que había logrado sobreponerse. Ahogar su pánico estúpido. Controlar, de algún modo, la situación.

Hasta…, hasta que se produjo aquel nuevo y estremecedor chasquido.

A su espalda, claro.

Un chasquido diferente a los anteriores.

Como si unas manos fuertes, poderosas, hubiesen rasgado por la mitad y de un solo tirón, la totalidad de una pieza de tela.

AAAAASK…

A su espalda, sí.

Giró.

Atolondrado.

Con las pupilas tratando de abarcar el completo diámetro de la órbita.

AAAAASK…

Se había roto.

El cartón piedra que simulando mármol cubría la sepultura.

Y salió del interior, centelleante, veloz, el cuerpo…

Un cuerpo que tenía movilidad, vida… VIDA.

—¡NOOOO!

Y se fue atrás, atrás todo lo que pudo, conforme aquel extraño engendro surgido de la tumba falsa, de ficción, avanzaba hacia él… Avanzaba envuelto en un largo y vaporoso sudario negro que alrededor de lo que debía ser la cabeza, se ahuecaba, en forma de velo, dejando entrever en el interior de su propia oscuridad un par de círculos rojos. ROJOS…

Como la sangre.

¡Era… SANGRE!

Dos chorrillos que intensificaron su fluidez viscosa y que salpicaron el rostro de Forrester que ahora, ahogando un bramido en su garganta, brincando espasmódicamente, aterrado, horrorizado al contacto de aquel líquido pringoso, corría con atropello sin conseguir volver la cabeza, sin lograr zafarse al hechizo macabro de aquellos círculos luminosos, hipnóticos, sangrientamente satánicos.

Y su espalda, de pronto, chocó.

Más que eso, quedó encajada dentro de algo.

¿Algo…?

Dentro de un sarcófago.

—¡NOOOO! —consiguió, por fin, aullar.

¿Sarcófago…? ¿Sarcófago…? ¿SARCÓFAGO…?

La pregunta, el interrogante, lo que en realidad fuera de acuerdo con las alteradas condiciones psíquicas de Curtis Forrester, en cuestión de fracciones de segundo, de milésimas quizá, estalló y se repitió dentro de su cerebro, como el zumbido voraz, rabioso, de millones de excitadas abejas… De abejas cuyos pérfidos e implacables aguijones se estrellaban en cada rincón de su mente en un aparato de tortura, más que despiadado, procaz.

¿Sarcófago…? ¿Sarcófago…? ¿SARCÓFAGO…?

¡Era consciente de que su espalda se había incrustado dentro de un sarcófago! ¡Y de que permanecía en el interior del mismo como clavado con dolorosos remaches que lo inmovilizaban!

Consciente de que no era capaz de escapar de aquel macabro rectángulo.

Y si aquella pregunta se repetía aun a sabiendas de que sí, de que era un sarcófago, era en función de que aquel sarcófago tenía unas peculiares y morbosas características.

Curtis Forrester lo sabía…

Sabía que aquel sarcófago se llamaba. Doncella de Nuremberg[1] …

¡DONCELLA DE NUREMBERG!

Y sabía también para qué se empleaba en la ficción… y para qué iba a emplearlo, ahora, EN LA REALIDAD, el asesino.

Quiso salir…

Pero el fuego hipnótico de aquellos círculos rojizos que avanzaban hacia él no se lo permitieron. Al contrario. Se empotró más, más y más, contra la tabla frontera del sarcófago.

Y vio cómo los tentáculos huesudos del ser surgido de una absurda tumba de ficción se alzaban, se elevaban, para salir de la tapa y empujarla…

Empujarla violentamente hacia adelante, cerrando el sarcófago.

Lo que brotó de dentro de aquel siniestro rectángulo cuando la tapa de madera lapidó el horrorizado Curtis Forrester, no podía definirse como grito, aullido, ni nada que tuviera definición ni semejanza con cualquier vehículo de exteriorización humana.

Fue algo…

Algo.

Simplemente, algo.

El ser, el monstruoso aparecido de negros y vaporosos ropajes se fue deshaciendo de sus fúnebres atavíos, dejando en libertad su naturaleza… ¿Naturaleza humana?

Y aquellas manos en que se culminaban los brazos que en la oscuridad, en la dimensión espectral que rodeaba aquel macabro escenario de ficciones, se le antojaran al desgraciado Forrester como tentáculos huesudos, se extendieron otra vez para tirar, hacia afuera ahora, de la tapa erizante del sarcófago.

Afuera…

La sangre ya corría en forma de reguero rojo, con brillante tono carmesí, al pie del horrible artilugio. Sangre que procedía de las múltiples heridas, de la criba macabra que en el cuerpo de Curtis Forrester habían producido la infinidad de punzantes como metálicos…

No era ficción esta vez, no. Se había rodado un morboso asesinato, una tétrica realidad de horror, en los estudios de la Worldfilms TV Productions.

Las púas chorreaban sangre.

Sangre…

El director realizador estaba prácticamente irreconocible.

Con sus globos oculares prendidos en las dos púas más sobresalientes, más largas, más afiladas…

Y las cuencas, claro… estaban vacías.

—Ya no dirigirás más películas, Curtis Forrester… NO.

Era una voz tan espeluznante como la dantesca escena de horror y sangre que acababa de culminar.

Una voz tan extraña y vacía como las órbitas de Curtís Forrester.

PRIMERA PARTE: Algo más que un sueño

Capítulo primero

BRIAN CRAWSON se hacía cruces de todo aquello.

Pero Fabio Vaccaro director gerente de la Worldfilms TV Productions se lo había dicho claro, muy claro, al día siguiente del horrible asesinato perpetrado en la persona de Curtis Forrester.

«Yo creo en la juventud, Crawson, Si no fuera así, ¿qué diablos pintaría yo en esta casa? ¡Nada! Los carcamales de mi estilo, los que pregonamos experiencia, profesionalidad y un sinfín de monsergas, lo hacemos, ¿sabe por qué?, ¡porque estamos acabados! Y sólo nos queda eso: la palabrería; el vivir de recuerdos. Pero yo soy muy consciente de mi caducidad, de mi vejez, y creo llegada la hora de meter en los puestos clave a la gente joven, a la gente con ganas de triunfar, de labrarse un porvenir…».

Brian había objetado la antigüedad de otros compañeros que componían el grupo de guionistas colaboradores, adjuntos al fallecido Forrester, como era el caso de Duncan Jarber, Lew Turner y Martin Wilcox.

La respuesta de Vaccaro también había sido tajante.

«Ésos funcionaban al amparo y sombra de Curtis. Solos, nada. Carecen de iniciativa, de estilo, de garra. Son buenos profesionales, gente fiel a la empresa, eso sí, pero necesitan de un jefe, de alguien que asuma la responsabilidad, que asuma los riesgos ante el éxito o el fracaso… Que les diga cómo, cuándo, y por dónde deben ir. Y ése, Crawson, es usted. Mandar es difícil, ¿sabe? Requiere condiciones innatas, muchacho. Las suyas, por ejemplo. Por eso mucha gente que se ha pasado media vida soñando con dar órdenes, cuando la oportunidad les llega se asustan enormemente, se llevan las manos a la cabeza al comprobar las dificultades y sinsabores que ello entraña. Para mandar, Crawson, como para pintar o escribir, tienen que parirle a uno. Los dolores de parto de su madre fueron para echar al mundo un tipo con garra, con dotes de mando y

persuasión, con etiqueta de vencedor. Usted vale, amigo, de veras. Yo lo sé. Por eso que le decía antes de la experiencia… Lo sé, Crawson».

Brian, en su tanda de objeciones que le sonaban a él mismo como meros formulismos, en su instintivo y continuo querer inhibirse de algo que en el fondo le llenaba de satisfacción, de alegría, que le hacía sentirse el más feliz de los mortales, sin olvidar que su cúmulo jubiloso nacía en la tragedia siniestra que le costara la vida a Curtis Forrester adujo, exhibió precisamente esta trágica circunstancia, como nueva condicionante inhibitoria.

Vaccaro, una vez más, había sido lapidario.

«¡Por Dios, Brian! ¿Sentimentalismos ahora? ¡Y no me crea un monstruo despiadado!, ¿eh? Siento la muerte de Forrester, lamento el horrible final de un hombre que casi era una institución en esta casa, como el que más pueda sentirlo. Pero la vida sigue. Y el propio Curtis, de haber sucedido la desgracia a otro, hubiera seguido al siguiente día. Hubiese continuado rodando su película. Porque el mundo es así, porque debe ser así, y porque ni usted ni yo, lo vamos a cambiar. Quizá en estas aparentes miserias resida la propia grandeza… Debemos continuar, Brian Crawson. El protagonista del miedo debe seguir rodándose. Y ésa es tarea suya… de nuestro nuevo y flamante director realizador».

La entrevista, con algunos matices y pormenores, había concluido de aquella forma.

Y Brian Crawson se integró a la realidad.

Olvidando que aquello, para él, al menos entonces, era ligo más que un sueño.

Mucho más que un sueño.

Pero que comportaba, estaba claro, una flagrante realidad. Y esa realidad necesitaba de movimiento y acción. Eso, a Crawson, le sobraba. Porque él, a un lado el dolor y hasta a rabia que le habían causado el horrendo final de su predecesor, seguía siendo el mismo. Era aquel fulano jovial, deportivo y deportista, guerrero, inteligente, desenfadado, mordaz y lleno de burlona agrevisidad, que causaba la irritación ce algunos y la envidia de la mayoría.

Eso último le llevó a pensar en cómo habrían encajado su nombramiento aquellos tres hombres que suspiraban por el mismo y que por antigüedad tenían la certeza de que debía haber recaído en

alguno de ellos.

Tras la conversación con el director gerente de la productora, Crawson se ausentó de las dependencias administrativas de la misma durante todo el día. Necesitaba ordenar sus pensamientos. Tomar conciencia exacta de cuál debía ser su postura con todos y cada uno de los que hasta entonces fueran sus compañeros y ahora, así, de un plumazo, pasaban a ser sus subordinados.

Quienes más le preocupaban eran Duncan Jarber, Martin Wilcox y Lew Turner.

Pensó que debían ser ellos los que concretaran sus posturas. Él ya sabía, o creía saber, cuál era la suya.

Pensó también en un tipo llamado Terence Spokane.

Spokane era punto y aparte. Pero persona a considerar… O ser mejor considerado de lo que hasta entonces lo fuera.

Hablaría de aquel asunto con Hayden.

Fue una noche prácticamente en vela que no impidió, por supuesto, que a primera hora de la siguiente mañana Brian Crawson tomara asiento tras su mesa de despacho. Brilló la luz del interfono. Moviendo la clavija de entrada, inquirió:

—¿Sí, Beatrice?

—El señor Hayden dice que vaya a su despacho…

—¿Desde cuándo me tratas de usted, pequeña?

—Desde que la reglamentación interior de la empresa dice que no se deben mantener familiaridades con los jefes. ¿No lo sabía, señor Crawson?

—Bueno… Lo que sí ignoraba es que fueses tan, ¿burocrática es la palabra, muñeca?

La voz femenina, insistió:

—El señor Hayden le aguarda en su despacho. Y parece impaciente.

—O.K, prenda. Dile que voy al instante.

Y así lo hizo.

—Siéntese, Crawson —invitó el porcino y calvo productor. El capitalista. El que manejaba la pasta. El tipo listo como él gustaba de decirse. Añadiendo en vacía exclamación que quiso ser cordial—: ¡Enhorabuena!, ¿eh?

—Gracias —y se sentó frente a él.

—Supongo que ya se ha trazado un plan de trabajo, ¿no?

Crawson, arqueó las cejas.

—¿Quiere ser más concreto, señor Hayden?

El morcillón y adiposo capitalista de la Worldfilms TV Productions, escrutó al joven con largueza y en silencio.

Con envidia posiblemente, también.

Porque ni de joven, Trevor Hayden, había sido lo que era aquel muchacho de personalidad fuerte, arrolladora. Con sus seis pies de altura aquel simpático gigantón en agraz movía, desde luego, a despertar sentimientos oscuros en aquellos que trataban de establecer con él alguna remota comparación. Sus sentimientos sin embargo, eran un todo de nobleza, de la característica nobleza de que usaban quienes nada temían, quienes se sabían seguros de sí mismos. Y legal era la mirada franca, abierta, de sus ojos móviles y negros, contundentes incluso. Contrastando con el rubio pajizo de sus alborotados cabellos. Había una pincelada irónica en la curva de sus labios sensuales, carnosos.

Y ahora, más que nunca, en el encuentro de sus pupilas con las huidizas del preboste, aquella mueca irónica, puede que anárquica incluso, estaba más evidente que nunca.

Dijo al fin, con acre entonación, Trevor Hayden:

—Está claro por demás, ¿no? Forrester había empezado el rodaje de una película… —¡Ah, sí, claro! De eso precisamente quería hablarle.

—Le escucho.

—Deben respetarse los derechos morales y económicos del señor Spokane, ¿no le parece?

El capitalista, palideció. Su cara atocinada se puso oscura, casi negruzca.

—¡Crawson! ¿Se cree que lo han nombrado dueño de la productora? ¡Hay decisiones que las tomo yo! ¡Únicamente yo!

—No hace falta que chille, señor Hayden. Gozo de un perfecto nivel auditivo. Diez mil dólares por un guión original es un expolio. Por no decir…

—¡Cállese! —tronó Hayden, con el fantasma de la apoplejía asomando a su rostro congestionado, escarlata ahora.

—Por qué no razonamos, ¿eh? —inquirió, tranquilo, con excitante flema británica, el joven realizador.

—¿Razonar? —Pareció sorprenderse el productor—. ¿Qué es lo

que yo tengo que razonar con usted, Crawson?

—La postura de Spokane. Está claro, ¿no? Él escribió el guión.

—¡Un guión del que sólo se ha aprovechado el título y la idea!

—¿Y le parece poco, señor Hayden? Además, eso que ha dicho, no es cierto. Sabe usted, sé yo y sabemos todos, que sólo se han introducido ligeros retoques. Matices y de estilo. Jarber se encargó de ello siguiendo instrucciones de usted.

Trevor Hayden extendió ambas manos, morcillonas manos, hacia delante, como intentando frenar al muchacho.

—Mire… —Masticó las dos sílabas al tiempo que intentaba dominar su ira y mostrarse conciliador—. Crawson, puede que usted lo ignore, pero estamos atravesando serias dificultades económicas y… con Spokane.

—¡Basta ya, puñeta! ¿Me quiere dejar concluir?

—Le oigo, sí.

—Esperamos, espero, que esas adversidades sean pasajeras. Cabe la posibilidad de que nos fusionemos con otra importante productora. Un consorcio, trust, o como se le quiera llamar. Las cosas, entonces, cambiarán. Y le doy mi palabra de que estudiaré la posibilidad de incorporar a Spokane a nuestra plantilla profesional. Hemos recibido otros guiones muy válidos y sólo seleccionamos el de ese individuo. En el fondo, es su primer paso y hasta pienso que debiera estarme agradecido…

—Spokane no piensa así. Yo tampoco, señor Hayden.

—¡Le he dicho que estudiaré esa posibilidad! —explotó. Y dominándose una vez más, dijo con velado matiz de orden—: Prosiga el rodaje de El protagonista del miedo. Con las modificaciones que usted considere oportunas. Tiene carta blanca…

Se encogió de hombros Crawson.

—¿Todo eso era lo que quería decirme?

—Y felicitarle, claro.

—Supongo que no era usted ajeno a mi nombramiento y dando su aquiescencia ya me felicitaba, ¿no?

—Quería hacérselo patente personalmente. ¿Por qué es usted tan mordaz, Crawson? —Cuestión de carácter. Siempre digo lo que pienso.

—Le traerá problemas.

—Me los viene trayendo desde hace muchos años. ¿Algo más,

señor Hayden?

Negó el de pelada testa y adiposa papada.

—No…, por el momento.

Brian Crawson elevó de la silla su atlética naturaleza. Y camino de la puerta, giró en redondo, diciendo:

—Espero que llegado el momento mantenga usted su palabra…

—¿Sobre?

—Terence Spokane.

—¡Ah…! ¡Y dale con Spokane! Mantendré mi palabra. Y ahora, retírese. Me espera el teniente de la brigada de homicidios, Burt Lange. Esa extraña e inoportuna muerte de Forrester nos traerá quebraderos de cabeza. ¡Por si teníamos pocos!

—Se sentimentalismo me abruma, señor Hayden. ¡Buenos días!

Se fue a su despacho. Una vez en él reclamó la presencia de Beatrice.

La chica entró en pleno lucimiento de sus muchas y exuberantes virtudes físicas. Con el bolígrafo entre los menudos dientecillos nacarinos y el bloc de pautado taquigráfico en lo alto de la diestra permaneció, durante unos segundos, provocativa, relajada, complacida en el vaivén de sus pechos generosos dentro del escotado jersey.

Con indolencia, murmuró:

—¿Dónde me siento, señor Crawson?

Él arqueó las cejas, burlón.

—¿Dónde te sentabas cuando Forrester estaba en este despacho?

—Depende… A veces, sobre sus rodillas. Y si usted ha heredado el cargo…

—Sólo el cargo, prenda.

—Pensé alguna vez que estabas loco por mí, Crawson.

—¿Ya me tuteas de nuevo, pequeña?

Avanzó un par de pasos, contoneándose.

—Si he de sentarme en tus rodillas, olvidaré los formulismos.

—Nunca estuve loco por ti, Beatrice. Y lo sabes. Te hubiera ofrecido mis rodillas antes… y algo más, claro.

—¿Qué pretendes decirme?

—Que no me gustan las presiones. Ni tan siquiera las insinuaciones. Ni las mujeres que sienten palpitar sus sentimientos al compás de la cotización del dólar.

Chispearon las pupilas de Beatrice Harrier, secretaria administrativa del director realizador de la Worldfilms TV Productions. Escupió, entre dientes:

—Me estás insultando, Brian.

—Señor Crawson, ¿te parece?

—Se te ha subido el cargo a la cabeza, ¿verdad?

—Puede. Soy humano, ¿sabes?

—Lo dudo.

—Esta conversación es absurda, señorita Harrier.

—Piénsalo, Brian. No es por el cargo. Ni por la pasta Me vas y punto. Deseo desde hace tiempo meterme en la cama contigo.

—¿Así…? ¿Sólo eso?

—Todo debe tener un principio, amor. Te suplico que no me rechaces.

—¿Te das cuenta de lo incómodo de la situación que me estás planteando? ¿Por qué ahora…, ahora precisamente?

—Porque quizá ahora sienta una mayor intimidad. Porque nuestro trato invita a un mayor… ¿recogimiento?

—¿Le dijiste lo mismo a Forrester el primer día que llegaste aquí?

Beatrice se puso tensa. Roja. Chispearon de nuevo sus ojos, ojos grandes, del color de la almendra. Y sus dedos se engarfiaron en torno al bloc, curvándolo.

—¡No vuelvas a ofenderme, Brian! ¡No vuelvas! O juro que te…

—Ahora, ¿amenazas?

—¡No te burles más!

—¡Basta de estúpidas incongruencias, señorita Harrier! —gritó a su vez Crawson, repentinamente serio. Y añadió—: Quede bien claro y sentado, señorita Harrier, BIEN CLARO, que a partir de este mismo instante, nuestras relaciones se imitarán estrictamente a lo profesional. PROFESIONAL. ¿Entendido?

—Sí… —rugió más que dijo—. Sí, señor Crawson. Pero yo también soy un ser humano, ¿comprende?

—Prefiero no comprender. La he llamado para que se ponga en contacto con el señor Terence Spokane. Comuníquese con él y dígale que se pase por estas dependencias a la mayor brevedad. Y puede retirarse. ¡Ah!, avise al señor Jarber de que lo estoy esperando. Buenos días, señorita Harrier.

Salió dando un portazo.

Diciéndole a Crawson, en silencio, que se había creado una peligrosa enemiga.

Vendrían más.

O quizá era más exacto decir que Brian Crawson, dentro de la Worldfilms TV Productions, tenía varios enemigos.

Y eso le llevó a preguntarse cuántos debía haber tenido Curtis Forrester.

Uno… SEGURO.

El que le había asesinado.

¿Pero por qué de aquella forma tan horrible?

Un porqué, que al menos por entonces, no tenía respuesta.

Y todo había comenzado con el rodaje de la primera secuencia de El protagonista del miedo.

¿Guardaba relación un hecho con el otro?

El protagonista del miedo…

Un rodaje que él debía continuar.

Y dirigir.

Por eso le había dicho a la iracunda Beatrice que llamara a Spokane.

Y a Duncan Jarber. Su compañero. Ambos concretarían los matices.

Porque el rodaje debía seguir, sí.

Y de acuerdo con las instrucciones, exigencias mejor de Trevor Hayden, el rodaje tenía que proseguir de inmediato.

Sin la menor dilación.

Capítulo II

—¿ME has llamado, Brian?

—Sí, Duncan. Pasa y ponte cómodo. Tenemos que hablar largo y tendido.

Bien —sonrió, tomando asiento frente al nuevo director realizador de la productora. Exclamando—: ¡Ah, y sin que suene a falso o a convencionalismo deportivo de buen perdedor… felicidades!

—Viniendo de ti, Duncan, sé que esa felicitación es sincera.

—Nos conocemos suficiente para saber cómo pensamos y reaccionamos, ¿no, Brian?

—Eso me parece —afirmó Crawson.

—¡Bueno…! —volvió a exclamar el otro, deteniéndose al punto como temiendo cometer un error, una traición quizá.

Y se quedó en suspenso.

Brian Crawson, en aquellos segundos de silencio, observó con cierta atención al que tenía por compañero desde hacía algo más de tres años. Siempre le había parecido un buen tipo. Un tipo legal. Un tipo noble, abierto y sincero. Así lo pensó el primer día cuando Curtis Forrester, el malogrado, le incorporó a su equipo de colaboradores y tuvo de contactar por primera vez con Duncan Jarber. Él fue quien le dio esos ánimos que necesita todo principiante. Él, quien le alentó en todo momento. Un buen tipo, sí.

Que por escalafón, si podía decirse así, debía de haber sido el sucesor de Curtis Forrester.

Jarber, al menos aparentemente —así lo pensó Brain Crawson en aquel instante—, no parecía en exceso afectado por lo que podía calificarse de frustración o desengaño. Y eso teniendo en cuenta que las perspectivas no eran, ya, nada halagüeñas. Con sus cuarenta y pico, un pico que rondaba ya la cincuentena, y un hombre joven como Crawson en el puesto de director, pocos progresos le cabían

esperar a Jarber. Pocos.

A no ser, claro, que Brian sufriese una desgracia… como la acaecida con Forrester. Brian siguió escrutando aquellas facciones vulgares, comunes a cientos de miles de hombres, con expresividad honesta y paciente, eso sí, de su compañero. En el fondo de sus pupilas grisáceas captó, quizá, un tenue y apagado brillo de abatimiento.

Interrogó, Crawson, de súbito, rompiendo aquel paréntesis de silencio que habíase abierto entrambos:

—¿Bueno… qué, Jarber?

Una sonrisa acudió con rapidez a iluminar los labios finos e incoloros de Duncan.

—Verás… me siento como un niño pillado en falta. Que ría… —volvió a vacilar unos instantes—, quería ser sincero como es mi línea, ¿entiendes?

—Me temo que no, Duncan. Si tú no me lo aclaras…

—Mi felicitación es cabal, lo sabes. Me alegro del salto que acabas de dar. Pero… ¿por qué voy a ocultártelo? No quiero tampoco ignorar mi desencanto, mi fracaso. Yo pensaba que el día en que Forrester, por cualquier circunstancia menos por la sucedida, abandonara… sería su sucesor. Creo que todos pensamos en eso alguna vez en la vida, en que se largue el de arriba para subir nosotros…

—Te comprendo, Duncan. Es lógico y humano —apuntó Brian.

—Incluso creo —siguió el otro como si no hubiese oído el inciso de Crawson—, Brian, que en más de una ocasión te había comentado a ti esa posibilidad…, la posibilidad de que confiaba en ocupar ese cargo cuando la vacante, la ausencia de Forrester, se produjese. En fin… ¡Por quien más lo siento es por Jessica! Pobrecita mía…

—¿Lo ocurre algo a tu mujer?

—¡No! Me refiero también a su… desilusión. Creo que ha acusado el impacto más que yo. Ya sabes cómo son las mujeres, ¿no? Además, fui tan estúpido… que hace tiempo le prometí que en cuanto me convirtiera en el director realizador de la Worldfilms TV Productions le iba a regalar un Alfa Romeo deportivo y un abrigo de visón. En fin… Repito, ¡felicidades! Y vamos al grano que no me has llamado para que llore sobre tu hombro, ¡digo yo! ¿Qué es eso

largo y tendido de lo que hay que hablar?

Crawson le sonrió abierta y cordialmente.

—Eres un tipo cojonudo, Duncan. De veras.

—Se agradece. ¿Hablamos ya?

El muchacho acrecentó la sonrisa y dijo:

El protagonista del miedo, Duncan. Primer tema sobre el tapete.

—¿Y…? —Enarcó las cejas Jarber.

—Tú retocaste el guión…

—Sí. ¿Por…?

—Quiero tu opinión.

—Para mí es válido, Brain. Pero tú también lo has leído, ¿no?

—Por supuesto —asintió el joven director realizador. Puntualizando—: Pero necesitaba tu opinión al respecto. Forrester aceptó la idea del rodaje de mala gana. ¿Por qué, Duncan? Tú conocías a Curtis mejor que nadie.

Duncan Jarber se removió, ahora, con cierta inquietud. Se le vio nervioso, dubitativo. Crawson, insistió:

—¿Qué ocurre, Duncan? Hay algo que yo no sepa… o que no deba saber, ¿verdad? —Palabra que me pones en un aprieto, muchacho.

Brian le animó con una de sus sonrisas. Añadiendo con nobleza:

—Si es un problema de conciencia, decide tú mismo.

Jarber lanzó un sonoro y prolongado suspiro.

—¡Está bien, amigo! Tampoco me sentiría tranquilo si lo silenciara, así que… —Otro profundo suspiro, y—: Cuando se publicó el anuncio solicitando la colaboración de guionistas noveles, un amigo de Forrester escribió uno y lo envió a la Worldfilms. Curtis esperaba que ése fuera el elegido. Por esta razón le cayó entre cejas El protagonista del miedo.

—Comprendo. Y te doy mi palabra que nadie sabrá nada sobre este particular. —Gracias…

—¿Por qué imaginas que asesinaron a Forrester, Duncan? —Disparó, de repente, el nuevo director.

Jarber casi saltó del asiento, sobresaltado.

—¡Por Dios, Brian! ¡Vaya pregunta!

—Perdona, hombre. No quería…

—Es que me has pillado de improviso —se tranquilizó Jarber. Añadiendo—: La verdad, no tengo ni idea. Forrester era un bocazas

que se creaba enemigos gratuitos…

—Te oí decírselo el día en que iniciamos el rodaje de El protagonista del miedo, a causa de su metedura de pata con relación a Spokane. ¿Y crees que uno de esos enemigos gratuitos puedo llegar a ese horror final?

Duncan Jarber, despacio, movió la cabeza negativamente.

—No. Pienso que no, Brian. Aunque una cosa sí está clara para mí.

Brian, con expresión ávida, adelantó su atlético tórax hacia la mesa. Preguntando:

—¿Qué cosa, compañero?

—El asesino es alguien de la productora. Hay que conocer muy bien todos los entresijos de esta casa para conseguir meter a una persona en la Doncella de Nuremberg, ¿no te parece? Además, por todo lo que se ha escrito y dicho al respecto, parece ser que el criminal se desenvolvió como pez en el agua.

—También lo he pensado yo, Jarber —afirmó, contundente, con un cabezazo, el joven. Exclamando—: ¡Pero eso… es cosa de la policía! Aunque te diré, y eso que quede entre nosotros, que no puedo sacarme la imagen de Curtis metido en el sarcófago, de la cabeza. No me saco esa imagen, no.

—Es un poco de sugestión, Brian. Pero pasará, ya lo verás.

—Eso espero —y chasqueando la lengua contra el paladar, sonrisa abierta en ristre después, sonrisa deportiva, sonrisa dinámica y contagiosa, anunció—: Hayden me ha dado un toque esta mañana, Duncan. Hay que proseguir y rápido el rodaje.

—¡Eso ni se duda! Aunque se hubiera muerto su madre, Hayden seguiría preocupándose de la pasta. ¿Cuándo piensas reanudarlo, Brian?

—Mañana. ¿Te parece válido lo filmado con Kim Broders… o repetimos?

—Para mí es bueno, Brian. Pero tú mandas ahora.

Hizo el muchacho un gesto por demás elocuente.

—¡Por favor! —exclamó. Puntualizando—: No se trata de quién manda o de quién deja de mandar, sino de un profesional que consulta a otro, de un amigo que se deja aconsejar por otro amigo más veterano y puede que más experto.

—Obras son amores… —razonó a su vez Jarber. Con el

subsiguiente matiz—: El que está sentado en esa silla, eres tú.

—Estamos con la pescadilla que se muerde la cola, ¿no? Te he hecho una pregunta, Duncan.

—Para mí, vale. Kim hizo un buen trabajo. Las salidas de tono de Forrester ya sabes por qué estaban motivadas.

—Bien. Vale ese celuloide. Mañana por la tarde iniciaremos el rodaje del crimen… El Otelo de Connecticut se llama, ¿no?

—Sí.

—¿A quién había repartido los papeles Forrester?

—El masculino a Jobeth Monahan y el femenino a Faye Carruther.

—¿Estás de acuerdo en ese emparejamiento, Duncan?

—Personalmente me parece perfecto. Sobre todo Faye. Encaja de perlas en el papel… ¿Dices, pues, que empezamos mañana por la tarde?

—Bien ¡Ah, Duncan! Quiero decirte algo…

El guionista enarcó las cejas con cierta sorpresa.

—¿Sí…? Te escucho.

—Se trata de tu mujer, de Jessica… —Brian, por primera vez, parecía dubitativo, inseguro en su habla.

—¿Qué ocurre con ella, Brian?

—¡No te alarmes, hombre! He pensado… ¿Cuánto tiempo hace que desapareció voluntariamente de los platos?

—Como un par de años.

—Quiero que vuelva, Duncan… —dijo con cierta contundencia. Y tras una fugaz pausa, dejó bien claro—: Si ella lo desea por supuesto y tú no tienes nada que oponer.

—Jessica toma sus propias decisiones, Brian. ¿Quieres que le diga que venga por aquí? —Bien. Que se pase mañana por los estudios. Que se quede al rodaje y luego hablaré con ella. Duncan…

—¿Qué ocurre, Brian?

—Espero no haberte molestado con…

—¡Por Dios, Brian, por Dios! Mi matrimonio con una mujer veinte años más joven que yo, funciona porque he sabido adaptarme a su mentalidad, porque en todo instante he comprendido que Jessica no puede, a su edad, pensar y reaccionar como yo. Tranquilo por esto, muchacho. ¡Además, estoy seguro, casi convencido, de que aceptará con agrado la idea!

—¡Ojalá estés en lo cierto! Te encargarás de convocar a todo el personal para mañana, ¿eh?

—Por supuesto —confirmó Jarber, dando un medio giro en su cómodo asiento. Apuntando—: Oye, Brian…

Ante el repentino silencio que había seguido a las últimas palabras, el otro, pintando en su boca una de aquellas sonrisas entre ingenuas e irónicas, dijo:

—Oigo, Duncan. Pero si te interrumpes, no oigo nada. ¿De qué misterio quieres que hablemos ahora?

—No sé cómo enfocarlo, ¿sabes?

—A lo natural, a lo espontáneo.

—Martin Wilcox y Lew Turner…

—¿Qué pasa con ellos, Duncan?

—Tienen su corazoncito, ¿comprendes, director? Bueno o malo, noble o cruel, pero lo tienen. Y en ese corazoncito hay ahora una enorme decepción. Porque ellos también pensaban que el día en que se produjese la vacante…

—Estoy en la inteligencia. Incluso, como los políticos en campaña electoral, me tomé el día de ayer para reflexionar. Mi postura la tengo clara. Sigo siendo el mismo de antes, el mismo de siempre.

—Eso, yo, lo sabía antes de que tú lo dijeras. Yo conozco bien a Brian Crawson. Ellos no esperes que piensen igual…

El muchacho, encogiéndose de hombros con ambigua filosofía, apuntó:

—Es su problema.

—Que puede acabar siendo también el tuyo —lapidó Jarber. Explicando—: El jorobado está que trina, lo sé. Los tipos de la condición física de Wilcox tienen extrañas connotaciones morales. Es como si su desgracia externa agudizase su… ¿maldad?, no sé si es acertado, pero me atrevería a decir maldad interna. Son fulanos con mala leche, ¡por lo claro Brian! Wilcox siempre se me ha antojado como un conspirador de novela de Victor Hugo o Alejandro Dumas. Quizá se trate de una estúpida apreciación mía, pero… Lo cierto es que Martin Wilcox y su joroba han encajado mal, de un nefasto subido diría yo, tu nombramiento. En cuanto a Turner… de ése, nunca se sabe en realidad lo que piensa. ¿Quieres un consejo, o no?

—Quiero…
—Cuídate de ambos, ¿vale?
—Vale. ¡Hombre, ya que de guionista hablamos! Casi me olvidaba de Terence Spokane…
—Te veo venir —le cortó, raudo, Duncan. Y largó, más como filosofía lapidaria que como simple consejo—: No te compliques la vida, muchacho. No empieces enfrentándote a Hayden, ¿eh? ¡Sí, sí, estoy de acuerdo! Es una putada como la copa de un pino. Pero ahora no estás en condiciones de ir por tu trabajo de «Don Quijote», ¿lo entiendes?
—Desgraciadamente, sí. De todas formas le he dado un toque al tocino…
—Pues procura que no te lo devuelva.
—Me ha prometido que si las cosas se arreglan en el aspecto financiero, estudiará la posibilidad de incorporar a Spokane a la plantilla de guionistas de la productora.
—Por mal que te suene, mi inocente director, las promesas de Trevor Hayden me las paso yo por el culo. ¿Cómo te ha quedado el cuerpo?
—La expresión es grosera… pero me temo que real.
—Mejor así. Mejor que no empieces soñando. Y ahora, si eso es todo, voy a disponer todo el jaleo de mañana. Me encantan las convocatorias porque…
Zumbó el interfono y brilló su luz roja. Brian, pulsando la verde abrió la clavija de entrada. Inquiriendo:
—¿Qué ocurre, Beatrice?
—Tengo a Terence Spokane al otro extremo del hilo. ¿Quiere hablar con él?
Brian miró a Jarber, al tiempo que exclamaba:
—¡Hablando del Papa de Roma…! —Vio cómo su interlocutor meneaba la testa en señal de advertencia precautoria, recordándole lo que sobre el particular habían comentado instantes antes. Crawson trató de ignorarlo, diciéndole a su secretaria administrativa—: Sí. Pásemelo, por favor.
Y segundos después:
—¡Hola, señor Spokane! Soy Brian Crawson, ¿me recuerda?
Le llegó el matiz apagado, pero correcto, de aquel tipo estirado y fúnebre, respondiendo:

—Desde luego que le recuerdo, señor Crawson. Y le pido disculpas por no haber estrechado la mano que usted me brindó cordialmente. Estoy muy avergonzado por mi actitud, de veras.

—Olvídelo, Spokane. Entiendo cómo se sentía usted en aquellos instantes. ¿Se ha enterado de lo sucedido al señor Forrester…?

—¡Horrible, de veras! ¡Horrible! He leído los periódicos y créame que aún no puedo entenderlo…

—Algo muy parecido me sucede a mí.

—¡Con mayor motivo imagino! —exclamó quien se hallaba, severo como siempre, seguramente erecto, pero también cordial al menos si se juzgaba por su tono… quien se hallaba en la otra punta del tendido telefónico. Añadiendo—: Ustedes eran compañeros y eso tiene que influir lo suyo. Yo, apenas si llegué a conocerle, y en circunstancias poco afortunadas para mí. Pero eso no es óbice para que lo lamente profundamente. Y, dígame, ¿cuál es el motivo de su llamada, señor Crawson?

—Quisiera tener un cambio de impresiones con usted, Spokane. Motivos los hay, para que usted y yo charlemos, ¿le parece?

—Me parece usted un hombre correcto, Crawson, Y humano…

—Ni mejor ni peor que otros, señor Spokane. Mañana por la tarde proseguiremos el rodaje de El protagonista del miedo… ¿le parece bien mañana, en los estudios?

—Perfecto, señor Crawson.

—Hasta mañana entonces, Spokane.

—Hasta mañana, señor Crawson —respondió, con cierta emoción en su tono de natural opaco, el frustrado guionista.

Colgaron ambos.

—Espero que sepas lo que haces —siguió advirtiendo Jarber.

—Yo también lo espero, Duncan. Al menos, trato de obrar de acuerdo con mi…

La voz de Beatrice Harrier, a través del interfono, se coló de nuevo, profesional, concreta y exenta de cualquier tipo de emoción, en el despacho del director realizador, anunciando:

—El teniente Burt Lange de la brigada de homicidios del departamento de Santa Mónica, desea hablarle, señor Crawson.

Brain miró a Jarber con las cejas alzadas. Y repuso a su secretaria:

—Dígale que pase.

Duncan se puso en pie.

—Yo me marcho, director. Tengo que arengar a las masas para que mañana sean puntuales.

—Puedes quedarte si lo…

—¡No, no, nada de eso! —Se había alzado del asiento al tiempo que pronunciaba la exclamación. Aclarando—: Los métodos policiales siempre me han impresionado, ¡palabra!

—Lange es un tipo válido —anunció Crawson. Añadiendo—: Le conozco…

Se abrió la puerta. Entró un individuo alto y delgado, que frisaba la treintena, de largos cabellos castaños, apariencia «progre», desenfadado, exclamando:

—¡Buenos días, «dire»! Tiempo sin vernos, ¿eh?

—¡Hola, Burt! Te presento a mi amigo y compañero Duncan Jarber.

—Es un placer, teniente.

—Lo mismo digo, señor Jarber.

—Yo… ya me iba. Con el permiso de ustedes…

—Puede quedarse si lo desea —le invitó el policía, como si hubiese oído el ofrecimiento que segundos antes había manifestado también Crawson.

—¿Es necesario? —Jarber parecía incómodo.

—No —negó el teniente. Significando—: Pero no es privado ni ningún misterio lo que tengo que hablar con Crawson.

—Prefiero reintegrarme a mis obligaciones…

—Está en su derecho. El trabajo es el trabajo… —sonrió Lange, pasando a ocupar, displicente, el asiento que el otro dejaba libre.

—Buenos días, teniente. Hasta luego, Brian —y Jarber salió de la estancia, cerrando la puerta.

—¿No me preguntas qué me trae por aquí, Brian?

—El asesinato de Curtis Forrester.

—¡Bingo! —Exclamó el policía, oteando su melena—. Siempre dije que valías. Ahí está la diferencia entre tú y yo. Por eso me quedé en policía…

—Con un brillante carrerón, ¿no? —sonrió Crawson.

—¡Psé…! Muy morboso el tipo que ventiló a Forrester, ¿eh?

—Eh… ¿Y?

—Dime algo. El productor, ese que parece un tocino de

programa infantil televisivo, no ha hecho más que lloriquear… «Lo siento, lo siento mucho». «Ha sido una gran pérdida para nosotros». «Era un hombre competente»… Como un disco rayado, ¿sabes?

—¡Ahá!

—Eres muy escueto, ¿no te parece, Brian?

—Porque espero que tú seas más concreto, poli.

—¿Tenía enemigos?

—No sé qué decirte… —Crawson, meditativo, se mordió el labio inferior. Matizó—: A veces trataba a la gente con… ¿cómo te diría? Con despotismo. Se hacía desagradable, sí. Con aire de superioridad. Llegaba incluso a ser ofensivo. Pero en el fondo era un buen tipo. Incapaz de hacer daño más allá de las palabras.

—Las palabras, a veces, hacen mucho daño —razonó el teniente.

—Desde luego, Burt.

—¿Le pudo hacer daño a alguien, verbalmente, hasta el extremo de hacerse odiado? Brian negó con su cabeza de alborotadas hebras pajizas.

—No. No creo.

—Pero está muerto. Morbosamente muerto… —Burt Lange metió la diestra en un bolsillo del chaquetón y extrajo un papel arrugado que puso frente a Crawson, diciendo—. Léelo.

Lo hizo. Era la misiva en que el «amigo» citaba a Forrester.

Y mientras el flamante director realizador de la Worldfilms TV Productions leía el texto, Lange comentó:

—Hemos comprobado que existió esa primera tentativa de asesinato.

Crawson le devolvió la cuartilla, diciendo:

—No lo veo muy claro.

—Yo sí. Tengo hipótesis al respecto.

—¿Puedo saberla… o pertenece al secreto del sumario?

Burt le pegó un manotazo a su melena.

—El que escribió la nota es la misma persona que protagonizó el atentado preliminar contra Forrester, fallando deliberadamente, metiéndole el miedo en el cuerpo y obligándole así a acudir a la cita.

—Muy complicado. Si quería asesinarlo… ¿por qué fallar premeditadamente el primer intento?

Una sonrisa casi burlona iluminó las facciones enjutas, pero

joviales del policía.

—Elemental, mi querido Crawson: ese tipo, el asesino, es morboso; puede que un psicópata. Pretendía un crimen espectacular, sangriento, pavoroso, salpicado de horror. De ahí el montaje. Pero me pregunto el porqué.

—Se nota que durante un tiempo escribiste guiones y novelas de terror, ¿eh?

—Me las devolvían, ¿recuerdas? De veras, Brian, se trata de un psicópata. Puede que hubiera motivaciones de venganza, pero… no acabo de verlo claro. Tengo una pieza del puzle: el retorcimiento, la morbosidad, el horror, la sangre. Si era venganza podía hacerlo más sencillo, si no es venganza…

—Me temo que en poco puedo ayudarte, Burt.

—Empezó el rodaje de una película aquel mismo día…

—Sí. ¿Y eso qué relación tiene?

El policía, se encogió de hombros.

—En este momento, no lo sé. Es más, ignoro si esa relación puede existir. El protagonista del miedo. Le he pedido una copia a Hayden. Me lo leeré con atención. Vas a continuar tú el rodaje, ¿no?

—En efecto.

—¿Me quieres hacer un favor?

—Dalo por hecho, Burt. ¿Y es…?

—Si surge algún detalle, algo que te lleve a pensar en esa remota, pero posible conexión entre el contexto del film y la horrible muerte de Forrester, apúntamelo.

Por tercera vez el interfono se manifestó como un artículo no pensante, pero parlante.

—¿Sí, Beatrice? —inquirió de nuevo el director realizador.

—Una tal Lorena Munro al aparato. Es periodista. ¿Quiere atenderla o le digo que ha salido?

—Comunícame con ella.

Lo hizo la secretaria y Crawson actuó cordial:

—¿Sí, señorita Munro? Habla Brian Crawson…

—Buenos días, señor Crawson —dijo un musical registro femenino de vibraciones cálidas. Justificándose a renglón seguido —: De veras que lamento importunarle porque imagino que está usted muy…

—Olvide los formulismos, señorita, y a lo suyo.

—¡Gracias! —Exclamó, dicharachera la entonación, la periodista—: Da gusto conectarse con gentes como usted. Soy la columnista de sucesos de Los Ángeles Herald, ¿puede concederme una entrevista?

—¿Sobre…?

—Curtis Forrester… ¡Obvio!

Brian permaneció unos instantes en suspenso.

—¿No le parece, en este momento, un tema muy delicado, señorita?

—Las noticias, señor Crawson —razonó con aplastante lógica la periodista—, lo son, precisamente, en el momento. Nunca tres semanas después. ¿Qué hay de la entrevista?

—Bien. ¿Cuándo?

—¿Este mediodía le vale, señor Crawson?

—Bueno… ¿Dónde y a qué hora?

—¿Come usted en algún lugar habitual?

—Sí… Samoa, en el 1056 de Santa Mónica Boulevard. ¿Es buena hora para usted a las tres, señorita Munro?

—A su elección, señor Crawson.

—Pues en Samoa a las tres, ¿hace?

—¡Vale! Y gracias. Hasta luego pues.

Escuchó Brian cómo ella interrumpía la comunicación.

—Te harás más famoso que Alfred Hitchcock…

—No me gusta la popularidad y menos las entrevistas, ¿sabes? Pero no puedo empezar indisponiéndome con la prensa.

—¡Ni yo te lo aconsejaría, compañero! Son el tercer poder, o el cuarto. Número de orden aparte, son un poder. Y peligroso. Joden lo suyo cuando se ensañan con alguien. —Lange se puso en pie y dijo—: Quedamos en eso, ¿eh?

—Bien. Te advertiré de algo que pueda serte de utilidad.

—Confío en ti, Brian.

—Sabes que puedes.

Se estrecharon las manos.

Minutos después de que el teniente de la brigada de homicidios del departamento de Santa Mónica —Metropolitan Escuadrón Police— abandonase el despacho de Crawson, éste hizo lo propio.

Y le dijo a Beatrice cuando cruzó por el antedespacho:

—No regresaré hasta bien entrada la tarde.

—Bien, señor Crawson —respondió ella, seca, resabiada.

En el pasillo de ascensores, Brian se tropezó a la bellísima script que lo fuera del fallecido Forrester.

—¡Brian…! —exclamó ella.

—¡Hola! ¿Qué hay, bonita?

—Iba a verte precisamente…

—Soy todo tuyo. ¿Tomamos café y charlamos? —La invitó él.

—Como quieras.

Fueron a la cafetería ubicada en la planta baja del edificio administrativo de la productora. Frente a dos tazas de humeante café, interrogó Crawson:

—¿De qué se trata, Sentha?

Las relucientes pupilas de la script, se hurtaron a las del nuevo director. Murmuró al fin:

—Después de la muerte… —Se estremeció al pronunciar el vocablo— del señor Forrester, ¿en qué circunstancias quedo yo?

—No te entiendo —dijo Crawson, aunque la entendía de sobras.

Sentha ingirió un tímido sorbo de la negra infusión.

—Puedes haber pensado en otra persona que te parezca más idónea para… alguien que encaje mejor en tus proyectos, ¿comprendes?

—He pensado que Sentha Donovan es una estupenda profesional, una mujercita muy agradable con la que cualquier director debe sentirse muy a gusto trabajando… y he decidido que la señorita Donovan va a seguir siendo la script del nuevo director. ¿Contesta eso tu pregunta y aclara tus dudas?

Dejó la taza encima del platito.

—¡Te besaría, Brian! —exclamó, muy brillantes los ojos.

—Puedes hacerlo. Juro no ponerme encarnado.

Ni corta ni perezosa, Sentha se colgó del cuello de Crawson, le incrustó sus rígidos pechos en el tórax, le hizo sentir su calor y dureza, le clavó su boca húmeda en los labios, cosquilleó con su lengua en el paladar masculino… y sus muslos sinuosos, oscilaron para rozarse con determinado punto de la anatomía del hombre.

Era una forma muy original, muy agradable, de agradecer el seguir conservando un puesto de trabajo.

Brian la estrechó con fuerza.

—Vivo… —jadeó ella—, vivo en el 703 de Omnibus Street. Décimo K. ¿Mañana por la noche, Brian…?

—¿Después del rodaje, muñeca?

—Bien. Hace mucho tiempo que lo esperaba…

—Y yo. Pero pensaba que tú y Forrester…

Sentha se fue atrás, deshaciendo el abrazo. Miró a Brian con ojos apagados y expresión dolorida. Preguntando:

—¿Ese concepto tienes de mí?

—Perdona, muñeca. Pero a veces, cuando un hombre y una mujer llevan tiempo trabajando juntos, se llega a lo inevitable.

—Curtis jamás se insinuó. Ni yo se lo hubiera tolerado, ¿me crees, Brian?

—Sí…

Y en plena y concurrida cafetería volvieron a besarse.

Capítulo III

—¡NO, claro que no! ¿Por qué iba a negárselo, señorita Munro? Naturalmente que he sido el primer y más directo beneficiado con la muerte de Curtis Forrester… —respondió a la pregunta de la reportera, con entereza, el director de la Worldfilms TV Productions. Añadiendo, con cáustica entonación—: En la misma proporción que Lyndon Baines Johnson fue el principal beneficiado del asesinato de John Fitzgerald Kennedy. Pero quedó fuera de toda duda que Johnson tuviera nada que ver en la muerte de Kennedy, ¿es así, señorita Munro?

Ella, le miró por encima del bolígrafo.

—Es, señor Crawson. Pero no pretendía establecer ninguna conclusión con la circunstancia para usted beneficiosa del asesinato de Forrester y la autoría del mismo. Se sangra en salud, ¿no cree?

—No me parece usted una chica peligrosa… pero sí me lo parecen los periodistas en general, ¿comprende?

—No, la verdad. Sólo ve fantasmas quien está predispuesto a verlos, ¿comprende?

Brian, abiertamente, sin recato, estudió a la chica.

A pesar de su agudeza periodística, de sus aguijonazos profesionales, tenía un aire infantil, ingenuamente cautivador, que emanaba de todos los poros de su grácil figura. Era más bien alta, exquisitamente curvada su orografía de impecables puntazos femeninos, con pelirrojos chispazos en su cabeza de cortos cabellos en peinado a lo chico que aumentaba su ingenua… pero picara coquetería. En sus pupilas estaba prendida la tonalidad azul celeste del cielo, ojos grandes, vivos y díscolos los suyos, ojos avariciosos podía decirse. De una avaricia sana en la que se mezclaba la angustia profesional y la avidez femenina. Sabían también ser candorosos… puede que peligrosamente candorosos. La naricilla, muy graciosa en su trazo, se quebraba en un recorte respingón,

arriba de una boca carmesí de carnosos labios, de labios húmedos que cantaban las delicias del beso. Una barbilla suave, pero decidida rompía las fronteras entre rostro y garganta.

El resto, por debajo de la mesa a la que estaban sentados, se adivinaba sugerente. Largas piernas torneadas de muslos plenos, prietos, dando soporte a unos glúteos endiabladamente eróticos bajo una cintura ágil, flexible, donde su cuerpo de ánfora griega se arqueaba de nuevo para ofrecer la pujanza juvenil, triunfante, victoriosa, de unos pechos precisos por su tamaño y marciales por su fuerza plena.

Valía la pena embobarse con el estudio. Y hacerlo sin prevención. Que ella supiese que uno quedaba satisfecho del examen ocular.

Para el compromiso de tacto había que contar con su aquiescencia, claro.

Así era físicamente, ésa era de cuerpo entero, la periodista.

—Después de la «fotografía» —volvió a hablar ella—, de tú, ¿eh Brian?

—De tú, Lorena. Y tú, ¿qué pretendes exactamente con esta entrevista?

—Conocer a un tío que vale. Eres de los que gustan a las hembras, ¿lo sabías?

—Me lo dice cada mañana mi espejito mágico.

—Lo suponía, guaperas. ¿Que qué pretendo…? Soy la truculenta de mi periódico, ¿lo sabías? Me dejan escribir a diario una columna con los relatos más estremecedores habidos y por haber. Crímenes horrendos… como el meter a un tipo en la Doncella de Nuremberg. ¿Por qué?

—Eso mismo me ha preguntado la poli. No tengo ni puta idea, nena.

—Pero conocías a Forrester, trabajabais juntos…

—Nadie conoce suficientemente a nadie. La parcela privada suele ser inaccesible. La gente sólo te cuenta los secretos que realmente desea que sepas. Los otros, se los guarda. Una profesional como tú, psicóloga de linotipia mundana, debiera saberlo.

—Te evades bien del meollo, ¿eh? Peleas, enfrentamientos, amenazas… ¿Los tenía o las tenía, a menudo, Forrester?

Se encogió de hombros, evasivo.

—Todos tenemos fricciones en la vida. ¿Tú no?

—¿Quieres colaborar, Brain? —Clavó sus ojos de cielo en a cara simpática, dinámica y burlona del director de la Worldfilms.

—Quiero… Y hasta casarme contigo querría.

—No nos llevaríamos bien, guaperas.

—¿Supones… o afirmas?

—¿Olvidas que el papel de preguntadora debo asumirlo yo?

—Mecanismo de autodefensa, prenda. Pero pregunta… pregunta lo que quieras.

—Que ahí delante estás tú para responder, ¿no? —soltó ella una tenue carcajada. Y de pronto se puso seria, profesional toda, diciendo—: la muerte, el repugnante asesinato de Curtis Forrester, viene a sucederse en circunstancias espantosas la misma noche en que él ha iniciado el rodaje de una nueva película: El protagonista del miedo. Supongo que la policía ya ha apuntado esa posibilidad, ¿no?

—Así es.

—¿Relación…?

—Aparentemente, no —negó Brian Crawson.

—Háblame de El protagonista del miedo, de su argumento.

En aquel instante una monería que se acercó haciéndole cucamonas a Crawson, evidenciándole su escote y el par de razones que casi lo desbocaban, que se contoneó para que su corta faldita a lo plumaje de pavo real descubriera bien los muslos agónicos, acabó preguntando frente a la mirada de censura de la otra:

—¿Vas a comer lo de siempre, Brian?

Normalmente, tras la pregunta, Crawson le daba un sobo en las nalgas. Esta vez, se le antojó incorrecto y ofensivo. Ofensivo para Lorena, claro.

—Me bastará una hamburguesa con poca cebolla.

La camarera, miró de reojo y de través, a la periodista Queriendo saber, lacónica y hasta agresiva:

—Tú, ¿qué?

—Un Frankfurt…

—¿Con mostaza?

—Bien, cariñosa.

Se largó con un meneo de culito que era pasarse.

—¿Y vienes a comer cada día? —ironizó Lorena.

—Me queda cerca y es económico.

—Con el sueldo de ahora podrás cambiar. Hay sitios más selectos para un director… y camareras menos baratas. ¡Digo yo!

—¿Qué quieres saber de esa película?

—Todo. ¿De qué va?

—Sin ser una obra de arte, es original. Aunque complicada. El argumento va narrando unos crímenes que son los que se ruedan en la productora de ficción. Unos crímenes que sucedieron realmente en su día, todos ellos relevantes en los anales de la historia del asesinato. Conmovieron a la opinión pública. Fueron espectaculares y se habló de ellos. No tienen coherencia entre ellos, ninguna relación, salvo la que les proporciona la circunstancia de que, mientras se plasman en celuloide, esos horrendos crímenes, suceden de nuevo en la realidad.

—¿Por qué lo matizas con énfasis, Brian?

—Para que lo subrayes, lo destaques en el artículo. ¿No lo llamáis cursiva o negrilla?

Lorena le envió un raudal de cielo al rostro.

—Me caes bien, guaperas. Y eres listo. Lo pondré en cursiva, ¿vale? —Vio el cabezazo de Crawson y su mueca en los labios, y le dijo—: sigue, sigue…

—Los crímenes, como decía, vuelven a ser realidad. Se producen fuera de los platos, en escenarios reales, con víctimas que no son actores ni actrices sino gentes de la calle… gentes que tienen ciertas características similares a los que desgraciadamente protagonizaron, como víctimas, los asesinatos genuinos. Se crea un clima de tensión, de asfixia, y los hechos ocupan la primera página de los medios escritos de difusión, los telediarios, los diarios hablados, etc., etc. La policía anda desorientada y aunque analiza el guión con lupa, en plan de biopsia puede decirse, no alcanza a entender ni el cómo ni el porqué. Unos asesinatos que ya eran historia, resucitados en un papel mecanografiado cobran, de súbito, sangrienta y actual realidad. Se piensa incluso en detener, suspender el rodaje del film, pero la productora, lógicamente, clava el grito en el cielo. Se opone con rotundidad y firmeza en defensa de sus intereses. La razón les asiste porque a nivel jurídico no existe base para que un juez dictamine, decrete formalmente esa paralización, al carecerse de evidencias acusatorias que inculpen a nadie vinculado con la

industria cinematográfica.

—¿El asesino...? —inquirió, intrigada, sin ocultar su interés, la pelirroja y atractiva periodista.

—El propio guionista —repuso, concreto, Crawson.

Lorena pegó un sonoro respingo.

—¿El guionista...? —repitió interrogante. Ampliando la pregunta en un lacónico—: ¿Por...?

—Se trata de un novel, un fulano que empieza y que está obsesionado por alcanzar prontamente el éxito y la fama Encarna esa diabólica escenografía para atraer no sólo el interés de la crítica especializada y del público amante del género, sino para excitar la curiosidad del país entero. El terror, no sólo es contagioso, sino que a la gente, aun estremeciéndose, aun tapándose los ojos, le encanta morbosamente sentirlo y vivirlo. Es con esos sentimientos populares con los que especula el guionista al desencadenar esa macabra maniobra comercial, esa horrenda campaña sangrienta publicitaria. Que cumple, eso sí, con notable éxito, la pretendida finalidad. La nación entera está en vilo. Un asesino sádico, cruel, un loco sanguinario, anda suelto resucitando crímenes. De ahí, Lorena, el título del film; porque el mismo autor se convierte en el auténtico... protagonista del miedo.

—¿Quién es el guionista en el terreno de la verdad?

—Un tal Spokane. Terence Spokane.

—¿Novato?

—Te veo venir... —Silbó él, entre dientes.

Insistiendo ella, terca, tozuda:

—¿Novato?

—Del todo, pequeña. ¡Pero no vuelvas a las movedizas arenas de la susceptibilidad!, ¿eh? Bien, es novel. Spokane vendió, bueno...

—¿Qué ocurre, Brian? —inquirió la aguda reportera, alerta toda ella, al haber captado algo en el matiz de Crawson.

Brian pensó que ciertas cosas no se le podían explicar, así, de buenas a primeras, a un periodista. Aunque fuese una pelirroja monísima, sensual, excitante, apetecible y todo lo que se quisiera.

Periodista y mujer, ¡peligrosa simbiosis!

Por eso, simplemente, explicó:

—Nada. No ocurre nada. Lapsus mentales... Spokane, te decía, vendió derechos, título e idea, a la Worldfilms. Tal como él lo había

escrito no era válido. Faltaba el toque profesional. Los recursos. La comercialización y todas esas zarandajas que, al fin y a la postre, son más importantes que una buena calidad literaria. Porque son las que hacen vender una película. Así funciona el negocio del cine, prenda.

—Y Spokane, según tú, no es sospechoso. No lo es, ¿verdad?

—Pienso que no.

—Piensas… —murmuró la columnista de Los Ángeles Herald, con cierta mordacidad y como si hablara consigo mismo—, luego existes.

—Y ladran —se apresuró Brian a meter su cucharada oportuna de no menos causticidad—, pues cabalgo.

Lorena Munro hizo como que no había oído la filosófica andanada de Crawson. Y prosiguió con su retoricaren estos términos:

—Un tipo que concibió ese original argumento, sugerentemente macabro y excitantemente sangriento… ¿no es capaz de convertirse en el protagonista del miedo de su propio engendro literario y buscar en la realidad lo que su personaje busca en la ficción? ¿No puede buscar impacto comercial, publicidad, morbosa emoción, asesinando por ejemplo al mismísimo director de la película? ¿No es capaz, cierto? ¿No puede sentirse tentado de emular al otro, al guionista concebido por su imaginación?

—Tú te lo dices casi todo, ¿no? Mira, Lorena, he hablado un par de veces con Spokane y una de ellas por teléfono. Mis elementos de juicio al respecto son parcos, insuficientes. Pero tengo la corazonada de que no. Todos somos capaces de todo, según tu teoría. Eso es irreversible. Los psiquiatras dicen que cualquier persona es capaz de cualquier cosa. Hay casos de esquizofrenia, de dualidad psíquica, que no se detectan aparentemente. Eso le puede ocurrir a Spokane, a Brian Crawson, al director gerente de la productora, al secretario de Estado, a la señorita Munro, al lucero del alba y hasta a un peón caminero.

¿Me explico?

Lorena ensayó unos cálidos y burlones aplausos.

—¡Bravo, bravo, doctor Brian! ¡Es usted una eminencia…! ¡Es usted el futuro Nobel del arte de hablar y no decir nada! —suspiró tras su fingida explosividad. Y cambiando el tercio largó, repentina,

el siguiente interrogante—: ¿Cuál fue el crimen que de acuerdo con el guión se rodó la misma noche en que asesinaron a Forrester?

Llegó entonces falda corta y pompis a la intemperie con la hamburguesa y el Frankfurt. Puso los bocatas encima de la mesa junto, casi, con sus emotividades exhaustivas y pectorales que se le desparramaban por afuera.

—¿Algo más?

—Yo una cerveza. ¿Tú, Lorena?

—Me apunto.

—Que sean dos, «cuqui».

Pechos de escándalo dejó ir un suspiro que parecía un orgasmo. Exclamando, toda esponjada, todita ella muy movida:

—¡Aaah, hermoso! ¡Menos mal que me llamas «cuqui» como siempre! Suena tan bien «cuqui»… en tu boca, claro. «Cuqui»… —Se embelesó al repetirlo ella misma—, ¡aaah! Creí que la presencia de ésa te cortaba.

Lorena también se despachó al darse por aludida.

—¿Por qué no te pierdes por ahí, culo escandaloso?

—¡Oh…!

—Si yo lo tuviera como tú me lo taparía con un saco, nena.

—¡Maldita arpía, te voy…!

—Haya paz, chicas, haya paz —se coñeó abiertamente el director realizador de la Worldfilms TV Productions. Apuntillándolas—: Ya sé que os excito, ya. ¡Y de veras que lo lamento! Estoy tan bueno… Pero no quiero que os tiréis de las greñas por mi culpa, ¿eh? ¡Me sentiría tan ridículo! Tan violento…

—¿Lo ves? —Lorena miró a la otra—. Está «vacilando» con nosotras. Pero con la que se está «quedando» de verdad, tontorrona, es contigo.

—¡Mira que… que te saco los ojos, enteradilla de mierda!

Brian Crawson pegó un manotazo en la mesa que asustó visiblemente a Lorena y «Cuqui» pandero escandaloso, atrayendo también la atención de todos los presentes en el local y suspendiendo en el aire, por instantes, sus conversaciones.

—Tú a por las cervezas, ¿eh? Y usted, plumífera, a su Frankfurt. Y no se pronuncie ni una sílaba más. ¿Vale?

Ellas, como debía ser, se fulminaron con la mirada. Se dijeron cosas muy gordas, gordísimas, con los ojos. Y «Cuqui», siguiendo las

exigencias del apuesto rubiales, se largó a por las cervezas.

Y Brian Crawson, como si nada hubiera sucedido, anunció:

—El asesinato de Verónica Tabs, hija de un predicador baptista —y era la respuesta a la pregunta que había quedado en el aire, formulada por la periodista, segundos antes de la aparición de «Cuqui» culo escandaloso. Y prosiguió el desenfado mocetón de atléticas maneras—: Nathaniel Tabs, como la mayoría de sus colegas por el entonces en que se suscitaron los hechos, estaba formalmente ofuscado por las cuestiones sexuales. Pecado, pecado, pecado… Sus pláticas desde el púlpito a la hambrienta y fácilmente sugestionable feligresía, sus conversaciones privadas y familiares eran, de continuo, una sentencia condenatoria a perpetuidad contra los contactos sexuales ilícitos. La cópula no precedida de las bendiciones era obra del diablo en busca de almas condenadas a las llamas eternas del emporio de Satán. Nathaniel Tabs era un maníaco… posiblemente, un tipo lleno de traumas y frustraciones. Su hija, Verónica, era mucho menos frustrada y más… más abierta toda ella a la realidad de la vida y a las dulces tentaciones mundanas. Su padre la tenía amargada en grado superlativo, con sus prohibiciones y lapidarias amena zas. Prohibir, desde *in illo tempore*, es excitar. Y Verónica estaba, pero que muy excitada porque un tal Ferdinand le había demostrado que lo que su padre tachaba de ilícito, pecaminoso y condenatorio, era sublime, extático y paradisíaco. Verónica y Ferdinand hacían el amor, cada noche, en el campanario de la… digamos iglesia. Una auténtica irreverencia en lo que un día fuera misión franciscana. Nathaniel se enteró. Y la reacción no se hizo esperar con una auténtica carga de brutalidad. Colgó a Ferdinand del badajo de la campana después de abrirlo, en canal, como un cerdo. Así puso punto y final a los encuentros concupiscentes de aquél y de su hija Verónica.

»La muchacha, al descubrir el "pastel"… escríbase sangriento «fiambre», señorita Munro, nerviosa y horrorizada, tras una escena de tensión con vehemente clímax de terror, se fue corriendo atrás y cayó afuera del campanario. Una justicia muy *sui generis* y cruel la del predicador, ¿no te parece, periodista?

—Lo que me parece —dijo, dejando el bolígrafo encima de la mesa al lado del bloc—, es que acabaré sacando el Frankfurt por los ojos.

—Tampoco es eso, pequeña. Si quieres, te hablo de amor. Y no preguntes qué es amor, princesa de mi delirio… ¡porque amor eres tú! Amor, ¡ah el amor! Y la pasión… ¿qué me dices de la pasión, mi dulce cronista? Puedo hablarte de ambas cosas, del amor y la pasión. De las pasiones intensas, profundas, que una mujer como tú puede despertar en un corazón débil y volcánico como el mío —Brian, tomándose un respiro, clavó sus pupilas negras en el bello rostro de la pelirroja periodista. Admiró su carita graciosa. Y preguntó acto seguido—: Qué tal te ha sonado esto, ¿eh?

—¡De maravilla! Estoy… aturdida. Desbordada. Escucharte y entrar en éxtasis ha sido para mí causa y efecto. Pero aún admitiendo que tu paraíso perdido me fascina, prefiero que sigamos hablando de crímenes horrendos… a riesgo de vomitar la primera papilla.

—Tú te lo pierdes. Con un hombre como yo… —Crawson se iba por el superlativo de la ironía, pero en esencia, había cierta intencionada verdad—, de mi varonil atractivo quiero decir, difícilmente se te volverá a presentar una ocasión como ésta.

—¡No sabes cuánto lamento mi torpeza! Pero el mundo me hizo así, ¿entiendes? ¿Cuál es el próximo asesinato que vais… que vas a filmar?

Crawson andaba liado a mordiscos con la hamburguesa.

Y llegó de nuevo «Cuqui», culito escandaloso a la intemperie, con las cervezas. Pero esta vez rehuyó la polémica. Dejando las jarras encima de la mesa se «abrió» de inmediato.

—¿De veras quieres que te lo cuente, muchachita?

—¡De veras, señor director realizador! Todo este jaleo de la muerte de Curtis Forrester y el no menos enorme jaleo de El protagonista del miedo, se merecen cuatro magníficas columnas. El redactor jefe, cuando lo lea, mojará rebanadas de pan. Sorpréndeme, Brian.

Tras sacudirle otro «viaje» a la hamburguesa, dijo sin más preámbulos:

—Se conoció como el crimen de El Otelo de Connecticut. En su día fue también muy espectacular conmoviendo sensiblemente a la opinión pública. Un médico de raza negra afincado en Hartford, Connecticut, contrajo matrimonio con una preciosa mujer blanca bastante más joven que él, la cual, al parecer, procedía de cierto

tipo de espectáculo frívolo… espectáculo que ponía su condición moral en entredicho. Él dijo que con el inmenso amor que profesaba a Mildred, la iba a redimir sobradamente de sus supuestos errores o peca dos de juvenil inexperiencia. En el casino de Hartford, un buen día, se empezó a rumorear que el doctor, Gary Winter, era un cornudo de los que hacían época. Coincidiendo con estos rumores *sotto voce*, o no tan *sotto voce*, Mildred Zarko, señora de Winter, tuvo un hijo más blanco que la leche Gary quiso convencerse que siendo la madre blanca, el hijo, aun siendo el padre negro… pero la tesis no consiguió entusiasmarle. Y los informes privados del detective que contrató, le ilusionaron mucho menos. En aquel papel, su condición de marido traicionado, quedaba rubricada.

»Gary Winter, ciego de rabia, celos y odio, estructuró su venganza. Y se sirvió para ello de la colaboración de un amigo y colega que se encargó de extender el certificado de defunción después que Winter se hubiera provocado un estado de catalepsia[2]. Previamente, el médico había redactado un singular testamento cuya última voluntad consistía en que a su velatorio sólo asistiera Mildred. Y durante las horas que duró ese velatorio, la mujer vivió instantes de pánico alucinante hasta que, Winter, que había calculado el tiempo de su postración meticulosamente, salió del féretro y cosió a su mujer a puñaladas.

Hizo una pausa Crawson, queriendo saber, socarrón:

—¿Se te revuelve ya el Frankfurt, preciosa?

—¡Eres abominable!

—Puede… ¿Te resumo los restantes crímenes del guión?

Mordisco al bocata y respuesta:

—Sí.

—El tercero reproducirá el cometido por John George Haigh, al que se llamó asesino del «baño ácido», y que tuvo lugar el 18 de febrero de 1949 por la noche en la persona de la anciana *mistress* Durand-Deacon, quien durante muchos años había residido en un hotel de South Kensington. Haigh la sumergió en una bañera llena de ácido corrosivo y los restos de la desgraciada mujer, su esqueleto medio corroído y varias piedras de sus riñones, junto con el asa de un bolso de plástico rojo, fueron encontrados en un deshabitado patio de Crawley. Al ser detenido tiempo después, John George Haigh se confesó autor de éste y otros crímenes.

—Todo un ciudadano ejemplar, sí… —comentó ella, sin dejar de ir anotando. Inquirió—: ¿Algún otro?

—El cuarto y último. Uno muy famoso con la firma del asesino de Whitechapel…

—¿Jack el Destripador?

—¿Cómo lo sabes, bonita?

—Avispada que es una. Cuenta, cuenta…

—Fue probablemente el más terrorífico cometido por Jack, porque también fue la única ocasión en que el Destripador operó en una estancia interior, sin miedo a verse interrumpido en su macabra tarea. La víctima fue Mary Kelly, de veinticinco años, que ocupaba una habitación de Millers Court, Spitalfields. Sucedió el 9 de noviembre de 1888. Jack, no sólo la mutiló como era su hábito, sino que le amputó los pechos, le arrancó corazón y riñones, dejándolos encima de una mesita. Y ahora… —le ofreció una oscura, pero no menos burlona risita—, *miss* Munro, puedes vomitar tranquilamente el Frankfurt. Los crímenes se han acabado.

—¡Jo, sí que sois espeluznantes los tipos del cine!

—Gracias a eso, vosotros y vosotras, llenáis páginas y más páginas, alimentando la curiosidad enfermiza de vuestros lectores y vendiendo ejemplares a manta. Creo yo, ¡vamos!

—¡Si aún va a resultar que nos dais de comer!

—Hablando de eso… el Frankfurt lo pago yo, princesa.

—Pues déjame entonces que le abone las cervezas a culo destapado, ¿vale?

—Bien. Igualdad de derechos. Las reivindicaciones son las reivindicaciones.

Lorena lo miró con fijeza. Con toda la peligrosa intensidad de sus pupilas color cielo. Inquiriendo de pronto:

—Te ilusiona pese a todo dirigir esa película, ¿verdad?

Crawson no dudó ni un segundo.

—Sí —afirmó—. Sinceramente, sí. Para mí, olvidando la tragedia de Forrester, esto… es algo más que un sueño. Hace sólo 72 horas, dirigir seguía siendo un sueño, pero muy lejano. No utópico por supuesto, pero remoto. El sueño se ha convertido en realidad. Me apasiona dirigir este film, sí. Será mi primera película y del éxito o fracaso va a depender mi porvenir como director.

—Comprendo —cabeceó la bellísima Lorena. Volviendo a la

carga—: Un psicópata, alguien aficionado al crimen morboso, anda suelto. ¿Te preocupa?

Una fugaz vacilación, y:

—Me preocupa…, desde luego.

—¿Por qué piensas que tú puedes ser una de sus víctimas?

—Por eso, claro. Cabe esa hipótesis, esa posibilidad. Pero prefiero olvidarme de ello. Pienso que El protagonista del miedo acaparará todo mi interés y atención, obnubilando esa psicosis. Y punto. ¡Oye, preciosa! —Exclamó, iniciando un rápido giro en el coloquio—. ¿Piensas transcribir todo lo hablado?

—Lo más sobresaliente sólo. Aunque el contexto de nuestra conversación, en líneas generales, me parece muy interesante para el lector en su totalidad. Va a depender del espacio que me asignen. Compra el periódico mañana…

—Lo haré, princesa. Esto…

—«Esto», ¿qué?

—Eres, así toda soltera y toda sin compromiso… ¿sí o no?

—Eludo la mayoría de los compromisos, caballero.

—¿Hasta el que yo estoy deseando brindarte?

Le ofreció su más cautivadora sonrisa.

—¿Me dejas que lo piense, Brian?

Crawson, acordándose que para la noche siguiente tenía un programa de catre por todo lo alto con su fabulosa y no menos excitante script, Sentha Donovan, se felicitó de que la sugerente pelirroja de Los Ángeles Herald adoptase la clásica actitud del: «Lo pensaré», que solía equivaler a una posterior y pronta aquiescencia. Aprovechando pues la coyuntura se fue por lo convencional:

—Al menos, es una puerta a la esperanza. ¿Por qué no vienes mañana al rodaje del crimen de El Otelo de Connecticut y me das la respuesta?

Ensayó un mohín de duda. Después:

—Está bien, de acuerdo. ¡Ah!, pero aunque acceda…

—Que accederás, pienso yo. Porque me veo atractivo, las mujeres me ven atractivo y tú tienes que verme atractivo por narices, ¿no?

—Yes, guaperas. Eres uno de esos tipos que le van a una a cien miel que lo miren. Pero te garantizo que yo no me revuelco en el catre con un tío sólo porque tenga percha. ¿Me captas?

—A tope. Pero es que yo, soy inteligente, tengo conversación… ¡no se puede aguantar lo mío!

Lorena Munro acabó batiendo sus mandíbulas en sonoras y bien timbradas carcajadas. Dijo luego:

—Te lo montas de película… ¡Para eso eres del ramo, claro! Lo que en otro sonaría a fatua horterada, a ti te sienta de perlas. Bien, atractivo por narices. Acabaré aceptando. Mañana saldrás de dudas. Pero aun siendo un sí… precisamente mañana por la noche tengo guardia. ¿Si digo sí, tendrás paciencia hasta 24 horas después?

—Haré esfuerzos denodados por contenerme, Lorena…

—¿Sí?

—¿Te importaría que te besara aquí, ahora, en mitad del Samoa?

La chica arqueó las cejas al tiempo que también preguntaba:

—¿Importarme…?

Y alzándose de su asiento pasó su cuerpecito adorable por encima de la mesa dejando que sus pechos se bamboleasen como fantásticos péndulos de un erótico reloj, y estalló sus labios en los de Brian.

—¡Hummmm…! —Murmuró tras el sabroso y prolongado ósculo —. Sabes a hamburguesa, Brian…

«Cuqui» pandero sinvergonzón, desde la barra, estaba asesinando a Lorena Munro con la mirada. Y es que si las miradas matasen la humanidad, desde luego, no estaría tan poblada.

—¡Pues el Frankfurt de tu boquita es pura delicia!

—No somos serios, director.

—Pero nos gustamos mucho y eso justifica nuestra falta de seriedad.

—Es hora ya de que nos larguemos, ¿no crees? —inquirió la bella pelirroja, haciendo que ignoraba el último comentario, aseveración mejor, del hombre.

Crawson consultó su reloj.

—Sí… Tengo que preparar muchas cosas. Y tú, que escribir ese maratoniano artículo. Te espero mañana en los estudios, ¿eh?

—Te prometo que iré. Pero luego ya sabes, ¿de acuerdo?

—Esperaré, consumido por el amor y la pasión y por los celos que me inspira el teletipo, que estés libre, que seas sólo para mí.

—¿Posesivo… machista?

—Una mujer como tú es para poseerla. Y punto.

Se levantaron al unísono, rumbo a la caja.

Y de acuerdo con lo convenido, Lorena abonó las cervezas.

Ya en la calle, al despedirse, se repitió el prolongado contacto hamburguesa Frankfurt.

SEGUNDA PARTE: Terror

Capítulo primero

VEINTICUATRO horas después, sobre las 20.30 todo estaba prácticamente dispuesto, en los estudios de la Worldfilms TV Productions, para iniciar el rodaje correspondiente a la secuencia de El protagonista del miedo que se refería al crimen conocido con el sobrenombre de El Otelo de Connecticut.

Todos —cámaras fijas, grúas, efectos especiales, sonido, iluminación, etc—. Iban ocupando sus puestos respectivos de acuerdo con las instrucciones recibidas de Duncan Jarber, el cual, apuraba los últimos detalles a los maquilladores respecto a las características que debían presentar Faye Carruther y Jobeth Monahan, actriz y actor respectivamente, que iban a encarnar a Mildred Zarko y al doctor Gary Winter.

—Estás preciosa —le dijo Brian a la script, en tono quedo.

Estaban muy juntos.

—En cuanto se termine el rodaje, volando a mi apartamento —anunció ella con voz cálida, insinuante. Significando—: Ardo en deseos de ser tuya, Brian.

Sentha Donovan, lucía de infarto. Con un pantalón bombacho color malva de cinturilla elástica que se ceñía y arrugaba contra su talle de avispa, dilatándose por encima de unos glúteos sensacionales, transparentando la braguita tanga de color negro que apenas cubría una breve porción de sus nalgas exhaustivas, y que acababan apretados también alrededor de los tobillos. Arriba de aquel apasionado pantalón bombacho un jersey cuello cisne que estrujaba sus pechos agresivos y sobre aquél, la chaqueta de un chándal rojo vivo con listas blancas desde hombros hasta las mangas. Abajo de todo unos zapatitos encarnados como el chándal, brillantes, de altísimo tacón.

Lo dicho, de muerte.

—Tendrás que irte tú primero, prenda. Yo tengo que acompañar

a una periodista que vendrá a chafardear un rato por aquí… Luego me voy para tu casa.

Ella, arrugó la naricilla. Mosqueada. Altamente mosqueada.

—Una tía de la prensa, ¿eh? No irás a pegármela ya el primer día, ¿verdad?

—No seas ingenua, mona. Callándomelo sería suficiente, ¿no?

—Hummmm… Te creo, vale. ¡Voy a ponerme un camisón de locura, amor mío!

—No sigas, Sentha. Llevo unos *jeans* muy ajustados y me estás poniendo en forma…

—¡Bah! ¿Te burlas? Estás tú muy baqueteado ya para ponerte caliente sólo con palabras.

—Demuestras conocer poco a los hombres, nena. En contra de lo que muchos creen, una insinuación, una palabra pronunciada hábilmente, excita mucho más que cualquier imagen erótica. La mente del macho es complicadísima.

—Si tú lo dices…

—¿Molesto, pareja? —inquirió, sutil, una burlona voz de mujer a espaldas del flamante director realizador.

Crawson se revolvió.

—¡Jessica…! ¡Preciosa Jessica!

Y ella le ofreció ambas mejillas para que Brian las besara sin espectacularidad. Y dijo:

—¿En qué puedo serte útil?

Mientras la script se alejaba, muy mosqueada de nuevo, a ocupar su silla de costumbre, con mala gana por supuesto, Brian le respondía a Jessica:

—Tú… ¡podrías servirme en tantas cosas!

—Pide y se te dará.

Crawson la miró. Llenando sus ojos con la espléndida figura de la mujer de Duncan Jarber, Era para llenárselos, desde luego. Porque Jessica, Powell de soltera, pertenecía a la clase de hembras que asombraban a la propia naturaleza cuando ésta se daba cuenta de lo que era capaz de ofrecerle al mundo en forma de mujer. Joven todavía, no más de veintisiete. Con unos relieves físicos que conjugaban un fragante polen erótico, una impactante sensualidad, con toques de innata elegancia, de clase. Su porte prestaba, sus encantos subyugaban, su fragancia cautivaba. Había una

personalidad inquietante y misteriosa en la mirada de sus pupilas intensamente verdes, exóticas. El dibujo de sus labios arqueados que se teñían con un *rouge* suave, invitaban a mucho. Como invitaban sus pechos pícnicos, nada procaces, excelsos. Y el resto de sus trazos sugestivos.

—El cine perdió algo muy bonito cuando te fuiste, Jessica.

—Intuyo que pretendes que vuelva, ¿no?

—Perfecto tu sexto sentido. Eso quiero.

—Admito que la idea me tienta…

—Soy un diablo muy persuasivo, Jessica. Te ofrezco un contrato para intervenir en el rodaje de El protagonista del miedo. ¿Qué me dices?

Jessica se mordió el labio inferior.

—He leído el guión… la copia que tiene Duncan. No está mal, no. Pero… ¿dónde me encajas?

—En el papel de Mary Kelly, la victima de Jack el Destripador.

—¿Me dejas que lo piense?

Crawson miró las esmeralditas pupilas con fuerza.

—Quiero una respuesta.

—Empiezas con fuerza, ¿eh?

—¿Aceptas?

La más insinuante de las sonrisas floreció en los labios sensitivos de la mujer.

—Acepto.

—Gracias —y rozó con su boca la de Jessica.

—No entiendo cómo no me fijé en ti durante el tiempo que trabajé en estos estudios, Brian.

—Olvídalo, pequeña. Suelo respetar a mis amigos.

—¿También a sus esposas?

—Lo procuro…

—¡Hola, señor Crawson! —exclamó Terence Spokane, acercándose a la pareja e interrumpiéndoles sin demasiada consideración.

—¡Ah, Spokane! Hola. ¿Qué tal?

—Puntualísimo a su llamada.

—¿Le importa esperar un par de minutos?

—No, no… —murmuró el fúnebre autor de El protagonista del miedo.

Crawson tomó a Jessica del brazo llevándosela unos pasos adelante.

—¿Te quedas al rodaje?

—No. Tengo que hacer.

—Estúdiate tu papel en la copia del guión que tiene tu marido. O pídele una a Sentha.

—Me serviré con la de Duncan. ¿Cuándo he de empezar?

—Tómate como una semana de tiempo. No podrás comprarte el Alfa Romeo ni el visón que te prometió Duncan, pero te aseguro que las condiciones económicas serán ventajosas.

—Renunciaría a eso si hicieras un esfuerzo por no respetar a la esposa de un amigo tuyo.

—Jessica… —Brian comenzó a sentirse incómodo—. Te lo ruego.

—Está bien, puritano. Está bien. No te meteré en problemas. Pero me gustaría que me llamases para hacer un ensayo previo. Declamación simplemente. Comprende que llevo tiempo alejada de todo este tinglado.

—De acuerdo. Prometo llamarte. Y ahora, si me permites…

—Un beso al menos, ¿no?

Volvieron a rozarse sus bocas. Después, ella, se fue hacia donde estaba su marido mientras que Crawson regresaba junto a Spokane.

—Tengo buenas noticias para usted, amigo.

El guionista alargó el cuello.

—¿De qué se trata?

—Tengo la firme promesa del señor Hayden acerca de estudiar la posibilidad de que usted se integre a la plantilla profesional de la Worldfilms TV Productions. Ya sé que usted no se fía de Trevor Hayden, Yo tampoco. Pero me consta que hará una excepción esta vez procurando cumplir la promesa. Entretanto, Spokane, le ruego que asista al rodaje de todas las secuencias y aporte cualquier idea, sugerencia o rectificación que se le antoje válida. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí. Y permítame que insista en que lamento haber sido descortés con usted, Crawson. De veras.

—Olvide ya eso, Spokane. Y ahora, venga conmigo, porque vamos a empezar.

Alguien golpeó entonces el hombro del director realizador.

—¡Hola, figura!

Se dio la vuelta.

—¿Qué tal, bonita? Sigues siendo la periodista más guapa del mundo. ¿Me besas?

—Tampoco voy a ser la primera —dijo Lorena, refiriéndose a Jessica, de cuyas efusiones con Brian había sido silenciosa testigo.

Boca con boca, y preguntó él:

—¿Celosa?

—Un poco, guaperas.

—Acomódate donde quieras, prenda. Cuando termine el rodaje te acompaño a la redacción de tu periódico, ¿eh?

—Si me prometes no pasar por calles oscuras…

—No te lo prometo.

—Así, te dejo que me acompañes.

Instantes después, Brian y Spokane se reunían con Duncan Jarber. Éste anunció:

—Todo dispuesto, compañero.

—¡Pues a empezar!

Se fueron encendiendo en los telares numerosos focos. Un baño de luz resplandeciente dio vida polícroma al set. Bajo la combinación de tonalidades luminosas, el decorado cobró matices inquietantes, chispazos estremecedores, que contagiaron a todos los presentes en la medida de su afinidad y participación.

Algunos intentaban relajarse mientras otros no conseguían dejar de mostrarse tensos.

Las miradas se mantuvieron fijas en Jobeth Monahan, en cuyo rostro el maquillador había hecho maravillas, conviniéndolo en un hermano de raza de Sidney Poitier, cuando el actor, tranquilo, se introdujo con suaves movimientos en el espectral féretro que presidía el decorado.

La escenografía estaba muy bien lograda.

Porque aquello, por ejemplo a Lorena Munro, que seguía atentamente movimientos y detalles que se producían a su alrededor, la impresionaba.

Cuando Monahan, en su papel y caracterización del Otelo Gary Winter, se hubo acomodado en el fúnebre vehículo, hizo acto de presencia una mujer joven, de rostro virginal y blanquecino como la propia muerte, dispuesta a convertirse en la toujour charmant del

singular velatorio.

Los expertos en maquillaje también habían realizado un perfecto trabajo en la carita, de natural cándida y apagada, de la actriz Faye Carruther.

Brian Crawson consultó con la mirada a su ardiente script, a Duncan Jarber, a los cámaras… Todo ello, intentando dominar el nerviosismo que, progresivamente, avanzaba por sus adentros.

Y se dispuso a pronunciar por primera vez, sus primeros:

—¡CÁMARA! ¡ACCIÓN!

Capítulo II

CUANDO SENTHA Donovan, casi al trote, haciendo brincar exquisitamente aquellas nalgas rotundas que medio cubrían las braguitas tanga transparentándose por debajo del singular bombacho color malva…, cuando Sentha cruzó el vestíbulo del 703 de Omnibus Street, al trote, decíamos, anhelando llegar al décimo K y prepararse adecuada y excitantemente para recibir y entregarse al hombre que más había deseado desde que tuviera uso de razón…, cuando a Sentha Donovan le estaban pasando todas esas cosas felices camino de su apartamento, se sentía, de largo, sin lugar a comparaciones, la mujer más venturosa y afortunada del planeta Tierra y galaxias colindantes.

Al meterse en el elevador, su índice diestro, se atropelló, nervioso, sobre los pulsadores del cuadro de mandos ansiando torpemente apretar el señalado con el número 10.

—¡Nunca había estado tan nerviosa…! —Zozobró.

Y pensó al mismo tiempo, con una tenue sonrisa en su boquita rosada, que con lo feliz que se había sentido siempre con su trabajo de script, al que se entregaba desde un principio en cuerpo y alma, nunca hasta aquella noche había deseado tan febrilmente que se terminara un rodaje.

Bueno…

Es que aquella noche, para Sentha, era diferente a las demás noches que había vivido hasta el momento.

Aunque también tenía que entregarse en cuerpo y alma.

Sobre todo en cuerpo…

A Brian Crawson.

El hombre más interesante, desconcertante al mismo tiempo, de más fuerte personalidad… y el más atractivo también, físicamente pensando, que ella había conocido.

Ser de él. Ser de él… ¿Existía mayor felicidad para una mujer

enamorada y apasionada como ella?

Brian…

—¡Te quiero, Brian! ¿Quererte…? ¡Estoy loca por ti! Aunque no soy la única, ¿verdad? No, no soy la única. Beatrice Harrier también bebe los vientos por ti. De todas formas, si nos comparamos la una con la otra, la elección no tiene duda, ¿verdad, Brian?

El ascensor se detuvo, con cierta brusquedad, en la planta décima.

Sentha se sobresaltó.

Al darse cuenta de que estaba hablando sola, pero totalmente convencida de que tan interesante conversación la mantenía con aquel tipo desenfadado, guapote, varonil, de inquisidores ojos negros y revueltos cabellos pajizos.

Tras el ligero sobresalto, suspiró.

—¡Ah! Cómo juega la imaginación con la mente enamorada de una mujer. En el fondo, somos tontas. ¡Hacen con nosotras lo que les da la gana! Pero es que los hay… ¡Brian está de muerte! ¿Qué importa hacer todas las tonterías del mundo por un hombre como él?

Se hallaba ya frente a la puerta de su apartamento. Metió la mano en el bolso buscando el llavín.

Y sonrió como una niña traviesa al recordar con qué premura había corrido al cerrajero, tras quedar citada con Brian, para que le hicieran un duplicado de la llave. Su hombre tenía que entrar en aquel apartamento cuando él quisiera y a la hora que le apeteciese.

Así sucedía en las películas.

Y en la realidad.

Porque Sentha Donovan, mejor que nadie, sabía que las imágenes impresas en celuloide no eran más que un espejo de las que se daban en la realidad. Porque las secuencias de la propia vida superaban en realismo, en patetismo, en intensidad, en éxtasis o en horror, a las concebidas por escritores y guionistas.

—¡Bah! Me está dando por las filosofías absurdas. Tiene la llave porque a mí me da la gana y se acabó.

Abrió, se coló en el pasillo y cerró tras ella.

Proa al *living* se fue descalzando por el camino y al asomar a aquél tiró sus rojos zapatitos de agudo tacón encima de una butaca tapizada en skai azul marino.

Encogiendo sus fabulosas y bien contorneadas piernas se quitó el bombacho lanzándolo, displicente, sobre otra butaca gemela.

—¡Uh… qué alivio! Está cinturilla aprieta de lo lindo.

Las débiles braguitas ofrecían un muy sugerente primer plano de aquellas redondas, morenitas nalgas de primera *vedette*, que con los contoneos de ella al despojarse ahora de la chaqueta del chándal y el jersey, ganaban en agresividad lúbrica.

Chándal por los suelos, jersey sobre la misma butaca que los zapatitos…

Bajo el jersey no existía sujetador.

¿Para qué…?

Aquel par de pechos hermosos, cargados de electricidad sexual, de erótico imantado, se mantenían muy rígidos, eminentemente marciales, porque la juventud de ella daba para eso y para mucho más.

—Luego recogeré todo esto… —murmuró en voz alta—. Ahora voy a prepararme. Quiero estar diabólicamente excitante, quiero que enloquezca entre mis carnes… ¡Yo si voy a enloquecer entre las suyas!

Se fue hacia su dormitorio cuya puerta se abría en el extremo superior del *living* en el vértice izquierdo del amplísimo ventanal, discretamente cubierto con verdosos cortinajes, y que de día dejaba penetrar el sol a raudales y se asomaba al asfalto de Omnibus Street.

Empujó la puerta presurosa, como un suave y apasionado vendaval, con una idea fija: armario, camisón rojo encendido y aquel parchecito braga adhesivo que estimulaba las ansias de hallar el recóndito pliegue de la intimidad femenina.

Él lo había dicho, ¿no? «… una insinuación, una palabra pronunciada hábilmente, excita mucho más que cualquier imagen erótica. La mente del macho es complicadísima».

Por eso.

Aquel parchecito braga colmaría las exigencias de la complicadísima mente varonil.

El armario de tres cuerpos, poliéster, brillante, ocupaba la casi totalidad de la pared izquierda según se accedía al cuarto.

Era de puertas correderas.

Sentha ya se hallaba frente al cuerpo central dispuesta a deslizar

la puertecilla cuando, de súbito, con la diestra extendida y sus dedos casi rozando la superficie de poliéster, se quedó quieta.

Muy quieta.

Quietísima.

El poliéster hacía como de espejo.

Un espejo de aguas sinuosas, de vetas marronáceas, pero que reflejaba objetos.

En él, ahora, habría tenido que reflejarse la cama.

Como siempre.

La cama…

Sentha Donovan seguía muy rígida. Con la mente en blanco. De la que incluso había desaparecido la estimulante imagen de Brian y todas aquellas cosas paradisíacas que a su conjuro había estado concibiendo e imaginando hasta entonces.

Desapareció todo de su mente.

Incluso el instinto libidinoso de cubrirse tenuemente su dulce intimidad con el parchecito braga.

El poliéster era como un espejo que… que no reflejaba ahora, como la hacía siempre, la cama del dormitorio.

Su cama.

¿Por qué? ¿POR QUE?

Esta martilleante pregunta vino a sustituir todos los demás pensamientos, hermosos pensamientos, apasionados pensamientos, que vinieron alimentando el cerebro de la preciosa y sensual script.

¿POR QUÉ NO SE REFLEJABA LA CAMA?

Sabía la respuesta.

La tenía reflejada en las aguas marronáceas, en las sinuosas vetas del poliéster que, como aquellos espejos cóncavos y convexos de las ferias, le estaban gastando a Sentha Donovan una broma muy pesada.

Macabra.

Una broma macabra.

Sintió, de pronto, mucho frío.

Y no por su desnudez, no. El calor que le inspiraba la imagen de Brian era suficiente para enardecerla por desnuda que estuviera, pero…

Como Brian se había esfumado de su caja de pensar, lo mismo que la cama del espejo de poliéster…

Tenía frío.

Era para tenerlo.

Frío de muerte.

Frío de terror.

De un terror que había llegado hasta ella de manera tan inesperada, tan brutal, tan impactante que, sólo el frío, el telón glacial que flagelaba su escultural cuerpo casi desnudo, patentizaba la existencia de aquel terror angustioso.

Cerró los ojos. Consiguió cerrarlos de pronto. Inesperadamente.

Convencida de que cuando volviera a abrirlos todo sería como tenía que ser. Como era siempre.

Y en las aguas relucientes, en las vetas oscilantes y ondulantes de marrón tonalidad, balanceándose como al ritmo de un arrullo, aparecería el reflejo de la cama.

Y podría volver a ensimismarse con Brian.

A entusiasmarse con la noche de pasión que le aguardaba.

Cuando los abriera… ¡todo tenía que ser como siempre!

Tuvo miedo. Mucho miedo de hacerlo. De tirar arriba de los párpados. De dejar las pupilas en libertad…

MIEDO…

Abrió, tan de golpe como los cerrara, los ojos.

Sintió que se moría.

Que su vida se iba extinguiendo, paulatinamente primero, y a velocidad de vértigo después.

Y su muerte se producía en medio de una intensa helada.

De un diluvio glacial.

Que mantenía gélidas sus cuerdas vocales, estirados sus labios con surcos y grietas, paralizados los engramas pensantes… no dejándola tan siquiera gritar.

Gritar mucho.

Gritar hasta la locura.

Cesó, inesperadamente, aquel pasmo hiperbóreo que la tenía enclaustrada.

Se derritió el yerto entorno y siguió, tras un espasmo, el estallido ígneo de un vendaval de fuego.

Calor…

Un chorro asfixiante de fuego se alzó desde sus tobillos hasta convertirse en una espiral agónica alrededor de su garganta.

Pero pudo gritar…

Bramar…

Aullar…

—¡NOOOO!

Y aulló, porque en lugar de la cama que hacía juego con el poliéster del armario donde solía reflejarse, en su lugar… había un catafalco[3] y sobre éste, un ataúd. Flanqueado por cuatro estirados candelabros, tétricos candelabros, de los que surgían unos finos cirios apagados.

Y allí no habían cámaras, ni grúas, ni se escuchaba ¡Cámara!. ¡Acción!, ni se iba a efectuar ningún *travelling*… Porque no era un decorado de los estudios de la Worldfilms, porque era real, verdad…

El ataúd era real.

Repitió el bramido al tiempo que giraba en redondo, veloz, como atraída por un siniestro canto de sirena.

Por un vientecillo morboso que succionaba su interés, el propio terror que la convulsionaba, absorbiéndola.

Y escuchó una voz.

Una voz tenue…

Susurrante.

Que surgía, espectral, desde el fondo del ataúd:

—Ven, Sentha, ven aquí. Tienes que velarme Tú eres la única que debe estar en mi velatorio. Ven… Hablaremos del Más Allá. De las sombría regiones de la muerte en que me hallo.

Y avanzó, sí.

Fascinada.

Ondulando con tenue suavidad aquellas tibias nalgas apenas cubiertas por el tanga. Subiendo y bajando, con rítmica paz, sus pechos jóvenes y erectos.

Paz…

Al temporal gélido y al calor llameante había seguido un espacio de ponderación física y psíquica. Como un letargo mental en el que se le permitiera la movilidad de sus articulaciones.

—Ven… Desde la otra dimensión te sigo amando, Sentha. Ven…

Había llegado junto al féretro.

Sus órbitas estaban dilatadas, pero los ojos extrañamente inmóviles. Fijos como discos inanimados.

—Ven… Inclínate para mirarme Bajó la cabeza.

Y estalló el schok.

Con una sucesión de gritos espeluznantes, estremecedores, agónicos, que rebotaron una y otra vez contra las paredes como si de un bombardeo fónico se tratase.

Y al compás de los gritos, Sentha, alzando ambas manos bruscamente, se tiró de los cabellos, se arañó el rostro en sádico masoquismo hasta producirse profundos surcos por los que la sangre brotaba, roja, brillante, profusa…

Porque dentro del ataúd había un esqueleto.

Un esqueleto, sí.

Cuya calavera no era descarnada, ni alba, ni espectral…

Era el rostro de Brian Crawson.

EL ROSTRO DE BRIAN CRAWSON.

Se quedó muda.

Callada por completo.

Pero sólo unos segundos.

Porque tras aquel breve, fugaz lapso de silencio que había seguido a la ininterrumpida sucesión de gritos y estallidos, de la boca ensangrentada de Sentha Donovan, surgieron gorgoteos, extraños graznidos.

Como si hubiera perdido la facultad de hablar, y manifestase su alteración psíquica con extraña onomatopeya animal.

Las uñas largas, manicuradas, de sus manos trémulas y a la vez crispadas, se dirigieron raudas a las cuencas de los ojos.

Y volvió a inmovilizarse porque aquellos círculos inmóviles hicieron por agrandarse todavía más, en hambriento esfuerzo por captar a tope la nueva explosión de terror que se originaba dentro del féretro.

Porque el esqueleto, con su faz de Brian Crawson… se estaba incorporando.

Se alzaba…

Y una mano de aquel insólito engendro se fue arriba centelleante para atrapar la nuca de Sentha en cuya garganta, los gorgoteos, se atropellaron como notas disonantes de un pentagrama horrísono.

—Ven… quiero besarte. ¿Nunca te ha besado un muerto, preciosa?

Intentó, en inútil reacción, echar la cabeza atrás.

Mas la esquelética mano parecía estar dotada de férrea violencia y la obligó a bajar más todavía.

MÁS…

Y el otro brazo del ente también centelleó.

Exhibiendo un afilado, largo, monumental cuchillo.

Cuyos destellos azulados, letales, chispearon frente a los ojos horrorizados de Sentha Donovan.

Y el grito, ahora sí, lo quebró todo.

—¡SOCORROOOOO!

¡Zas!

El cuchillo subió y bajó.

¡ZAS!

Volvió a subir y bajar…

¡ZAS! ¡ZAS! ¡ZAS! ¡ZAS!

La melodía de muerte que el acero entonó en la garganta de la script, fue dantesca.

De su piel brotaban surtidores de rojo fluido que escupía salivazos rojos en todos los sentidos y direcciones.

El cuchillo proseguía su metódica y sádica labor.

Hasta que la piel desapareció bajo un baño escarlata.

Entonces, la mano esquelética se alejó de la nuca empujando atrás, hacia el suelo donde se apelotonó insensible, desmadejado, el cuerpo de la que fuera una bella hembra.

Y una carcajada satánica vibró entre las paredes del dormitorio.

* * *

—Eres todo un profesional —comentó, sonriente, Lorena Munro.

—Me halagas.

Se encontraban en el vestíbulo de los estudios de la Worldfilms TV Productions.

Brian, sin recato, la enlazó por la cintura. Y ella, apretándose contra el flanco masculino, murmuró:

—Lo he dicho de veras, ¿eh?

—Supongo que sí. Los actores han estado sensacionales, ¿no crees?

—Bueno… —Se mordió ella su carnoso labio inferior—. Pienso que Jobeth Monahan se ha pasado dándole al cuchillo.

—Exigencias del guión, pequeña. El crimen, en la realidad, fue así de sangriento.

La periodista zozobró apretándose todavía más contra el atlético cuerpo de Crawson.

—Aunque me he especializado en la información de sucesos, sigo negándome a creer que existan cerebros de tan diabólicas características. No sé…, no sabría cómo explicarlo. Es como cuando se produce un atentado terrorista. Me cuesta admitir que haya gente capaz de quitar la vida a otros…

—Los mecanismos de la mente, son perfectos… hasta que dejan de serlo. Esos mismos seres que cometen semejantes aberraciones, no lo creerían, se reirían incluso, si alguien les leyera minuciosamente su futuro. Es algo muy complejo que ni los propios psiquiatras, me parece, acaban de entender.

—¡Eh…, Brian! —Exclamó una voz masculina en las inmediaciones de la pareja—. ¡Brian…!

Crawson ladeó la cabeza hacia el punto del que procedían las exclamaciones.

Miró al tipo alto, de sonrisa estereotipada, que avanzaba hacia él.

Un tipo que por sus extraordinarias condiciones atléticas recordaba al Johnny Weissmuller de los mejores tiempos, al Weissmuller que consiguiera dos medallas de oro en los Juegos Olímpicos de París en 1924 y que cuatro años después repitiera la hazaña en Amsterdam… al Weissmuller que del 30 en adelante había inmortalizado al Tarzán del Boy y la Chita, de Jenny, en tantas y tantas películas.

Y puede que también lo recordara por su rostro anguloso y el cabello peinado atrás, en diagonal sobre el aladar izquierdo y con un tupé que se deshacía anárquicamente para rielar su frente despejada.

Aquel moderno tarzán se llamaba Lew Turner. Y era uno de los guionistas de la productora, uno de los que con Jarber, Wilcox y el propio Crawson habían formado el equipo de colaboradores del desaparecido Forrester.

Tendió Turner su diestra a Brian y éste la estrechó.

—Hola, Lew. Creí que te habías perdido —comentó, sonriente, Crawson.

—No —movió la cabeza, negativamente, el atleta. Aclarando—: He tenido unos problemas familiares… Luego lo del pobre Curtis.

Total, que ando un poco preocupado. Por eso no he asistido al rodaje. ¡Ah!, ni tampoco te he dado la enhorabuena…

—Las circunstancias en que todo se ha producido hace que estén por más las enhorabuenas. Sé que apreciabas mucho a Forrester. Yo también, y cree que hasta me duele…

—No te hagas un problema de eso, Brian. Cuando uno muere, alguien debe ocupar su lugar. Es ley de vida. Y yo te felicito de corazón… —La voz y las palabras de Lew Turner, sonaban tan fluidas, que parecían preconcebidas, prefabricadas, como los discursos de los políticos en las campañas electorales. Tras la pausa, añadió—: A, Brian, como consecuencia de esos problemas familiares que he eludido, voy a tomarme unas vacaciones. Dos semanas. Ya he hablado de ellos con el señor Vaccaro.

—Perfecto, Lew. Y espero que puedas solventar con éxito esos contratiempos. Tómate el tiempo que necesites… aunque no quiero esconder que me haces falta.

—Gracias, Brian. Y ahora, con vuestro permiso… —Miró inquisitivamente a la bella periodista.

Y eso hizo exclamar a Crawson:

—¡Oh, perdonad, no os he presentado! Ella es Lorena Munro, de Los Ángeles Herald. Él, mi compañero…, Lew Turner.

Fue un saludo y despedida conjunto.

Brian y la chica abandonaron seguidamente los estudios.

—¿Has elegido ya el oscuro itinerario…? —musitó, provocadora, ingenuamente provocadora, la hermosa pelirroja.

—No hace falta —sentenció Crawson.

Y a la puerta misma de los estudios, pero ya en la calle, estrechó el breve talle de Lorena y se fue por su boca para devorarle los labios con la total aquiescencia de ella, con mutua entrega, con afán femenino también por saborear los labios del hombre.

Un taxi, después, les plantó en pocos minutos a la entrada de la redacción del periódico.

—Me vas a buscar la ruina, canalla —fingió enfadarse Lorena, ya en tierra, mirando con sus preciosas pupilas al atractivo Brian.

—¿Por…? —Enarcó las cejas con expresión de niño buenísimo.

—Lo sabes. Ni en un año otro hombre hubiera conseguido…

—Háblame de mañana, prenda —la cortó él.

—A partir de las tres de la tarde estoy libre.

—¿Serás toda mía?

Brillaron intensivamente los ojos color cielo al estrellarse en el rostro de Brian.

—Toda…

Se inclinó para besarla, pero ella, en rápido quiebro, eludió la efusión.

—¿Qué pasa, Lorena?

—¿Con quién vas a acostarte esta noche?

—¡Por favor! —exclamó Crawson, procurando estar de lo más natural, porque la inesperada pregunta había estado en un tris de desarbolarlo. Inquiriendo a tirón seguido—: ¿A qué viene eso?

Lorena, picara, apuntó:

—Tienes mucha prisa, ¿no?

—Por echarme en la cama y dormir a pierna suelta. Lo necesito. He vivido 48 horas de mucha tensión nerviosa.

—Si tú lo dices… —Forzó un encogimiento de sus frágiles hombros.

Y se dejó, ahora, besar.

—Te recogeré mañana a las tres, ¿vale?

—Vale… —Echó a andar hacia la entrada del periódico seguida por los ojos del hombre. Lorena, giró, exclamando—: ¡Saluda de mi parte a Sentha!

Y corrió hacia el pasillo de entrada sin volverse ya.

—Saben más que las ratas coloradas… —masculló Crawson entre dientes.

Dio la vuelta agitando la diestra en el aire para detener al taxi libre que venía de cara.

—Buenas noches, jefe. ¿Dónde vamos?

—Omnibus Street, 703 —respondió, acomodándose en la parte trasera del vehículo—. Bien ¡Vamos para allá!

Y el taxi surcó raudo las calles iluminadas de aquel arrabal de Los Ángeles llamado Santa Mónica.

Planta décima.

Apartamento K.

—Voy a estrenar llavín…

Y sonreía, metiéndolo en la cerradura al tiempo que le daba un giro.

La puerta se fue adelante y Brian la cerró tras su paso.

—¡Sentha...! Muñeca, ¿estás ahí?

Un crujido seco, rápido, que parecía no haberse producido, llegó a oídos de Crawson.

—Sentha... —repitió.

Nada.

Tampoco ningún nuevo crujido.

Echó pasillo arriba, asomando al *living*.

Vio el chándal, los zapatitos rojos, el bombacho color malva, y le extrañó el desorden. No acostumbraban las mujeres que aguardaban a su pasión nocturna a ser desordenadas. Más bien lo contrario.

—Sentha... ¿Puedo saber a qué juegas?

Dio otro vistazo a su alrededor.

La puerta arriba, en el ángulo izquierdo.

El dormitorio, seguro.

Fue.

—¡Ya vale Sentha...! ¿No?

Cruzó el umbral.

Y de golpe, como si de un hachazo se tratara, creyó que le habían partido la cabeza.

—¡DIOS SANTO! ¡PERO...!

La sombra cruzó frente a él, surgiendo de la penumbra, a la derecha del siniestro túmulo.

Y el aturdido Crawson encajó un demoledor rodillazo en la boca del estómago.

—¡Maldición! —aulló.

Y se rehízo rápido porque su constitución se lo permitía, saltando atrás, estirando ambas manos para atrapar a la sombra, o lo que fuese, por el cuello.

Consiguiéndolo.

Zarandeó aquel cuerpo, violentamente, proyectándolo a continuación contra una de las aristas de la jamba de la puerta.

Gritó.

Aquello, gritó.

Y Brian, cuando rebotaba, pudo incrustar su puño derecho en trallazo demoledor contra aquel rostro sombrío, oscuro, cuyas facciones no captaba.

El otro eludió parcialmente la andanada disparando la puntera de su zapato en busca de los genitales de Crawson. La jugada fue

recíproca porque el director realizador, en parte, evitó el punterazo. En vez de sus atributos masculinos, fue la ingle derecha la que resultó lacerantemente castigada.

—¡Aaaag! —No pudo reprimir un grito de dolor.

La sombra se rehacía del impacto que se estrellara en su cuello y hombro, iniciando de nuevo la huida. Crawson, dominando la angustia que subía hacia su garganta, se lanzó en plancha atrapando a su enemigo por la cintura y ambos se fueron al suelo.

Se enzarzaron en un intercambio de golpes.

Estaban cerca y la claridad que pasaba desde la luna, sesgando la noche hasta filtrarse por el ventanal, llegó al *living*, puso luz en los contendientes, en sus rostros…

¡Y Brian Crawson largó una exclamación de asombro, de estupor, al creer que estaba ante un espejo!

Que luchaba contra él mismo.

Porque la sombra… ¡tenía su cara!

Eso, la sorpresa, el insólito descubrimiento, paralizó su acción.

Dando tiempo a que su sombría dualidad exhibiera una terrible navaja.

Saltó atrás saliendo del pasmo por el azulado y criminal zigzag que el acero trazó frente a su aturdida mirada… por un simple y puro instinto de conservación, de amor al pellejo. El cuchillo silbó a milímetros de su faz.

Quiso incorporarse para iniciar una embestida demoledora y definitiva, en el instante que un cañón disparó a su espalda y la bala estalló en su nuca.

Cayó redondo seguro de que se había muerto muy joven y cuando menos podía esperarlo.

Y recorrió un largo camino de espesas tinieblas en busca de los abismos de la eternidad… ¡que estaban muy lejos, diablos!

Silencio.

En los dominios de la muerte tan sólo había silencio.

Un gran e impresionante silencio.

Y desde allí no pudo ver la otra sombra, el otro bulto negro que le había atacado por la espalda, ayudando a levantarse al que tenía su mismo rostro para iniciar, ambos, una veloz huida del apartamento K, planta décima, de Omnibus Street.

Donde quedaba la impronta diabólica de otro *flash* de terror y

sangre.

Mientras Brian Crawson seguía durante largas jornadas, años enteros posiblemente, dando tumbos por aquel tobogán interminable de silencio y tinieblas.

De muerte.

Hasta que alguien le alzó de la espiral oscura y asfixiante, arrastrándolo hacia otra dimensión no menos oscura.

¡Le estaban abofeteando!

¡Pero…! ¿También allí seguía la violencia?

—¡Mierda! —exclamó.

—Bonito despertar —dijo una voz muy cerca de su oído. Abrió los ojos, pudo hacerlo al fin, para comprobar cómo era aquel otro mundo.

Y vio una cara del mundo anterior. Del de los humanos. La de Burt Lange.

Teniente de la brigada de homicidios de Santa Mónica.

—¿Qué… qué haces tú aquí, Burt?

—Turismo, chato. ¿Y tú?

—¿Yo…?

—Piénsalo y me lo cuentas mientras vamos camino del precinto, ¿eh?

—Precinto… ¿A qué vamos al precinto?

—Caprichos de medianoche que tengo a veces —ironizó el policía—. Me encanta hablar de crímenes en el precinto, ¿no lo sabías?

Crawson seguía medio alelado. El trallazo en la nuca había sido de órdago. Articuló:

—¿Crímenes…?

—¿Tú cómo le llamarías al hecho de que a una mujer le hubiesen dado más cuchilladas en el cuello de las que pudieran caberle?

—¡Lange! —Brincó Brian de la butaca en que lo habían sentado. Y preguntó, muy despacio ahora—: ¿Ella… Sentha Donovan?

Burt Lange asintió lacónico:

—Ella, sí.

Capítulo III

PIPER KOSTY ya no era, ni mucho menos, la mujer arrolladora, lujuriante, espectacular, que 20 años atrás se dejara caer por Hollywood dispuesta a conquistar la meca del séptimo arte.

Las ilusiones, hoy, como su impactante belleza, aquella belleza juvenil y casi virginal que había despertado pasiones ardientes, incontinencia lúbrica y que durante un tiempo le valiera el calificativo, procaz casi, de «*Miss* Epicureísmo»… las ilusiones, como su piel, decíamos, se habían ido marchitando.

Como en los compases de un tango arrabalero de su Buenos Aires natal, a cada nota, se marchitaba la ira del hombre traicionado que acababa tirado en un mostrador consumiendo trago tras trago.

Piper Kosty también había ahogado la traición de su fracaso entre los vapores etílicos, buscando el transporte momentáneo a un mundo de inconsciencia donde la realidad quedase lejos, difuminada y confusa.

Piper Kosty, incluso, había pensado más de dos veces en el suicidio.

Unas tabletas, un vaso con agua… ¡y adiós!

Pero hasta para eso era una cobarde.

Cuando tenía esas tentaciones, esos accesos, Piper procuraba olvidarse de todo. Bueno… de todo, no. Se acordaba de los tres o cuatro años de cierto esplendor que había vivido en los platós y decorados de la Filmax Century, en donde había rodado sus mejores películas.

Pero a ese éxito fugaz seguía un impresionante declive. Una caída en barrena. De Piper Kosty ya no se acordaba ni el apuntador.

Bueno, le habían ofrecido de cuando en cuando un pape corto, segundón, de principianta. Un papel ofensivo.

En el transcurso de ese vertiginoso descenso, Piper había vivido

de su belleza. De su cuerpo para ser más concretos.

Y así, triste, cansinamente, los años habían ido cayendo.

Y la piel, arrugándose.

Y las tentaciones de suicidio produciéndose con mayor asiduidad, con tentadora insistencia. Pero su miedo a ese paso definitivo era muy superior al asco que le producía seguir viviendo.

Asco que procuraba amainar acompañándose de avarientos lingotazos de *whisky* o ginebra. Muchos días se quedaba tirada encima del lecho borracha perdida y a la mañana siguiente se despertaba con la cabeza partida en mil fragmentos, sin la menor noción de lo sucedido la tarde anterior.

Todo iba así hasta el día en que la telefoneó Curtis Forrester.

Piper, de momento, y tras escuchar lo que le decía el director realizador de la Worldfilms TV Productions, se creyó que estaba como una cuba.

¡Un papel decente!

¡Le estaba ofreciendo un papel decente!

Todo un primer plano de protagonista en varias secuencias de un film titulado: El protagonista del miedo.

«… ¡Eh, Piper! ¿Estás ahí? ¿Me oyes?

»Sí… sí, Curtis. Es que… ¡es que no me lo creo!

»¡Anda, mujer, levanta ese ánimo! Piper Kosty aún es alguien en el mundo del celuloide. De lo contrario, ¿crees que me hubiera acordado de ti?

»No…, no sé qué decirte.

»Vamos al grano, princesa. Me vas a interpretar una dulce ancianita, eso después de que los maquilladores se hayan despachado a gusto contigo, ya que les costará esconder tu tersura y juventud…

»¡Curtis, por Dios! No seas cruel, te lo ruego.

»Segunda juventud, princesa. Pero juventud al fin y al cabo. No soy cruel, te digo la verdad. ¡Y déjame acabar, puñeta! Decía que te convertirán en una dulce y cariñosa viejecita que residirá en un hotel londinense de South Kensington y que se llama Durand-Deacon. A esa cariñosa abuelita, un tío muy malo llamado John George Haigh, la sumergirá en un baño de ácido hasta calcinarla por completo. Tienes ahí cuatro planos de expresividad callada en los que has de reflejar terror de cien distintas maneras, Piper. ¡Has

de lucirte! ¡Puedes lucirte, Piper! Quiero que mañana pases a recoger una copia del guión y que empieces a empollártelo al minuto siguiente. ¿Está claro, mi preciosa criolla?

»Sí. Sí…».

Al día siguiente había ido por el guión.

Y veinticuatro horas después Curtis Forrester caía horriblemente asesinado.

Piper, lamentaba la monstruosa muerte del director, pero más lamentaba, todavía, que con la desaparición de Forrester, la postrera oportunidad que viniera del cielo, como el maná a los hebreos, se fuese, como decían en su tierra, al carajo.

Pasó un día de angustia y zozobra, de incertidumbre.

Pero aquella misma mañana, Duncan Jarber, ayudante del nuevo director de la Worldfilms, la había telefoneado para confirmar lo manifestado por el difunto Forrester: ella seguía teniendo el papel de la ancianita Durand-Deacon en aquella cinta titulada, El protagonista del miedo.

¡Aleluya!

Y se enfrascó en el estudio del guión más ambiciosamente que nunca.

Con el interés e ilusión de una novata frente a su primer trabajo.

Y así, frente al espejo, gesticulando y desgesticulando, aprobando y desaprobando, repitió una y mil veces movimientos y expresiones.

Hasta que las dos de la madrugada golpearon las agujas del reloj y el sueño, con pesadez, llamó a la puerta de sus párpados recordándole que debía cerrarlos hasta el siguiente amanecer.

Piper se dejó caer, extenuada, en el borde del lecho. Resistiéndose a adoptar una más cómoda postura que la condujese al sueño. Pero poco a poco se fue venciendo atrás hasta que su cabeza golpeó en la almohada y de sus dedos, lánguidos ahora, escaparon hasta caer encima de la alfombra los folios en que se hallaba mecanografiada su intervención en El protagonista del miedo.

Piper se embarcó en una piragua nacida en su inconsciente que la llevó por un riachuelo que cruzaba un paraíso rutilante, un paraíso llamado Hollywood, donde todos, todos los que estaban en ambas orillas, aplaudían frenéticamente a su paso. Ella, de pie en la

embarcación, sonreía, sonreía, sonreía…

Y los hombres se embelesaban contemplando el esplendor rutilante y profano de sus exóticos encantos que quedaban medio al descubierto bajo las tímidas prendas de hawaiana, escasas prendas, excitantes prendas, que despertaban arrobas de lujuria y sinuosas proposiciones.

Y ella sonreía, sonreía, no dejaba de sonreír…

Hasta que de pronto, algo horrible, la sobresaltó.

Y un sentimiento de pavura azotó su espléndida naturaleza de bella hembra de Hawái o de los islotes del Caribe.

Hembra tropical.

En cuyo rostro pícaro, el horror, había ocupado despiadadamente el lugar arrebatado a la sonrisa.

Piper Kosty se había sobresaltado, sí.

Con una terrible, estremecedora sensación de pánico, volteándola.

Sensación de… Terror.

* * *

TERROR…

Su respingo fue sonoro, truncó el silencio del habitáculo, cuando Piper despertó de su bello sueño de paraísos hawaianos y hombres rendidamente enamorados, con una brutal sensación de pánico asfixiándola.

Sin poder verse, Piper sabía que su cara se había convertido en una hosca mueca de pánico.

Sabía, con certeza, que sus facciones se habían contraído, ofreciendo una máscara de pavor genuino.

¿Por el sobresalto de haberse despertado bruscamente?

No…

Piper sabía que no. Que no era eso.

Despertarse de súbito producía un brinco en el corazón, unos instantes de estupor y luego, una volvía echar la cabeza en la almohada procurando reanudar el sueño.

Ahora no.

No podía reanudarlo.

Porque Piper Kosty, desde el instante en que saliera con brusquedad de la piragua que surcaba las pacíficas aguas del riachuelo… sabía que no estaba sola en su habitación.

Lo palpaba en la oscuridad.

Casi escuchaba la respiración espectral, gélida, del ser que desde las tinieblas del cuarto la tenía enfocada en el campo visual de su mirar estremecedor.

Siniestro.

Por eso, al despertar, había experimentado un vivo acceso de terror.

Enorme TERROR.

Allí, había alguien.

Alguien que se movía en las sombras, que la acechaba, con unos propósitos horribles, diabólicos.

Pensó, y no hubiera querido hacerlo, en Curtis Forrester.

En lo que habían publicado los periódicos acerca de su muerte y de las horripilantes circunstancias en que se había producido.

Eso, desbordó el pánico electrizante que la hacía zozobrar encima del lecho, que infantilmente la llevaba a cubrirse con el embozo de la sábana hasta la cara, dejando al descubierto los ojos… dejándolos libres con la esperanza y el pavor de captar en las negruras el engendro satánico que acechaba.

El guión…

¿Y si todo era pura y simple influencia del argumento de…?

Un chasquido…

¡No! ¡No estaba sugestionada!

Porque acababa de escuchar un chasquido.

Algo así como el roce de una tela áspera contra una pared, o un mueble, o… o la cabecera de la cama.

Piper Kosty admitió más pánico que el que podía caber en su menuda naturaleza. Y se contrajo, empequeñeciendo todavía más, acurrucándose bajo las sábanas y mordiéndolas con fobia nacida del miedo para evitar el grito. Un grito cuya estridencia pudiera contribuir a incrementar su propio y mismo terror.

«… Cuatro planos de expresividad callada en los que has de reflejar terror de cien maneras distintas, Piper».

Eso le dijera Curtis Forrester por teléfono.

Experimentar terror.

TERROR…

¿Más del que estaba sintiendo en aquel instante? ¿Más…?

Imposible…

Se escuchó, ahora, el vibrante portazo.

Piper Kosty apretó los dientes haciendo tal fuerza con las mandíbulas como jamás se hubiera imaginado que poseía. Sus caninos e incisivos traspasaron la sábana, haciéndole agudos agujeros.

Los dedos, crispados, agarrotados de tal forma que le dolían las muñecas, estrujaban la ropa camera, la retorcían, tiraban de ella hacia arriba.

El portazo, se repitió.

PORTAZO…

¡Un terrible y sonoro portazo!

En el cuarto de baño.

Había sido en el cuarto de baño.

O sea, que la figura diabólica que había roto su sueño de maravillas y que hasta pocos instantes atrás estaba escrutándola desde las tinieblas de la habitación, ahora, sigilosamente, se había deslizado hasta el cuarto de baño… ¿Por qué?

¿Qué buscaba el asesino en el cuarto de baño?

¿Y… y por qué pensaba ella que forzosamente tenía que ser un asesino?

¡LO ERA!

Nadie con buenos propósitos entraba de madrugada en la habitación de una mujer sola e indefensa, ni en su cuarto de baño, ni producía crujidos estremecedores…

EL AGUA…

¡Estaba corriendo el agua en el cuarto de baño!

Alguien… el asesino, había abierto el grifo.

Hasta los oídos de Piper, salvando la frontera de terror que los taponaba, hasta lo más íntimo de sus trompas de Eustaquio, llegaba, monótono, tintineante, el ruido del agua al correr… un ruido tan natural y que ahora cobraba en la macabra fantasía de la noche, de la oscuridad y de su propia imaginación, un eco de matices siniestros.

EL AGUA…

¿Por qué estaba dejando correr el agua?

Piper Kosty se removió. Tirando, en un acto tan espontáneo como incomprensible…, incomprensible dado el terror que la convulsionaba, la sábana a los pies de la cama.

Pero aquello, en el fondo, tenía cierta lógica.

Una lógica racional, humana.

La incertidumbre, la duda, se sobreponían en el cerebro a la intensidad dominante del pavor.

No podía seguir ni un segundo más con aquella angustiosa sensación fluctuante, con la asfixia irracional del no saber, exactamente, lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Nunca había sido una mujer valiente. Pero se estaba preguntando ahora, en aquel momento, si era preferible almacenar horror por algo imaginado o estallar de pánico frente a una situación concreta.

Saltó de la cama sin atreverse, eso sí, a encender la luz.

A tientas, abriendo el cajón de la mesita de noche, se hizo con una pequeña linterna que siempre guardaba allí en previsión de un posible corte en el suministro de fluido eléctrico.

El haz de luz quebró la oscuridad de la estancia.

Piper, encogido el corazón, no se atrevió a mirar de frente, por entero, hacia el campo iluminado que la linterna abría en las sombras.

Nada…

Allí, nada.

Pero hasta ella seguía llegando con nitidez, con cruel nitidez podía decirse, el ruido del agua al correr.

EL AGUA…

Salió, decidida, del dormitorio.

Avanzando por el pasillo, resuelta. Decidida. Como si la oleada de pánico hubiese desaparecido ante la llegada de un anticiclón de bonanza, de estabilidad nerviosa, de dominio de las propias emociones.

Pero aquel fugaz escorzo de serenidad se rompió sin apenas haber nacido.

Como partido por un rayo.

Por…, por el agua.

Piper, crispada su diestra sobre el asa de la linterna, se envaró, se puso muy rígida, al hallarse frente a la puerta cerrada del cuarto de baño.

EL AGUA…

Seguía corriendo al otro lado de la madera.

¿Quién…?

Extendió, temblorosa, la mano izquierda.

Los dedos rozaron el tirador de la puerta… Se cerraron alrededor de él…

Pero no tuvo valor de hacerlo girar, no.

¡Y EL AGUA SEGUÍA CORRIENDO!

Tenía… ¡tenía que desvelar aquel misterio!

Tenía que saber quién y por qué.

Tenía que… abrir la puerta.

Pero sus dedos engarfiados seguían negándose, obstinadamente, a darle vuelta al tirador.

Tenía que abrir la puerta… tenía que abrirla… ¡TENÍA QUE ABRIR LA PUERTA!

Y saber por qué el grifo del agua estaba abierto.

Abierto… Abrir…

ABRIR…

¡No podía! ¡No podía mover los dedos! El pánico se los había congelado.

Apretó el tirador, pero sin conseguir doblarlo…

¡Qué tortura! ¡Qué tortura la que estaba viviendo en aquellos instantes Piper Kosty! Sólo habían transcurrido unos minutos, dos o tres, cuatro a lo sumo, y ella tenía la sensación de que llevaba años, muchísimos años, viviendo en aquella atmósfera de terror.

Y de… agua que corría.

¡Si consiguiera abrir la puerta!

¡Si lo consiguiera!

Trató de hacer un esfuerzo sobrehumano comunicando a los dedos el deseo de su mente, pero…

¿Era, abrir la puerta, realmente lo que deseaba?

¿Quería saber lo que había al otro lado? ¿Quién y por qué se complacía torturándola con aquel maldito grifo abierto?

Un temblor convulsivo se apoderó, lo mismo que un desbordante viento huracanado, de la menuda naturaleza de Piper Kosty.

Pensó en lo bien que le hubiesen venido en aquel instante unos cuatro, cinco, o seis lingotazos de ginebra.

Temblaba.

Tanto, que la linterna escapó de su mano, cayó al suelo con vibrante tintineo que enervó hasta el paroxismo a la fracasada actriz, y se apagó.

Al instante la izquierda de Piper, en instintivo rechazo, se alejó del tirador de la puerta temiendo que un movimiento reflejo a causa del pánico desbordante que avanzaba dentro de su cuerpo, le llevara a abrirla.

OSCURIDAD TOTAL EN EL PASILLO…

Mientras al otro lado de la puerta, el agua seguía corriendo, corriendo, corriendo…

Quiso echar a correr, pero no pudo.

Tenía las plantas de los pies clavadas en la alfombra. Adheridas a ella.

HUIR, HUIR, HUIR… lejos. Muy lejos de allí.

¿Y qué? ¡El asesino seguiría tras de ella!

A Piper Kosty el corazón le brincó dentro del pecho, subió hasta la garganta, le obligó a abrir la boca y quiso salir entre sus labios.

Porque…

La puerta del cuarto de baño, desde dentro, se había abierto de par en par.

* * *

Se había abierto.

De par en par, sí.

Al otro lado del dintel, dentro del cuarto de baño, había… una cosa.

Alta y negra.

Muy negra.

Que allí donde se suponía estar el rostro mostraba dos círculos rojizos, fosforescentes, de ígneos chispazos diabólicos.

Piper se quedó, como suspendida en el vacío, mirando… la cosa.

Y vio, con ojos agrandados por el terror, que los tentáculos, surgiendo de la sombría capa de muerte, se estiraban hacia ella.

Quiso dar un paso atrás… Quiso gritar…

Nada.

Y los tentáculos, o lo que fuesen, se apoderaron de ella, se adueñaron de su cuerpo menudo y quebradizo, elevándola con relativa facilidad, llevándola en el aire hasta la bañera en donde oyera caer el agua.

No era agua…

No.

Apareció, de súbito, otra sombra espectral que, haciendo causa

común con la cosa de ojos satánicos, ayudó a elevar todavía más el cuerpo frágil de Piper Kosty situándolo, justo, encima de la bañera.

Que no contenía agua…

No.

Pero sí un fluido burbujeante, de tonalidad ocre, del que surgían unas columnas de humo, retorcidas, densas, siniestras, lo mismo que fuegos fatuos.

—Verás qué limpita quedas, vejestorio —susurró, tétrica, la voz de aquel ser de ultratumba. Ironizando en macabro esplín—: El aceite de vitriolo[4] lava más blanco, tanto, que apenas si quedarán de ti un montón de huesos calcinados… ¡Ja, Ja, Ja, Ja!

Piper Kosty le pidió a Dios, que al menos, la dejara gritar Era su última voluntad: GRITAR.

La soltaron…

Dejaron de sostenerla en vilo encima de la bañera.

Se hundió en aquella sustancia corrosiva, en aquella piraña líquida que iba a devorar su carne.

Y le fue concedida, segundos antes de sumergirse en el líquido abrasivo, su última voluntad:

—¡AUXILIOOOO! ¡AAAAAG!

Y como les sucedía a todos los condenados a muerte, después de satisfecha su última voluntad…

SE EJECUTÓ LA SENTENCIA.

El burbujeo del líquido se intensificó notablemente al absorber el cuerpo de Piper Kosty aumentando también, en densidad, las columnas de humo. De la garganta de la actriz que nunca conquistara Hollywood surgieron graznidos, gorgoteos, ruidos deformes e inconexos. Ahogados por la risa breve y seca, mefistofélica, de uno de aquellos engendros sombríos, misteriosos, envueltos en tinieblas, cuyos ojos de sádico brillo escarlata contemplaban… cómo el burbujeo del aceite de vitriolo iba corroyendo el cuerpo de Piper Kosty.

Instantes después, un bolso rojo fue arrojado a la bañera.

Y como corolario al dantesco lienzo se escuchó, otra vez, la risita satánica.

Siniestra.

Capítulo IV

—NO te enteras, ¿eh, Brian?

—¡Joder! ¡Es que me estás volviendo loco, Burt!

—¿Te lo cuento otra vez, peliculero? —inquirió el anárquico teniente de homicidios.

—¡Es absurdo!

—Pero estaba allí, pequeño. Allí. Un trípode y encima de él una máquina de fotografiar. Frente al catafalco, paralela, a su izquierda. Provista con disparador automático. Y los del laboratorio acaban de revelar las fotos. ¡Vaya primeros planos, Brian!

—Eso, Burt Lange, es demencial. ¡Te juro, además, que no vi la máquina!

—Pues has quedado muy guapo, ¿sabes? Porque eres tú… tú, atrapando el cuello de Sentha con una mano, tirando de ella hacia abajo, y con la otra, le estás metiendo viajes con el cuchillo hasta el carnet de conducir. El cuello ha quedado de asco, ¿entiendes? —No entiendo nada. ¿Cómo llegaste tan oportuno?

—Artículo primero del manual del buen policía: llegar a punto al escenario del crimen atrapando al morboso asesino.

—¡Mierda…!

—No. Una llamada anónima. ¿Por qué eres tan mal educado?

Brian Crawson se mantuvo en silencio. Hundido en la butaca. Anonadado. Hecho, moralmente, una verdadera piltrafa.

—Haría falta estar loco de remate para fotografiarse asesinando a alguien, ¿no crees? —afirmó al fin, primero, interrogando después.

El policía se encogió de hombros.

—¡Hummmm! Eso es lo que lógicamente se ha de pensar. Pero la vida no tiene lógica. Se puede considerar como una evidencia inculpatoria que realmente se convierte en coartada: nadie está tan loco como para hacerse fotos asesinando, llamar luego a la policía y

golpearse después en la nuca para que lo cacen in fraganti. Absurdo, sí. Pero… ¿y si tú hubieses especulado con ese proceso de descarte?, si hubieras tenido en cuenta los razonamientos lógicos, las conclusiones, y precisamente por eso…

—Yo iba a acostarme con Sentha.

—Te alabo el buen gusto.

—¿Y a Forrester, yo que lo planeo todo de forma tan enrevesada, por qué lo asesiné? Porque imagino que cuentas conmigo también para ese crimen, ¿no?

Burt Lange se mesó sus pelos rebeldes y largos. Dijo:

—Quizá, porque conociendo la manera de pensar de Fabio Vaccaro, director gerente de la Worldfilms, sabías que tú, por tus condiciones, juventud y empuje, ocuparías la vacante.

—Y lo metí en la Doncella de Nuremberg, ¿no?

—Al menos, así lo encontramos.

—¿De veras crees todo eso que estás diciendo?

—Desde que ando metido en berenjenales policiacos he aprendido a sospechar y desconfiar hasta de la madre que me parió. ¡Pobre mujer!, si me oyera… No, Brian, no lo creo. Tengo muy claro que tratan de hundirte a ti, o a la productora… ¡qué sé yo! He leído el guión de El protagonista del miedo…

—¿Y…?

—No me gusta. He obtenido la sensación de que ese argumento trata de provocar la realidad que está sucediendo.

—¿Estás pensando en Terence Spokane?

Volvió a encogerse de hombros el policía.

—¿Qué quieres que te diga? —interrogó a su vez. Añadiendo—: Pienso en todo el mundo y no pienso en nadie concretamente. De todas formas, Spokane desfilará por aquí mañana. Y todo el personal vinculado a la Worldfilms TV Productions.

—¿Cómo se llevaron la cama? —Disparó, de pronto, Brian Crawson.

Burt enarcó las cejas.

—¿Qué cama…?

—¡La del dormitorio de Sentha!

—¡Ah…, bueno! La cama… Sencillo, muchachote robusto. La desmontaron, metiéndola en el cuarto trastero. Y después, al montaje de la dantesca escenografía. En fin… Por qué no te vas a

casa a descansar, ¿eh, Brian?

Afirmó con la cabeza.

—Creo que me hace falta, sí.

—Ya te llamaré para que firmes tu declaración. Y si por aquellas cosas de la vida se te ocurre algo, piensas en algo que…

—Bien. Te lo digo al punto. Buenas… peores noches, Burt.

—Animo, peliculero. Ya vendrán tiempos mejores.

Brian Crawson, sin zafarse a su abatimiento, salió del precinto policial.

* * *

Estaba tirado encima de la cama.

Esforzándose por pensar.

Pero rechazaba hipótesis tras hipótesis, posibilidad tras posibilidad, por considerarlas todas absurdas, ilógicas.

Burt Lange lo había dicho: «Pero la vida no tiene lógica».

Con razones matemáticas estaba claro que no se solucionaba ningún proceso criminal.

Diabólico como aquél.

¿Quién…?

Terence Spokane, como todos los guionistas noveles, perseguía la fama y el éxito. La popularidad que lo catapultara, la popularidad precursora de suculentos contratos. Y había empezado siendo vilmente engañado. La reacción podía ser el odio, la venganza… Pero contra Trevor Hayden, no contra Curtis Forrester. Pero Curtis había estado grosero y ofensivo con él…

Spokane, además, había concebido un argumento en el que el propio guionista escenificaba realmente los crímenes escritos; en el que el propio guionista se convertía en… El protagonista del miedo.

Eran razones, ilógicas, quizá, pero razones. Como podían serlo las de Martin Wilcox, el más veterano del equipo de Forrester. Un jorobado que según Duncan Jarber, a causa de su desgracia física tenía agudizada cierta maldad interna. Retorcida maldad, como retorcida estaba su espalda. Son fulanos con mala leche… ¿Hasta el extremo de asesinar?

Brian Crawson se apretó ambas sienes con la palma de las manos. Como queriendo aplastar aquella enloquecedora maratón de pensamientos.

Pero su cerebro seguía elucubrando.

Lew Turner… también estaba él. El Weissmuller versus-82. Le había dicho aquella misma noche que tenía problemas, contratiempos familiares. Que Vaccaro le había concedido unas vacaciones para que dispusiera de tiempo para solventarlos. ¿Los problemas…? O el rompecabezas diabólico del que podía ser autor. ¿Podía?

¿Y por qué no Beatrice Harrier, despechada, furiosa, vengativa? Buscando ser amante de un hombre de posición y fama y viéndose marginada. Pero su odio no tenía que ver con Forrester… ¿o sí? Porque era *vox populi* que estaba liada con Curtis. ¿Y si él le había dicho: hasta aquí hemos llegado? Tú por tu camino y yo por el mío… Ella, enloquecida, desesperada al pasar balance de una juventud ofrecida a diario a un cincuentón que ahora se permitía el capricho de arrinconarla…

Le vino al pensamiento, filtrándose entre los otros muchos, una categórica aseveración de Duncan Jarber: El asesino es alguien de la productora. Hay que conocer muy bien todos los entresijos de esta casa para conseguir meter a una persona en la Doncella de Nuremberg.

Sí, tenía razón.

Duncan Jarber… él, como los demás, conocía bien los entresijos de aquella casa.

Duncan Jarber… su buen amigo.

Duncan Jarber… el primero que lo había felicitado cordialmente, de todo corazón, con honradez.

DUNCAN JARBER… no se le había ocurrido pensar en él, no.

—¡Maldita sea mi estampa! —Brincó del catre como si en el colchón hubiesen nacido, de pronto, unos muelles. Muelles que lo proyectaban hacia arriba. Estallando—: ¡Voy a volverme loco de verdad!

Entonces una mano pulsó el timbre de la puerta.

Corrió a abrir.

En el rellano vio el rostro sobresaltado, lívido, de Lorena Munro.

—¡Brian…!

—Pequeña… ¿Qué haces aquí a estas horas?

—¡Brian! —repitió. Echándose sobre el torso masculino, apretándose con fuerza, brindándole sus labios húmedos. Y luego—: ¿Cómo te sientes?

Entraron y Crawson cerró.

—Mal.

—Piper Kosty ha sido asesinada.

Brian echó la cabeza atrás como si acabara de recibir un mazazo en la frente. Abrió sus ojos negros con manifiesto sobresalto. Con expresividad entre absurda y dubitativa.

—Piper Kosty… ¡No es posible!

—Tengo un buen amigo en homicidios, Brian. Me acaba de llamar por teléfono hace media hora. El vecino del piso de arriba donde vivía esa mujer se comunicó con el precinto explicando que acababa de oír un grito estremecedor. Una aterradora llamada de auxilio. Ellos se han presentado en el lugar y de Piper sólo quedaban los huesos. La han bañado en ácido.

—¡Dios Santo…! —Y se fue contra una butaca doblándose encima de ella.

Lorena le siguió. Sentándose sobre sus rodillas acarició los cabellos pajizos del muchacho.

—Sé también lo de Sentha.

—¿Todo…?

—Sí. Pero no soy celosa. Tú y yo no teníamos firmado un contrato de amor en exclusiva. No lo tenemos… todavía.

Lo he sentido de veras por esa pobre muchacha, Brian…

—¿Qué?

—Tienes que hacer algo, muchacho.

Soltó una amarga carcajada.

—¿Algo…? Acabo de empezar y me están hundiendo. La película, mi trabajo… ¡Y pensar que en el argumento la morbosidad del propio guionista se convierte en todo un impacto comercial! Pero la realidad es muy distinta. Mañana hablaré con Vaccaro. Voy a poner mi cargo a su disposición.

Lorena saltó a tierra.

—¡Eso ni halar! ¿O es que vas a decepcionarme, Brian Crawson?

—¿Qué interés tienes tú en…?

—¡El que me otorga y concede estar enamorada de ti! —exclamó la bellísima periodista, interrumpiéndole. Y preguntó—: ¿Te parece poco?

—Me reconforta saber, ahora, que alguien me ama.

—¿Sólo porque es… ahora?

—Y porque eres tú, Lorena.

—Te deseo, Brian —dijo, llanamente.

—No tengo el ánimo predispuesto al amor, muñeca.

—Inténtalo…

La tomó en sus brazos empezando a besarla. Y conforme sus manos rodearon la cintura, subieron hacia los pechos firmes y se fueron apoderando de ellos, Brian recobró la vida, el optimismo, el deseo.

Rodaron por encima de la alfombra enzarzados en una incruenta batalla de besos, caricias, suspiros y éxtasis final.

Luego, ella preparó unos *whiskys*. Y saboreándolos, consumieron sendos pitillos.

—Piper Kosty tenía que interpretar precisamente la escena que correspondía al asesinato de la anciana Durand-Deacon —monologó Brian.

—Lo he supuesto por lo del baño de ácido. Era el siguiente crimen a rodar, ¿no?

—En efecto. ¿Por qué, Lorena, por qué?

—No tengo la respuesta, amor. Pero existe una razón. Tiene que existir. Quizá lo más impensado, lo más absurdo… o probablemente lo más retorcido.

—Lo más retorcido, desde luego. Son crímenes aberrantes…

—Muy propios de un enfermo mental o de alguien que odia mucho a alguien.

Crawson apuró el *whisky* restante de un solo trago.

—Dicen que la fe mueve montañas. Y el odio, ya lo ves… Ríos de sangre y horror. ¡Pobre Piper! Forrester le ofreció una oportunidad que yo he querido respetar… ¡y ya ves! No he hecho más que rubricar su sentencia de muerte.

Lorena respetó el silencio en que, de pronto y con interior recogimiento, parecía haberse sumido el muchacho.

—¡El cuarto crimen! —gritó, de repente, acompañando la exclamación estentórea de un salto.

—¡Brian…! ¿Qué sucede?

—El de Jack el Destripador. Le he ofrecido el papel de Mary Kelly a Jessica Powell… ¡la esposa de Jarber!

—¿Es actriz?

—Se retiró hace tiempo. Pero pensé en ella porque es una mujer

con fuerza y el papel requería de alguien con sus características. Ha aceptado complacida… ¡y la he puesto también en peligro!

—Díselo —apuntó la periodista.

—No, no… —negó, moviendo la cabeza—, Jessica podría pensar que se trata de otra cosa. De que su marido me ha hecho alguna insinuación. Podría crearles problemas llevado de mi buena intención. No. Hay… ¡hay que hacerlo de otra manera!

—¿Cómo?

—Protegiendo a Jessica al máximo. Día y noche si es preciso.

—Habla con tu amigo el teniente —sugirió, con toda lógica, Lorena.

—¡Ésos lo estropean todo, pequeña! El asesino…, los asesinos, porque son dos, olerían la presencia de los polis a la legua.

—¿Dos…? ¿Estás seguro?

—Me enfrenté con uno en el apartamento de Sentha y el otro me golpeó en la nuca. Dos, sí. ¡Lorena!

Casi la sobresaltó.

—¿Qué quieres que hagamos? —Tras el susto intuyó que él quería pedirle algo y de ahí su decidido interrogante.

—Actuaremos nosotros. Tú y yo. Los dos vamos a encargarnos de velar por la seguridad de Jessica. Sin que ella se alerte, por supuesto.

—¿Y si la productora decide suspender el rodaje de El protagonista del miedo, dadas las circunstancias?

—No… Atraviesan dificultades económicas y Trevor Hayden es capaz de permitir que maten a media humanidad antes de perder un centavo. Se han rodado ya dos bloques y ese celuloide y el dinero invertido no va a perderlo. La película seguirá adelante. —Bien. Lo haremos tú y yo.

—Y se me ocurre otra idea.

—¿Brillante, supongo?

—¿Te burlas?

—Trato de animarte —le sonrió ella. Apurando—: Venga esa idea, Brian.

—Mañana reuniré a todo el personal en los estudios para decirle que tras los últimos hechos criminales la policía está intensificando las pesquisas, y de ellas, ha surgido una pista firme. Que están tras los pasos del asesino… Que confidencialmente, mi amigo el teniente

Lange, me lo ha confesado. Y que yo, sin poder entrar en detalles, les apunto el razonamiento para que todos se sientan más seguros y protegidos.

—¿Qué esperas conseguir con eso, Brian?

—Poner nerviosos a esa pareja de sádicos criminales. Obligarles a progresar en sus sangrientos propósitos. Si mi teoría es cierta y la próxima víctima se concreta en la persona de Jessica Powell…

—Tú y yo jugaremos a Sherlock Holmes y la doctora Watson. Y nos jugaremos la vida también, claro.

—Claro. ¿Tienes miedo?

—No. Palabra que no. Pero pienso también que los asesinos quizá desistan al saber que la policía…

—¡Ni lo sueñes! Se han bañado ya en mucha sangre y siguen sedientos. Tratarán de llegar hasta el final. De consumar su diabólica escenografía. Desde esta misma mañana. Lorena, te pegarás a los talones de Jessica. Por la noche, te relevaré yo.

—¿No piensas en Duncan Jarber? Si por casualidad se percata de tu continuada presencia…

—Trabajo en el cine, ¿lo olvidas? Tengo cierto arte para la caracterización.

—¡Hombre! —exclamó la periodista con amplia sonrisa—. No había pensado en ese detalle.

—La necesidad, prenda, agudiza el ingenio. ¿Manos a la obra?

—Bien. ¿Dónde vive Jessica Powell?

—Espera… —Sacó del bolsillo interior de su chaqueta deportiva un pequeño bloc con cubiertas de plástico. Buscó la página que correspondía a la letra «J», jota de Jarber, y anunció—: 214 de California Avenue.

—¿Cómo estaremos en contacto, Brian?

—Me encontrarás, durante la mañana, en mi despacho de la productora…

—Al mediodía en casa de culo sinvergonzón… ¿Y por la noche?

—Nos reuniremos en los estudios porque siguiendo a Jessica llegarás hasta allí. Recuerda que los citaré a todos.

—¿No ibas a reunirlos por la mañana?

—Primero tengo que efectuar las llamadas, ¿no? La cita será a las siete.

¿De acuerdo, doctora Watson?

—De acuerdo. Ahora, al menos, me cabe la confianza de verte excitado, dispuesto a la victoria. Antes, casi me decepcionas…

—Pero luego… he quedado como un señor, ¿no?

—Pienso repetir cuando estés más tranquilo. Pero no ha estado nada mal, no.

—¡En marcha pues, Lorena! Salgamos de casa antes de Burt Lange me dé el coñazo por teléfono con las desgraciada muerte de Piper Kosty.

—Son las cuatro de la madrugada, Brian. ¿Por qué no vamos unas horas a mi apartamento?

—¿Quieres seducirme otra vez?

—Lo ansío…

—¡Vamos entonces!

TERCERA PARTE: La mezquina condición humana

Capítulo primero

CUANDO BRIAN Crawson salió del apartamento de Lorena, en Ohio Parkway, faltaban unos veinte minutos para las nueve de la mañana.

Se coló en un *snack* y a la trigueña pechugona y cariñosa que se apresuró a atenderle, le dijo que le sirviera un café.

—¡Marchando una crema! —exclamó ella, a su compañera la que se hallaba junto a la Gaggia. Y mirando al muchacho, sonriendo, dulce la voz, le preguntó—: ¿Problemas, amigo?

Brian la miró, devolviéndole la sonrisa. Más que curiosidad, había solicitud en la pregunta de la chica. Como si quisiera tratar de ayudarle.

—Siempre los hay en la vida, prenda.

—¿En vías de solución al menos?

—Eso espero, guapa.

—Aquí está el café —dijo la otra *bargirl*. Añadiendo picara—: No lo acapares, Mary. En cuanto cae por aquí un tipo atractivo te estás partiendo el culo por darle palique.

—¡Oye, prenda! Es que quieres marcha, ¿eh?

—Yo no me pego por ningún hombre, sosa. Eso queda para las que no os coméis un rosco. Yo… —La colega de Mary era una treintena bragada con más tiros pegados que los marines en el Vietnam. Hizo un gesto característico juntando todos los dedos de la mano, en cúspide, por las yemas—, querida, los tengo así.

Brian apuró el café, dejó unas monedas sobre el mostrador y salió del lugar con premura. No porque ellas se estuviesen tirando los trastos sino porque tenía algo muy importante en que pensar.

Tomó asiento en un banco de piedra situado en el centro de aquel paseo florido, fragante, con profusión de arbolado, disponiéndose a concretar la idea que, de repente, casi con violencia, había estallado en su cerebro como una luz intensa y

cegadora, como una tabla de madera en medio de la tormenta, mientras se hallaba en casa de la hermosa periodista.

No le había dicho nada a Lorena.

Porque no quería complicarle más la vida ni hacerle correr más riesgos de los estrictamente imprescindibles.

La idea, el pensamiento… En el dormitorio de Sentha Donovan, un catafalco, con su féretro y sus candelabros, con sus velos y demás aditamentos mortuorios, había venido a sustituir la cama que, según le explicara el policía, había sido desmontada y metida en el trastero.

Brian razonó, llevaba rato razonando, el hecho de que nadie andaba por el mundo con un ataúd, candelabros y cirios a cuestas. Ésos eran artículos muy peculiares, muy característicos, muy especiales… que se empleaban en circunstancias muy determinadas y que se encargaban de suministrar unos establecimientos especializados en la materia.

Las compañías de pompas fúnebres.

O sea, que el féretro, los candelabros y los cirios, trapos mortuorios aparte, empleados en la demencial y sangrienta coreografía escenificada en el dormitorio de Sentha Donovan… habían salido de una funeraria.

Era una pista.

Una pista que estaba dispuesto a seguir hasta el final, hasta la extenuación. Se recorrería una por una todas las funerarias de Los Ángeles y Santa Mónica.

O sea, que en todo el día posiblemente, no podría aparecer por su despacho en las dependencias administrativas de la Worldfilms TV Productions.

¿Y si Lorena necesitaba ponerse en contacto con él para comunicarle cualquier novedad? Le había dicho a la periodista que por la mañana podría localizarle en… Consultó el reloj: ya pasaban cinco minutos de las nueve.

Se metió en la primera cabina telefónica que le salió al paso, introdujo unas monedas en la ranura y giró el dial marcando el número de la productora.

Segundos después escuchó la voz nítida de Beatrice, diciendo:

—Worldfilms TV Productions. ¡Buenos días! Habla usted con la oficina del señor… —¡Beatrice! ¡Beatrice! Soy yo, Crawson.

—¡Ah…! —exclamó la otra con cierto asombro—. ¿Dígame, señor Crawson?

Seguía en la fría línea que entre ambos había quedado establecida anteriormente.

—¿Quiere tomar nota, por favor? —empleó el usted también, como complacido en mantener las distancias.

—Sí. Dígame.

—Contacte con Duncan Jarber y su esposa Jessica Powell, con Martin Wilcox, Lew Turner… a Turner haga un esfuerzo por localizarle ya que ayer me dijo que se iba a tomar unos días de descanso. ¿Me sigue, Beatrice?

—Sí, sí…

—Con Terence Spokane también y todos los actores y actrices de nuestra plantilla…

—A acepción hecha… —interrumpióle con extraña mordacidad Beatrice Harrier. Añadiendo tras una pausa intencionada, densa—: A excepción de Piper Kosty y de su script Sentha Donovan. No creo que donde se encuentran…

—Una morbosidad extemporánea por su parte, ¿no cree, Beatrice? Y… ¿cómo está enterada de…?

—¡No las maté yo, señor Crawson, si es eso lo que está pensando! —exclamó la resabiada señorita Harrier desde la otra punta del cable. Insistiendo—: Porque usted es muy capaz de pensar…

—¡Cállese de una puñetera vez, estúpida! —Bramó Crawson, indignado, queriendo meterse dentro del auricular—. Otro comentario absurdo y la pongo a usted en la puta calle, ahora… ¡ya! ¿Me oye bien, Beatrice Harrier?

Esta vez, la secretaria administrativa, se achantó.

Repuso, dócil. Casi conciliadora:

—Sí, sí, señor Crawson. Y disculpe.

—Bien… —Siguió el director realizador de la Worldfilms TV Productions—, comunique a todas esas personas que esta tarde, a las siete, me reuniré con todos ellos en los estudios de la productora a fin y efecto de ponerles al corriente de los hechos sucedidos en las últimas horas y de las novedades relacionadas con los mismos. Ponga en antecedentes de esta reunión a los señores Hayden y Vaccaro por si quieren asistir. ¡Ah, Beatrice, una última cosa!

—¿Sí…?

—En caso de que durante la mañana me telefonee la señorita Munro de Los Ángeles Herald, dígale que podrá localizarme, entre dos y tres, en el Samoa. ¿Ha quedado todo claro, Beatrice?

—Perfecto, señor Crawson.

Brian colgó a tirón seguido saliendo de la cabina.

Buscó otro bar procurando que estuviese atendido por camareros y una vez en la barra, se hizo servir otro café pidiéndole al tipo que le atendía el tomo telefónico alfabético número dos.

—Ahora mismo se lo traigo.

Y lo hizo, juntamente con una taza de humeante y cremoso café.

Brian Crawson, pacientemente, con islámica cachaza, fue anotando una por una las direcciones de las empresas de pompas fúnebres, con sus correspondientes números de teléfono.

Y diez minutos después se lanzaba a la calle.

A la aventura. Al riesgo de perder un puñado de horas o quizá, quizá… de hallar el hilo conexo que le condujera hasta un macabro asesino que estaba inundando con un diluvio de sangre y terror el entorno de la Worldfilms.

Tres crímenes a cual más horrible, más nefando, jalonaban la carrera, hasta aquel instante, de un perturbado mental o de alguien que, como dijera Lorena, odiaba mucho a alguien.

Todo eran conjeturas, cábalas, hipótesis…

Tenía que seguir, hasta el fin, aquella débil pista que podía dejar en realidad lo que ahora eran, sí, cábalas, hipótesis y conjeturas.

Y así, a las once se había recorrido ya cinco establecimientos funerarios sin que sus gestiones, sus pesquisas e interrogantes, se hubiesen visto compensadas con el más débil rayo de claridad.

Respuesta tras respuesta, negativa.

Se disponía a empujar la puerta cristalera del objetivo señalado con el número seis cuando al unísono, alguien abrió desde dentro, y quien salía y el que entraba, se dieron prácticamente de bruces.

—¡Oh…! Usted perdone. Iba…

—He sido yo el que…

Ambos enmudecieron, de súbito, poniendo coto seco a sus excusas.

Por el asombro que acababa de producirles el reconocerse.

Brian Crawson… miró con intensa fijeza, con penetrante

profundidad, con pupilas inquisidoras, la figura estirada y fúnebre de… Terence Spokane.

El guionista se quedó prendido, con la boca abierta, observando también la expresión más que sorprendida, alertada, del director realizador.

—¡Caramba…, señor Crawson! Qué casualidad, ¿eh?

—Si… El mundo es un pañuelo. ¿Se le ha muerto alguien, Spokane?

—¡Qué macabro está usted por la mañana, Crawson!

—Corre mucha gente macabra por la vida, Spokane.

—No entiendo…

—Me extraña verle salir de una funeraria.

—También podría sorprenderme yo de verle entrar, ¿no?

—Un diálogo muy absurdo el nuestro, ¿le parece? ¿Qué se le ha perdido a usted por aquí?

Spokane se puso más tieso que de hábito. Envarado diríase.

—Nada hay, ninguna razón, que me obligue a responder a su pregunta… máxime cuando lleva implícita, más que sospecha, una acusación casi flagrante. Pero como usted, señor Crawson, ha sido la única persona de la Worldfilms TV Productions que se ha portado conmigo correcta y humanamente, le contestaré.

—¿Y bien?

—Estoy escribiendo un nuevo guión de terror. Y he venido aquí en busca de un catálogo de ataúdes y explicaciones de cómo prestan los servicios mortuorios. Me gusta ser real en mis escritos y procuro documentarme en fuentes veraces. ¿Le satisface la respuesta, señor Crawson?

Inclinó la cabeza con pesadumbre.

—Me temo que no he sido correcto, Spokane. Lo siento. —Tranquilo, Crawson. He leído los periódicos de la mañana y comprendo perfectamente su estado de ánimo. Daría lo que fuera por ayudarle. Y por ayudarme. Todo lo que está sucediendo no nos beneficia en nada ni a usted, ni a mí, ni a la productora.

—¿Traen los periódicos lo de Piper Kosty?

Afirmó Spokane contundente.

—Con exultante morbo. La prensa en este país no desperdicia la menor oportunidad…

—Spokane —le cortó el director realizador—, esta mañana mi

secretaria contactará con usted. Para hablar de todo esto que está sucediendo y de ciertos avances policiales en las investigaciones, nos reuniremos todos en los estudios de la Worldfilms, esta tarde, a las siete.

—Allí estaré.

—Bien. Hasta luego pues.

—Hasta luego, Crawson.

Brian se metió dentro del establecimiento y cosechó, tras sus interrogantes de ritual, el sexto fracaso.

Empezaba a desanimarse.

Consultó la relación que había ido numerando por proximidad geográfica, para aprovechar mejor el tiempo y limitar la distancia en los desplazamientos.

El séptimo lugar le correspondía a la Mortuary Khight.

En veinte minutos estaba en el vestíbulo de la empresa.

Le atendió el señor Khight personalmente.

—Buenos días, caballero. ¿Debo acompañarle en el sentimiento o se trata simplemente de una consulta?

El fulano se lo sabía de memoria. Como un actor. Era lo suyo, claro.

Tenía pinta de lechuza asustada, con unos ojos claros muy grandes y unas órbitas muy abiertas. Su tez era láctea, la piel se adhería a los huesos, le crujían los huesos al moverse, y daba la sensación de que mojándolo en agua y aplastándolo contra la pared podía quedar pegado como una calcomanía.

Muy puesto en lo suyo, de todas formas, el señor Khight.

—Es una consulta. Si no le hago perder su tiempo…

—¡Oh, por favor, no diga eso! —Alzó ambos y esqueléticos brazos al techo—. ¡Por favor! Yo estoy aquí para servir al público y a los muertos del público… bueno, a los muertos más bien me limito a dignificar su postrer viaje al Más Allá. Triste, pero necesario, ¿comprende? Bien. Entonces, ¿en qué puedo servirle, señor…?

—Crawson. Brian Crawson. Verá, se trata de un problema más que de una consulta…

—¡Adelante, adelante! —le animó el aplomado funerario—. Le escucho, le escucho…

—A una amiga mía le gastaron ayer una broma muy pesada.

—¿De veras…? —Abrió todavía más sus ojos de lechuza Apuntando interrogante—: ¿Relacionada quizá con artículos funerarios?

—¡Es usted un lince, señor! —Aplaudió Crawson. Siguiendo—: Desmontaron la cama de su dormitorio, la escondieron, y en su lugar montaron un siniestro catafalco. Ataúd, candelabros, cirios… Usted ya sabe, es del oficio. La chica se llevó un susto de muerte porque su corazón no anda muy ortodoxo. Me lo ha contado por teléfono esta madrugada y yo, la verdad, quiero ayudarla. Devolverle la pelota al gracioso que…

Leonard Khight, que le había escuchado con expectante atención, abiertos los ojos por supuesto, abrió también los labios… y Crawson esperó escuchar, por séptima vez, el habitual: «No puedo ayudarle, lo siento. Nadie se ha dirigido en las últimas horas a esta casa solicitando…». Pero el de la funeraria no dijo eso, no. Dijo:

—Bueno… la cosa no es así como usted me la cuenta, pero creo que puede estar relacionada.

A Brian estuvo a punto de estallarle el corazón contra el pecho y astillarle los pulmones. Hizo un esfuerzo por dominar su tensión, su nerviosismo, inquiriendo:

—¿Cómo…, cómo sucedió entonces?

—Ayer mañana vino una mujer muy guapa contándome una historia rara. Me quedé tan tranquilo porque estoy acostumbrado a escuchar lo más insólito, ¿sabe? —Sin esperar respuesta, siguió Khight—: Me dijo que a ella le encantaban las bromas macabras, que era muy morbosa… ¡me lo dijo así, por la cara! Y es que las mujeres hoy en día… Bueno, a lo que iba. Me explicó que pretendía gastarle una soberana putada… ¡así como se lo digo, oiga! ¡Me lo dijo así! Textual: soberana putada… —Crawson estaba nervioso ante la retórica detallista del otro y el funerario, aunque captó el sentimiento, no alteró por ello su explícita terminología. Disfrutaba charlando. Era su oficio, claro. Y continuó—: Le pregunté, en su mismo léxico, en qué consistía la soberana putada que había cruzado por su mente morbosa. Y repuso que aquella noche, ese amigo, iría a cenar al apartamento de ella con la malsana idea de meterse luego en su cama… y que en lugar de la cama, pues eso, el catafalco a que usted se refería. Me pidió precio y se lo di. Ni se inmutó por la cuantía y me contestó que trato hecho. Pero que yo

corría con los gastos del transporte. Accedí…

—¿Podría describirme a esa mujer?

—¡Hombre…! Me las como con la vista. Cuando uno llega a mi edad tiene que conformarse con mirar. Lo otro, muy de tarde en tarde. ¡Je, je, je, je! Pero he corrido lo mío, no se crea. ¡Que me quiten lo bailado!, ¿eh? ¿La chica me preguntaba? ¡De fábula! Era…

Inició una descripción completa y detalladísima de físico y vestuario.

Una descripción que encajaba perfectamente con… ¡Sentha Donovan!

Brian Crawson se quedó atónito. ¡Era imposible! Sentha no había podido…

—Lo único que no me gustó de esa mujer es que llevaba zapato plano. Sin apenas tacón. Y eso, si no las tienen muy bonitas, afea las piernas de las mujeres. Donde esté un tacón alto y delgado…

—Zapatos planos… —murmuró Crawson—, ¡Sentha siempre iba con tacones! Nunca recuerdo haberla visto…

—¿Cómo dice, señor Crawson?

—¡No, nada! Estaba pensando en voz alta. ¿Le dio ella su nombre?

—Claro, claro. Para extenderle la factura. Espere que se lo digo enseguida —abrió un cajón situado en el centro del mostrador y lo fue hojeando hasta llegar a la página apetecida. Exclamando—: ¡Aquí está! Sentha Donovan, 703 de Omnibus Street.

En la cabeza de Brian se apelotonaban ideas y pensamientos. Una luz débil pugnaba por destrozar las tinieblas sin conseguirlo por el momento. Y de pronto, como si aquella energía eléctrica que generaba algún rincón de su cerebro estallase incontenible, a raudales, casi gritó:

—¡Oiga, señor Khight!

El propietario de la funeraria se sobresaltó. Y sus ojos de lechuza se fueron más adelante todavía.

—¿Sí…? ¿Ocurre algo malo?

—No, no. Disculpe mi exaltación. Es que a veces soy excesivamente temperamental. Señor Khight… ¿sería usted capaz de reconocer la voz de esa mujer?

El otro se mordió el labio inferior.

—Hombre… sí. Es posible que sí. Su registro está reciente en mi

oído. Aunque puedo confundirme, desde luego.

—¿Quiere hacerme el favor de probarlo?

—¿Cómo…?

—Yo le voy a dar números de teléfono y usted, cuando la persona descuelgue, le dice… le dice por ejemplo que es el locutor del canal V de la Californian Cadena PanAmerican y que la llama para una encuesta sobre los derechos de la mujer… A ver si así puede reconocer a la chica que estuvo aquí, con su macabra petición.

—La suya no es macabra, amigo, pero la supera en originalidad. ¡Pero usted me cae bien y voy a colaborar! De acuerdo, sí. Espere… voy a cerrar la puerta y pasaremos a mi despacho. Así, nadie nos interrumpirá.

—Nunca podré pagarle su amabilidad, señor Khight.

—¡Hombre…! Déjele dicho a su mujer que cuando usted se muera ella pase por aquí. Crawson, por primera vez en muchas horas, rió a gusto.

Capítulo II

BRIAN CRAWSON apareció en los estudios de la Worldfilms TV Productions para presidir la reunión por él mismo convocada, no exultante de optimismo, no grandilocuente y exagerado, pero sí con una templanza y serenidad que tranquilizó bastante los excitados ánimos de quienes le escuchaban.

Fue un Brian Crawson moderado el que les habló. Pero un Brian Crawson que se acercaba mucho, de nuevo, el hombre dinámico, emprendedor, jovial y deportivo, que todos conocían.

Y admiraban.

Breve fue su parlamento, pues ya empezó diciéndoles que aquello no era un discurso, porque no estaban para discursos los tiempos, sino un sucinto repaso a los trágicos hechos que habían circundado a la productora y a personas muy vinculadas a ella, triste y trágicamente asesinadas.

Dijo, en un momento determinado de su elocuencia:

—En contra de lo que algunos de puertas para afuera puedan suponer, estos horribles crímenes que se han producido, en nada nos benefician. En nada. Ni a nosotros como personas más o menos populares ni a la Worldfilms TV Productions. No nos vale, y me queman los labios al decirlo, de publicidad. ¡Nadie puede admitir semejante vesania como campaña publicitaria! Una cosa es que el guión relatado por el señor Spokane y corregido por nuestro equipo ofrezca en la vida ficticia del celuloide unos hechos que se autopropulsan por el sadismo de un diabólico demente, y otra que en la realidad alguien quiera admitir que alguno de nosotros asesine brutalmente para vender un film; más concretamente: El protagonista del miedo.

»Pienso que ninguno de nosotros, de quienes aquí nos hallamos, es capaz de sin igual felonía para llevar al mercado con garantías de venta una película. Somos profesionales de probada capacidad, con

inteligencia y recursos suficientes, para conseguir como hasta hoy, que nuestros productos tengan la aceptación comercial necesaria para que la Worldfilms siga ocupando en el *ranking* del cine y la televisión el lugar que a pulso se ha ganado… que todos hemos contribuido a que ganara…

Y minutos después, finalizando ya, añadió:

—Para tranquilidad de todos puedo asegurar que la policía, que es mucho más eficaz en sus gestiones de lo que algunos imaginan, que emplea y aplica todos sus recursos en el pronto esclarecimiento de circunstancias tan horrendas como la que ahora nos ocupa, ha hilvanado ya una hipótesis extraordinariamente verosímil y se halla a un paso de desenmascarar al criminal. Quizá es, sólo, cuestión de horas. Y entonces podremos desterrar el terror de nuestras mentes y dedicarnos con tranquilidad y entereza a nuestro trabajo. ¡Ah!, y quede bien claro que ese diabólico asesino no conseguirá sus propósitos si éstos eran sabotear el rodaje del film, porque El protagonista del miedo se rodará hasta su última secuencia. Amigos, compañeros, todo esto es lo que quería deciros y la razón por la que os he reunido aquí. Mañana por la tarde reanudaremos nuestro trabajo.

Los ánimos no estaban para aplausos, pero más de uno se quedó con ganas de ovacionar la estilista arenga, la acertada locuacidad de Brian Crawson, que a muchos había sorprendido gratamente en aquélla su desconocida faceta de orador.

Saludos, despedidas, palabras entre ellos de confianza…

Ya en el vestíbulo, Duncan Jarber, se acercó, en un aparte y acompañado de su esposa Jessica a Brian.

Diciéndole:

—De fábula, muchachos. Pero… —titubeó, antes de preguntar—: Dime… ¿es verdad eso de que la policía tiene una pista firme?

Movió la cabeza afirmativo. Y largó el monosílabo:

—Sí.

—¡Pues lo celebro al máximo!

—Me sé el papel de memoria, Brian —le sonrió Jessica, acercándosele demasiado, sin que la coartara la presencia de su marido—. ¡Si es que puedo rodarlo!

—Podrás, Jessica, podrás. ¿Tan pesimista eres?

—Bueno… —sonrió la hermosa hembra—. Tus palabras me han

traído la tranquilidad que me faltaba. Pero es que… ¡lo de Sentha ha sido terrible! Y la pobre Piper… ¡eso acaba con la moral del más pintado!

—Te aseguro, como acabo de decirle a Duncan, que la policía me ha garantizado que es cuestión de horas. Un par de días máximo. Están estrechando el cerco…

—Pero ¿suponen con exactitud quién es el asesino? —terció Duncan.

—Creo que sí.

—¿Por qué no lo detienen entonces? —Fue la lógica pregunta de Jessica.

—Me imagino que por falta de evidencias concretas. Las pruebas circunstanciales no son válidas jurídicamente.

—¿Esperan atraparlo asesinando a otra persona? —interrogó de nuevo Duncan Jarber.

Brian Crawson ensayó un ambiguo encogimiento de hombros.

—No me han dicho tanto, colega. Pero pienso una cosa… aunque eso es de mi cosecha, ¿eh? Entiendo que piensan tenderle una trampa.

—Eso sale bien en novelas y películas, pero en la realidad… —Se mostró escéptico Jarber. Agregando—: Me parece muy infantil por parte de la policía fiarlo todo a una trampa. Ese criminal ha demostrado una astucia y unos sistemas, no sólo terroríficos, sino casi metódicos. ¿Tú crees que pueden cazarlo así, Brian?

—Si ellos lo dicen… ¿Quién soy yo para enmendarles la plana?

—Puede que tangas razón —se encogió también de hombros su interlocutor—. Doctores tiene la Iglesia…

—Yo os dejo —anunció Jessica. Y dirigiéndose concretamente a su marido, puntualizó—: Me voy a la reunión de la beneficencia, Dun. Hoy me toca escuchar discursos… ¡Oh, Brian, perdona! No quería decir…

—Tranquila, mujer, te entiendo.

—No llegues muy tarde, ¿eh, Jessica? Tal como están las cosas no estaré tranquilo hasta que te vea en casa.

—Sé cuidarme, Dun. Acuéstate, no me esperes levantado. Annie Aaks cuando se lía a enumerar tragedias, injusticias, listas facilitadas por Amnesty International, se olvida de que el reloj sigue corriendo.

—Pues ponle doscientos dólares sobre la mesa petitoria y lárgate.

—¡Dun… por favor! No sería correcto.

—El que os dejo soy yo, pareja —intervino Crawson—. Necesito descansar. Palabra que me siento agotado. ¡Hasta mañana!

Jessica, sin preocuparle la presencia de su marido, ofreció las mejillas a Brian y éste, sin problemas tampoco, las besó.

Alejándose de inmediato hacia la puerta del vestíbulo.

Capítulo III

LORENA MUNRO, muy hermosa ella…

Muy pelirroja ella…

Muy exquisita y deseable toda ella…

Tenía un cabreo en do mayor sostenido y aguantado que le hacía echar lumbre por sus preciosos y grandes ojos que parecían arrancados de la inmensidad de los océanos. Taconeaba.

Medio oculta entre las sombras que cubrían la amplia zona de aparcamiento abierta frente a los estudios de la Worldfilms TV Productions y reservada estrictamente al personal de la productora… medio oculta, decíamos, taconeaba impaciente.

Cabreada.

Con furibundo coraje impresionado en sus pupilas de color mar en horas de temporal. Puso los brazos en jarras cuando le vio venir.

Brian quiso besarla, en los dulces y carnosos morritos, pero la enfadadísima periodista dijo que nones.

Y de no dominar su mosqueo hubiera dicho alguna cosa gruesa.

—¿Qué te pasa, pequeña?

—¿Y tienes el valor, el atrevimiento y el cinismo de preguntármelo?

—¡Vale, muchacha, vale! ¿Qué mosca te ha picado?

—¡Brian, Brian…! —Hubo de dominarse de nuevo por aquello de no decir groserías, cosas feotas y malsonantes que no estaban bien en una boquita hecha para besar, sólo para besar y no para decir tacos, como la boquita que poseía Lorena. Preguntó—: Dónde estabas esta mañana, ¿eh? ¡Si puede saberse, claro!

—Colapsando a nuestros criminales.

—¿Cachondeo encima, director?

—Te hablo seriamente, Lorena… tengo prácticamente la última pieza del diabólico *puzzle* en las manos. ¿No te parece suficiente justificación?

—Hummm… ¡Pues yo tengo otra pieza clave! ¿Qué te parece, eh, Sherlock Holmes?

—De maravilla. ¿Me lo cuentas?

—Esta mañana…

No completó la frase porque la boca de Brian silenció la de ella con un beso espectacular, pleno, arrollador, que era digno de ser filmado. Lorena hubo de respirar el propio aire del muchacho, y a fe que lo hizo con satisfecha fruición, para no asfixiarse. Los pulmones de ambos se henchían por la carencia de aire, pero apuraban, avarientos los dos, la caricia.

Después, respiraron agitadamente. Los pechos de Lorena cabalgaban, locos, estrellándose con el atlético torso masculino, comunicándole su cálida corriente de pasión, contagiándole su ardor lúbrico.

—Te deseo, muñeca…

—Esta mañana —hizo como que ignoraba la tentadora sugerencia—, Jessica ha salido de su domicilio en un par de ocasiones. La primera para ir a la peluquería…

—Ya he visto que iba muy bien peinada, sí.

—¡Gracioso! —exclamó Lorena. Prosiguiendo—: No he observado nada anormal a su alrededor, no he visto a nadie que la siguiera o cosa por el estilo… al menos en principio. Ha regresado a su domicilio bajando como media hora después para acudir a un supermercado cercano. Allí sí, allí he podido observar la presencia de un tipo que se movía cerca de Jessica, que merodeaba en su entorno sin perderla de vista. Entonces he recordado que su cara la había visto poco antes en los aledaños de la peluquería. Un tipo siniestro, de facciones hoscas, contrahecho…

—¿Jorobado? —se excitó Brian en la pregunta.

—Sí…, jorobado.

—¡Martin Wilcox! ¡Wilcox! Él es el cómplice… ¡Wilcox!

—¿El cómplice… de quién?

—Del que ha ideado, escenificado y consumado esa pesadilla de terror que nos ha rodeado a todos cuantos estamos vinculados a la Worldfilms ya El protagonista del miedo.

—Da la sensación de que conoces su identidad, Brian.

—Creo…, creo conocerla.

—¡Brian, por Dios! No me tengas en ascuas. ¿Quién…?

Pronunció un nombre. Un nombre con su correspondiente apellido.

Y Lorena Munro se quedó pasmada.

Atónita.

Como negándose a creer lo que acababa de oír.

—Brian…

—Es así, pequeña. No le des más vueltas. Y ahora, por favor, sigue con tu narración.

—Es que no logro hacerme a la idea… ¡Suena imposible! Bueno… Como te decía he visto a ese tipo observando con mucha atención a Jessica y daba la impresión, incluso, de controlar sus movimientos y posturas igual que si con el pensamiento le estuviese tomando medidas para el ataúd. Pero claro… Bueno, he pensado que tenía que ser forzosamente uno de los criminales, o al menos, tener importante vinculación con ellos. Pero al llegar esta noche aquí, justo cuando yo me disponía a aparcar, le he visto salir de un coche, aquél… —extendió el índice sobre un Chevrolet negro—, y las pocas dudas que me quedaban se han disipado por entero. Se me ha ocurrido una cosa entonces… —Registrar su auto, ¿no?

—¡Jolines con el Sherlock Holmes! Exacto, guaperas. He aparcado el mío a su vera porque por fortuna había espacio y procurando no ser vista y tras asegurarme de que el vigilante permanecía en su garita leyendo una novela…

—¿Has encontrado algo importante, prenda?

—No me dejas lucirme, ¿eh?

—El tiempo apremia…

—En la guantera unos guantes negros, lógica redundancia… y una mascarilla de látex reproduciendo un rostro terrorífico. Un estuche con unas lentillas de vivo color rojo…

—¡Ahí viene Wilcox, Lorena! —explotó, de pronto, Brian. Añadiendo—: ¡Vamos dentro de tu auto! ¡Deprisa!

Y casi la empujó con violencia.

Se tendieron uno en el asiento delantero y ella en el posterior, hasta que Martin Wilcox se hubo metido en su Chevrolet y lo puso en marcha. Brian se encaramó al volante del de Lorena.

—¿Dónde vamos, guaperas?

—Tras él, prenda.

* * *

—¿Y ahora?

—Tú le vas a llamar por teléfono, Lorena. Necesito que lo entretengas mientras yo fuerzo la cerradura de su piso.

—Dame el número.

Brian buscó su agenda y recitó las cifras que ella fue anotando en el filo de la hoja de un periódico.

—Dame seis minutos de tiempo, ¿eh? Transcurridos ellos, telefoneas.

—Bien. ¡Brian…!

—¿Sí? —inquirió el muchacho, mientras ambos descendían del vehículo.

—Te lo suplico. No corras riesgos. ¿Por qué no avisas a tu amigo el teniente Lange?

—Todavía no me conoces bien, ¿verdad, Lorena?

—Más de lo que tú te imaginas. Por eso precisamente…

—Es asunto mío. Del todo mío, Lorena.

—Nunca hasta hoy había conocido un hombre que me interesara, Brian. Un tipo que reuniera todas las cualidades que yo ambicionaba en el que hubiese de ser para mí. A veces pensaba que era utópico, ¿sabes?, Que ese príncipe azul, amarillo o lo que fuera, no existía. Después de comprobar que sí existe, el pánico a perderlo no tiene parangón. Espero que me comprendas. No pisa la faz de la tierra bicho más ambicioso e interesado que una mujer cuando está locamente enamorada. Te lo digo así, sin rubor en las mejillas. La verdad nunca me ha hecho salir los colores. ¿Me comprendes, Brian?

—Hago algo más que eso, Lorena. Te correspondo ciegamente. Pero no vayas a pensar que el amor que te profeso, inesperado y fuerte, fuerte como suele ser todo lo que llega de pronto, va a cambiar mi personalidad. Es cuestión mía y a ella voy. Seis minutos…

Rozó la boca de la periodista y cruzó la calzada en rápidas zancadas colándose en el portal que lucía el número 538 de aquella avenida.

—¡Suerte…!

—¡Por favor, señorita! No insista. Ya le he dicho que aquí no vive ningún Guy Harvers. ¿Cómo…?

—Mire, señorita, lamento decirle que ese tipo le ha tomado el

pelo.

—¡Será todo lo amigo suyo que usted quiera, pero se ha burlado! Yo me llamo Martin Wilcox y llevo siete años viviendo en este piso.

—¡No sea testaruda! ¿Que yo estoy…? ¡Oiga, oiga! ¡No me presto a esa clase de charlotadas!

—Pero te prestas a amar colaborando con un criminal diabólico, ¿verdad, Martin Wilcox?

El auricular se le cayó de las manos impactando en tierra y balanceándose casi siniestramente.

Pálido.

Mudo de asombro.

Fue, muy despacio, con trémula lentitud, girando la cabeza.

—¡Bri… an! ¿Cómo… cómo has entrado en mi casa?

—Por la puerta, canalla. He venido para que me felicites, Martin. Eres el único que no lo ha hecho.

El auricular seguía moviéndose como un extraño péndulo.

—No… No he tenido ocasión…

—Claro —sonrió Brian Crawson con expresión gélida—, entiendo. Andas muy ocupado derramando sangre por ahí, ¿verdad? Aún me duele el golpe que me propinaste anoche, en la nuca, en el dormitorio de la desgraciada Sentha.

El jorobado presentaba en sus facciones torcidas, aviesas, la lividez cadavérica de la muerte.

—Esto… —balbució, trémula la barbilla—. No entiendo nada. No sé de qué me estás hablando.

La sonrisa que floreció ahora en labios de Crawson erizó los cabellos de Wilcox. Como un gato cuando veía un perro. Y la joroba ya la tenía él de nacimiento por lo que la expresión cuadraba al dedillo.

—Te hablo de un hombre llamado Forrester que fue masacrado dentro de la Doncella de Nuremberg, de una chica llamada Donovan que fue acuchillada en la garganta bestialmente, de una mujer de apellido Kosty que se bañó horriblemente en vitriolo… te hablo de un perturbado mental que se llama Martin Wilcox que ha secundado al diabólico cerebro que concibió tan dantesca atrocidad. ¿Por qué, Wilcox, por qué?

Apretó los labios.

Iniciando un torpe retroceso al compás de los pasos de Brian que

le iban acercando a él.

—¿Quién es él, Wilcox?

—¡No sé de qué me hablas!

Saltó adelante. Y su puño derecho, demoledor, se estrelló en las ruines facciones del jorobado astillándole la nariz y partiéndole los labios. Su cara se trocó en un amasijo de sangre.

—Quiero un nombre, Martin Wilcox…

Con ambas manos trataba baldíamente de contener, restañar la roja catarata de viscoso fluido que brotaba tormentosa de su destrozada nariz y agrietados labios.

—El nombre…

Le pegó una violenta patada en la boca del estómago que convirtió al jorobado en un ovillo de carne, que le obligó a encogerse, retorciéndose como una alimaña.

Graznó algo que exteriorizaba el tremendo dolor.

Y las manos, ensangrentadas, bajaron a la otra parte castigada, apretándose como un supuesto analgésico.

—El nombre, Wilcox, el nombre…

Y metódico, contumaz, sin piedad, Brian le machacó el ya desfigurado rostro con un tremebundo uno dos que condenó definitivamente a Martin Wilcox a ser un engendro de la natura por algo más que su joroba.

Lo había alzado del suelo y estrellado en la amplia cristalera, astillándola en fragmentos, que asomaba a la escalera de emergencia.

Ahora, aunque hubiese querido, no podía articular ni un gemido.

Y menos cuando, al comenzar a doblarse otra vez…

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Sonaron los tres taponazos.

—¡Maldita sea…! —bramó Brian.

Entendiendo lo que significaban los taponazos, el triple descorche de supuestas botellas de *champagne*.

Wilcox casi se le vio encima por la fuerza violenta de los proyectiles que se le habían clavado en la espalda, mortal y sucesivamente, enviándolo por los aires, casi, sobre Crawson.

Lo apartó de un empellón echando a correr hacia el ventanal.

Asomó.

El sigiloso taconeo ya se perdía por los peldaños inferiores de la

escalera de incendios. Iniciar la persecución era absurdo. El asesino le llevaba notable ventaja. Pasando por encima del cadáver arrugado y sanguinolento de Martin Wilcox se fue hacia la puerta que había forzado para introducirse en la casa subrepticiamente.

Sin que su rostro exhibiera una excesiva preocupación a causa del momentáneo fracaso. Lorena le aguardaba ansiosa.

—¿Cómo ha ido, Brian?

—Mal.

—¿No has conseguido que…?

—Está muerto.

—¿Muerto…? ¿Cómo?

—Los muertos sólo están de una manera, prenda —sonrió. Explicándole acto seguido como se habían desarrollado los hechos. Y dijo—: Vas a hacer otra llamada, bonita de cara.

—¿A quién?

—Duncan Jarber.

—¿A estas horas, Brian?

—Mañana por la mañana no serviría…

—¡No hace falta que seas tan mordaz!, ¿eh? ¿Qué le digo?

—Invéntate lo que sea, lo dejo a tu albedrío. Pero sácale de casa y mantenlo alejado como un par de horas o algo así. Puedes decirle que sabes algo muy importante con relación a los crímenes, que has intentado ponerte en contacto conmigo y no lo has conseguido, que tienes miedo porque el asesino… etc. etc.

—Vale. Lo intentaré.

—Tienes que conseguirlo, prenda. Aquí no basta con la intención, ¿está claro?

—Bien. ¿Y tú?

—Voy a levantar de la cama a un simpático caballero con ojos de lechuza que se llama Leonard Khight. ¡Ah, y me llevo tu coche! Otra cosa… cuando dejes en «libertad» a Jarber, telefonea a mi amigo el teniente Lange y le dices que se dirija…

—Sé la dirección, dictador —le cortó ella. Añadiendo—: Cuídate, ¡y suerte!

—La persigo con ansia y será mía. ¿No has oído que no basta con desearla, que hay que perseguirla?

—Y también he oído que no es del que la busca sino del que la encuentra.

—No seas agorera, pequeña.

—Trato de no serlo, guaperas. Pero nadie me puede impedir que tenga miedo… ¿Miedo he dicho? ¡Pánico es lo que tengo!

—¿Tanto me quieres?

—Tú sí que no me conoces bien a mí, Brian. Siempre me había resistido a entregar mi corazón precisamente por eso… porque aquél a quien se ama con fuerza raras veces es consciente de la fuerza con que le aman.

—Muy complicado. Pero mañana me lo aclaras…

—Si todo sale bien, ¿no?

—Saldrá. ¡Te lo juro! Y ahora, anda, ve a llamar a Duncan Jarber.

—Voy…

Capítulo IV

ABRIÓ la puerta del dormitorio.

Iba a encender la luz…

Pero se quedó con los dedos de la diestra en alto, inmóviles, casi rozando con las yemas la llave del interruptor.

La luz…

No hacía falta.

Porque dentro de la estancia, lúgubres, oscilantes, débiles, brillaban las llamitas anaranjadas de cuatro cirios encendidos que brotaban, largos, espectrales, del interior de recargados candelabros.

Candelabros que flanqueaban un ataúd.

La luz…

¿Hacía falta?

Los dedos dudaban. No estaban ciertos de si debían hacer girar la llave del conmutador. La figura propietaria de aquella mano alzada permanecía rígida, quieta, herméticamente quieta, como un par de pasos por delante del dintel dentro ya de la habitación.

No surgió de su garganta el grito que hubiera sido lógico.

Casi obligado.

Ni un gemido tan siquiera.

Nada.

Silencio absoluto. Inmovilidad. Y las llamitas prestando al lienzo una penumbra espectral, siniestra, alumbrando el negro ataúd alzado encima del catafalco.

Parecía que quien no habíase decidido a encender la lámpara central de la estancia aceptaba el hecho sin mayores problemas que la sorpresa a lo inesperado.

Una sorpresa cualquiera.

Pero no la que provocaba en cualquier humano la presencia de un féretro, unos candelabros, un túmulo mortuorio… ¿y un

cadáver?

¿Existía difunto dentro del cubículo mortal? ¿Estaba ocupado aquel vehículo en que se viaja postreramente?

Poco importaba eso al recién llegado. O es que sabía el cómo de la situación.

El porqué.

Y se esforzaba por aceptar el fin.

El principio del fin.

¿Aceptarlo? ¿O acaso maquinaba una diabólica solución que no interrumpiera el mecanismo de terror y muerte por él iniciado?

Una sombra se movió, de súbito, entre sombras. Algo… emergió del interior del ataúd.

El vehículo de muerte estaba ocupado, sí. Mas no por un difunto.

—Sabía que llegarías, Brian Crawson. Pero no hacía falta este montaje. No es propio de ti…

—A tal señora… tal honor, ¿no crees? De otra forma me hubiese parecido ofensivo para ti, pequeña. La teatralidad diabólica es lo tuyo, ¿no? Incluso pienso que merecías algo mucho más rutilante, más espectacular… pero lamento no ser tan brillante como tú. Brian Crawson salió definitivamente del féretro.

Ella, encendió la luz al fin.

—¿Cómo lo has sabido, Brian?

—Como suelen saberse las cosas, querida. Preguntando, averiguando, con chispa de inspiración y dosis de buena suerte. La suerte es fundamental en la vida… y hasta en la muerte. Tú de muertes, de crueldades y retorcimiento sabes mucho. Demasiado diría yo.

—Y tú sabes muy poco de mujeres, Brian.

—De mujeres diabólicas como tú… Jessica Powell, no sabía nada hasta hace pocas fechas. Serpiente y mujer llevan delante el artículo «la»… Pero tú desbordas lo inimaginable. Tú haces de la serpiente un ofidio fiel, cariñoso y dócil. ¿Por qué, Jessica, por qué? ¡No, no me lo digas! Puedo responder a la pregunta.

—Ilústrame entonces, eminencia —ella se mostraba altiva, segura, arrogante.

—Por un deportivo biplaza Alfa Romeo y un abrigo de visón. Lo que te prometió Duncan para cuando fuese director realizado de la

Worldfilms TV Productions. La condición humana es así de frágil, pero la tuya, más que frágil es mezquina. Lo de Forrester fue bestial, Jessica, bestial.

—Tenía que morir para que hubiese la vacante, ¿no te parece? —hablaba ella con la misma naturalidad que cuando tomaba la palabra en las juntas de beneficencia a las que asistía.

—¿Y hacía falta meterlo en la Doncella de Nuremberg?

—Asesinarlo de otra forma, querido, habría limitado el círculo de posibilidades a la hora de investigar. De esta manera, lo ampliaba enormemente. Cabían infinidad de sospechosos… Spokane en particular. Duncan me explicó todo lo sucedido el primer día de rodaje, y yo, que ya había concebido el asesinato de Forrester… alteré mis planes. Haber leído la copia del guión que tenía mi marido estimuló mi natural ingenio al máximo. Para llevarlo al decorado del cementerio hacía falta el atentado que fracasó intencionadamente. De lo contrario, ¿qué razón podía exhibir justificando la cita? Cuando la vida de uno corre peligro se va donde sea preciso, ¿no crees?

—¿Cómo convenciste a Wilcox para que hiciera causa común contigo?

—Wilcox me venía deseando desde la primera vez que me vio en los estudios de la Worldfilms. ¿Entiendes…? Mi cuerpo ha despertado siempre muchas pasiones… menos la tuya, por desgracia para mí. Unas limosnas de placer hicieron del jorobado mi esclavo. Sin su ayuda lo del cementerio hubiese sido imposible.

—Pero tu criminal esfuerzo se fue al traste cuando el nombramiento recayó en mí…

—¡Te odié más que nunca he odiado a nadie… en la misma medida que te deseaba! —exclamó, enardeciéndose por primera vez en el transcurso de la conversación. Una conversación que exponía la realidad de unos hechos monstruosos y que seguía derroteros casi de amistad, de entente. Agregó—: ¡Dos sólidas razones para desear destruirte!, ¿no te parece?

—Sin olvidar el abrigo de visón ni el Alfa Romeo, claro.

—Claro, amor, claro. Soy una mujer muy complicada…

—¿Mujer? ¿Te atreves a llamarte así?

—Me importa una mierda lo que tú puedas pensar, ¡estúpido! No me vengas con filosofías moralistas ni ortodoxias rebuscadas,

Brian. Soy mujer e inteligente. Aunque un día cometiera la estupidez de casarme con ese estulto de Duncan… Sabía que como actriz mi porvenir era limitado y llegué a pensar que ese estúpido algún día sería alguien en la Worldfilms. Me lo había dicho tantas veces, tantas: Cuando Forrester se largue, yo ocuparé su puesto. Quince mil mensuales y un porcentaje elevado de la liquidez neta de la explotación comercial de las películas… ¿sabes lo que eso significa, Jessica? ¡Tendrás joyas y vestidos como nunca has imaginado! Mi primer regalo será un abrigo de visón y un Alfa Romeo deportivo. Siempre lo has deseado, ¿no? Llegué, al fin, a creérmelo. Por eso hice «algo» para que la plaza de director quedara desierta. Las circunstancias, te lo he dicho antes, en forma de Spokane, se aliaron con mis proyectos. Luego… ¡el cabrón de Vaccaro te nombró a ti!

—¿Por qué seguir matando, Jessica?

—Por el puro y simple placer…, PLACER, de dañarte a ti y a todos, ¡a la Worldfilms también! Sobre todo a ti, Brian. A ti que nunca habías querido oír mis insinuaciones, a ti que venías a privarme de un coche deportivo y un abrigo de visón… a ti que encarnabas el hombre que más he deseado en mi vida y que nunca iba a poseer. Destruirte, era una obsesión.

—¿No pensaste en asesinarme y ahorrarte víctimas inocentes?

—La muerte libera, querido. Y antes de liberarte quería que sufrieras… que caminases paso a paso el sendero del fracaso, que vieras cómo tus sueños de gloria se desvanecían y tus ansias de triunfo se quedaban en un trágico espejismo. No, tu hora sería la última…

—Todavía no sé si eres abominable o digna de pena. Ignoro si tu cerebro es el de una demente o el de una retorcida sanguinaria. Lo que hiciste con Sentha y Piper Kosty no tiene nombre.

—¡Sí lo tiene, querido! El protagonista del miedo. Ya te he dicho que ese guión de Spokane… me iluminó. ¿Me creerías si te dijera que me entregué con verdadera pasión de actriz a mi papel de protagonista? La mascarilla reproduciendo tus facciones, obra de Wilcox naturalmente. ¿Y qué me dices del detalle de la máquina de fotografiar? Eso no se le había ocurrido ni a Spokane.

—¿Pensabas que la policía se iba a tragar eso?

—¡No…! —exclamó ella con siniestra sonrisa—. Pero resultaba

incomprensible, desconcertante… ¡sensacionalmente morboso! ¡Qué pena que hayas interrumpido el proceso! Wilcox y yo estábamos preparando la reproducción del crimen perpetrado por el Destripador en la persona de Mary Kelly. Para ocupar su puesto en la realidad… habíamos elegido a Lorena Munro. Estuve muy cerca de vosotros el otro día en el Samoa, querido… Porque yo te vigilaba, ¿sabes? Y por eso, cuando la Munro me ha querido vigilar a mí, para protegerme a lo mejor, ¿verdad?, para que no fuese víctima de mí misma, he comprendido que acechaba el peligro. Y la confirmación la he tenido cuando la he visto hurgar en el coche de Wilcox…

—Y has olvidado tus obligaciones caritativas para asesinarlo, ¿eh?

—Justo cuando te ponías demasiado duro con él. Cuando su lengua podía soltarse… Pero tú ya sabías que el cerebro era yo. ¿Cómo, Brian? Ésa es la única nota que se me escapa de la partitura.

En aquel instante, una voz procedente a espaldas de Jessica Powell, anunció:

—¡Buenos días, señora! Soy Lou Jackson del canal V de la Californian Cadena PanAmerican. Gusto en saludarla. Requerimos su colaboración en nuestro programa sobre los derechos de la mujer para que responda a unas preguntas… ¿Está dispuesta?

Jessica giró en redondo.

Allí estaba Leonard Khight.

Con su apariencia esquelética. Con sus hambrientos ojos de lechuza.

—¡USTED…! —gritó, con expresión paroxística—. ¡USTED! ¡Pero…!

—Pero si te presentaste en la funeraria con una de tus mascarillas, de las que te preparaba Wilcox, ¿no? La que reproducía el rostro de la propia Sentha, ¿verdad? Y vestida a su estilo. Pero cometiste un error, un error sin importancia aparente de no tratarse el señor Khight de un hombre que se recrea en los detalles femeninos y que alimenta la teoría de que unos zapatitos de alto tacón realzan enormemente la línea escultórica de las piernas de toda mujer. Sentha jamás usaba zapatos planos… tú sí. Porque Duncan tenía complejo a causa de su estatura y te acostumbraste de

tal forma al zapato plano que caminar con tacones se te hacía una verdadera tortura… Tu error, Jessica, tu error. Luego, a mí que soy casi tan inteligente como tú, se me ocurrió la posibilidad de que el señor Khight pudiera identificar la voz de la hembra que se había personado en su establecimiento bajo la apariencia de Sentha Donovan. Llamó a Beatrice Harrier, a Faye Carruther, Kim Broders… y a Jessica Powell. Pese a los cambios en matiz y tono que una voz sufre a través del hilo telefónico, Leonard Khight no tuvo dudas. Ninguna duda a la hora de identificar tu registro con el de la señorita que le había dicho llamarse Sentha Donovan.

»He querido que Wilcox me lo confirmara a raíz de constatar Lorena su culpabilidad con los hallazgos efectuados en su auto, pero no contaba con que tú también nos vigilabas. Una pena porque su testimonio era importante. Pero está el señor Khight para corroborar cuanto has dicho y admitido…

—Por supuesto que sí, señor Crawson.

—¡Nadie va a confirmar nada…, NADA! —estalló, de súbito, una voz nerviosa, alterada, con vibrantes matices de excitación—. ¡Les estoy apuntando con una pistola… y dispararé al menor movimiento! ¡DISPARARE!

Era… Duncan Jarber.

Que en efecto, sostenía en la diestra una pavonada automática.

—¡Sal de la habitación, Jessica!

Obedeció ella con presteza.

Duncan se encaró con Crawson no sin antes decirle al propietario de la funeraria:

—¡Póngase junto a Crawson, rápido! —Y luego, con voz más calmada, casi lastimera—: Lo…, lo siento, Brian. Yo no quería, no quiero hacerte daño… ¡pero la amo tanto! No puedo permitir que la envíen a presidio por el resto de su vida. Es la mujer que…

—Estás equivocado, Duncan —le cortó el otro con frialdad, con serena frialdad. Matizando con manifiesta intención, con pausa—: Es una alimaña, Duncan, una alimaña. Un monstruo ávido de sangre que no quiere a nadie, que nunca ha querido a nadie, que es incapaz de albergar un sentimiento noble porque carece de corazón. No seas absurdo, no te busques tú también la ruina.

Temblaba la mano que sostenía el arma y aquello, Brian lo sabía, era un verdadero peligro.

Porque podía accionar el gatillo…

—Puede que…, que tangas razón. ¡Pero no puedo evitar amarla! Yo… sospeché de ella desde el primer día, sí. Quizá debiera haberlo evitado, pero…

—¡Basta de retórica y mátalos ya, Duncan! ¡MÁTALOS! Ellos o nosotros. ¿Es que no lo entiendes?

—Sí…

—¡DISPARA DE UNA MALDITA VEZ, IMBÉCIL! —aulló Jessica, convertido su rostro en una máscara demoníaca. Insistiendo en bramido espectral—: ¡MÁTALOS! ¡MÁTALOS YA!

El índice de Duncan Jarber se fue crispando en torno al gatillo.

Y se produjeron, de pronto, dos llamaradas de color naranja precediendo sendos estampidos que retumbaron en la estancia como verdaderos cañonazos.

¡BANG! ¡BANG!

Bajo aquella capa negra, siniestra, con que se había cubierto para la representación de la escena final del sangriento laberinto iniciado por la locura abominable de Jessica Powell…, bajo las vestiduras tétricas que lucía Brian Crawson cuyas manos quedaban al amparo de aquéllas, surgieron las balas, los proyectiles candentes, inesperados, voraces portadores de muerte, que fueron a barrenar el tórax y abdomen de Duncan Jarber antes de que éste le diera de forma definitiva al gatillo de su automática.

Se dobló, como un monigote, soltando el arma y tratando de taponar los agujeros por los que su vida, absurda y servil existencia, se escapaba a velocidad de vértigo.

—¡MALDITO…, MIL VECES MALDITOOO! —bramó, como una bestia enloquecida, Jessica Powell, al tiempo que se abalanzaba hacia la pistola que había marchado de los fláccidos dedos de su marido—. ¡TE MATARE… YO TE MATARE!

Estalló el tercer proyectil. Quebró la detonación.

¡BANG!

Un plomo sólo.

Uno.

Que estalló la cabeza de Jessica Powell reduciéndola a huesos bañados en sustancia gris y roja.

Ella se fue atrás, rebotó en el dintel, y bañada en sus propios fluidos quedó en tierra, cerca de su marido.

Del hombre que la había amado para su desgracia y perdición.

—¡Qué horror! —exclamó Leonard Khight—. Aunque sabía que usted llevaba el revólver, no las tenía todas.

—Es que olvidé decirle, amigo, que un antepasado mío fue pistolero en Arizona.

—¡Ah…! Eso cambia las cosas. Es toda una garantía.

Se oyeron ruidos entonces. Golpes. Gritos. Barahúnda.

Y alguien asomó por la puerta, inquiriendo:

—¿Llego tarde…?

—Como siempre, teniente Lange. Ustedes siempre llegan tarde.

EPÍLOGO: Feliz… como tiene que ser

—¡DEBERÍA meterte en la cárcel de por vida, Brian! Como está preceptuado, desde luego. —¿Por…?

—¡Coño! ¿Por qué va a ser? ¡Por ocultar pruebas y obstruir el proceso investigador de la policía acreditada en esta puñetera ciudad!

—¡Ah…! —Crawson se rió muy abiertamente—. Pero ¿es que vosotros investigabais algo?

El melenudo teniente de homicidios hizo como que se abalanzaba sobre el director realizador de la Worldfilms.

—Cachondearse de la autoridad también está penado, ¿eh?

—No olvides que como representante del cuarto poder establecido, la prensa, y acreditado en esta puñetera ciudad como tú dices… —intervino, sonriente la bellísima y excitante pelirroja—, soy testigo ocular y auditivo de tus procedimientos coactivos, teniente.

—¡Jo, qué personal! Pero, nena, nena bonita… ¿no te percatas de que este merluzo se jugó el pellejo estúpidamente?

—Se lo advertí… y supliqué. Pero me contestó que era asunto suyo.

—¡Con una mujer de bandera como tú, coladita por sus asqueroso huesos, va el tío y…! ¡Es que me hago cruces, palabra! Oye, mona…

—¡Eh, tú, poli! —gritó Crawson, revolviendo sus alborotados pelos pajizos—. Sin pasarte, ¿eh?

—Es que es una monería, ¡de veras! Está para comérsela… Oye, Lorena, ¿de verdad estás decidida a casarte con esto?

—Yes…

Suspiró sonoramente Burt Lange.

—¿Podré, al menos, ser testigo? Firmar el acta que te unirá a éste, a éste… ¡qué sé yo cómo llamarle!

—¿Tanto interés tienes? —inquirió el hombre del cine.

—Verás, peliculero. Es que me han dicho que los testigos pueden besar a la novia y…

—¡Ah! —exclamó Lorena—. ¿Es por eso? ¡Puedes ahórrate el viaje!

Y se colgó del cuello de Burt Lange impactando, segundos sólo, sus labios en los de él.

—¡Madre mía! Estaré un año sin lavarme la cara…

Lorena se recostó contra el tórax de Brian. Y éste dijo al policía:

—Nos vamos, Burt.

Una expresión sinceramente emocionada se pintó en las anárquicas facciones del policía.

Y anunció:

—Os deseo toda la suerte y felicidad del mundo, pareja.

—Gracias…

—¡Y buen rodaje de El protagonista del miedo! —Acabó Lange.

Ella, desde la puerta del despacho del teniente, se revolvió:

—¡Ni lo nombres! Pero gracias a él, al protagonista, habían alcanzado su felicidad.

Como tenía que ser, claro.

FIN

Notas

[1] Se denomina así a un sistema de tortura legendario que en la actualidad sólo se emplea para las filmaciones terroríficas. Se trata de una especie de sarcófago vertical, con la tapa salpicada de púas y dos de ellas, más sobresalientes, a la altura de los ojos de la persona encerrada que, obvio, acaban por arrancar las pupilas del torturado de una manera bestial. (N. del A.). <<

[2] Pérdida provisional de la facultad de contracción de los músculos, que permanecen en la postura en que hayan sido colocados. Se observa una rigidez muy similar a la de la muerte. Suele darse este caso en pacientes esquizofrénicos. (N. del A). <<

[3] Túmulo adornado con magnificencia, el cual suele ponerse en los templos para las exequias solemnes. (N. del A.). <<

[4] Vitriolo es el nombre dado antiguamente a los sulfatos. El aceite de vitriolo es ácido sulfúrico concentrado, altamente corrosivo. (N. del A). <<